

LA VIDA EN SILENCIO

Cuatro casas de contextura primitiva, enfiladas sobre el flanco de una loma, forman la entrada del puebluco. Sobre los pajonales de las techumbres crecen malezas, florecidos matorrales de intensa raigambre y de hojas verdes. Agrietadas las paredes, en visible desplome, apenas si sostienen, por milagro de resistencia, el peso de los maderámenes. En la plaza se irgue un árbol. La iglesia, de estructura inmemorial, tiene una cruz en la frente, y de la torre minúscula le cuelgan dos campanas verdinegras. Diagonal, está el edificio característico de todos los pueblos: la casa consistorial, con sus rótulos infalibles: "Alcaldía". "Juzgado". "Concejo". En las lomas circunvecinas esplende el verdor de las sementeras. Ondeán los trigales en un armonioso ir y venir, bajo las brisas fecundantes. Sobre las laderas espigadas hay ranchos de gotera en tierra, que elevan al cielo azul, en tirabuzones efímeros, el humo del hogar crepitante. Bajo su techo, agujereado por la intemperie, se aloja el indígena que cuida de la tierra en agraz y que al caer del crepúsculo, silba en la vereda una tonada melancólica. A lo lejos hay clarineo de gallos. Balidos de recental. Mugidos de vacas distantes, en las "sonámbulas praderas". Es este el pueblo gris, el tipo del pueblo muerto, sobre el cual pasan los años y los años sin dejar más huella que la de sus puños sanguinarios. Es éste el pueblo cuya quietud sólo es turbada por el vocerío acompasado de los niños que deletrean en la escuela rural: **ele a, la; ele o, lo**. El pueblo que tiene en su iglesia un armo-nium macabro, cuyas quejumbres desmayadas parece que ayudaran a bien morir a algún agonizante...

No es éste el paisaje de la tierra mía, ardorosa y lujuriente, en donde el sol, con vara mágica, golpea en nuestra sangre y donde al beso de las cálidas solanas, entre el rumor cristalino del río y el sonar de ceibas y de guásimos, surge, a la hora de la siesta, la luminosa figura de Mireya.

Aquí el paisaje es nebuloso. El cielo, plumizo. Ese cielo que traía a Emerson el recuerdo de su rincón abrigado, junto a la lumbre. Cuando sopla el viento del páramo, que hiere las carnes como un fino estilete, se agitan los arboles en crispaturas espasmódicas. Es un viento que aulla, como un lobo que huyera a los deshielos de la cumbre. Lo único que **mete** ruido en la latitud de la aldea. El viento recoge las alas y el paisaje se sumerge en un silencio **inaudito**, en una paz solemne, abrumadora, que es casi la **paz de los sepulcros**.

Rusiñol y Azorín nos han dado a vivir largas horas de pueblo, llenas de sueño, de monotonía y de trivialidad. Por las páginas de esos escritores pasan el señor Alcalde, el señor Cura, don Isaías, don Timoteo, don Esteban y demás personajes del perímetro rural. Los mismos de todos los pueblos. Muchas veces con extrañas sinonimias en los nombres. Son los mismos. Como son las mismas las vacas que entran a la plaza arreadas por un granuja, el caballo que relincha en un enyerbado de la calle, el martillo del herrero que golpea sobre el yunque y las viejas devotas que, en la sombra de las alcobas, **musitan**, ya cerrada la noche, el santísimo rosario: "**Dios** te salve María, llena eres de gracia". "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo"... En **estos** pueblos en donde el pensamiento cuenta las horas por **siglos**, la voz de doña Marcela, que reza el rosario **en** su aposento, es la voz de una alma en pena **en** un purgatorio de sombras: "Dios te salve Reina y madre, madre de misericordia"...

El domingo se anima un poco el pueblo. Las campanitas como que guardan repiques especiales para la mañana de ese día. De veredas y campos llegan los feligreses. Entran a misa. Oyen la palabra **del señor** Cura y se signan la frente con agua bendita. A la tarde, los indígenas se tambalean, desbarran, originan grescas y hacen escándalo. La **chichocracia** inveterada ha llegado a su grado culminante. Hé aquí la

raza: ebria, depauperada y analfabeta. Buen cuadro para un escritor aficionado a "estudios **nacionales**".

En la altura terminal de una loma está el cementerio, cercado de tapias encaladas, que refulgen como sudarios en el sortilegio de las noches de luna. Es un cementerio como para David Guarín, cuyo verso suspiraba:

**Quando yo muera,
Mi cadáver llevad a aquella altura,
Que así mi sepultura
Más cerca de los cielos estará.**

Allí no se "baja a la tumba". El camposanto queda en un alto. El que muere "sube a la tumba". Ideal cementerio. En esta tierra, en donde la papa es centro y resorte de la industria agrícola, el agua cae sobre los surcos verdeantes como una "bendición **papal**".

El cielo ha clareado. La tarde ha abierto sus ventanas de cortinajes azules. El crepúsculo pone sobre las colinas y los montes refulgencias de ópalos y de amatistas fugitivos, lentas pinceladas de ceniza. El día se apaga en un lento apagarse sobre la cordillera lejana. Hay en occidente nubes grises y blancas, bordadas con encendidos filetes de oro. "Fantasmagorías del éter, nodrizas de la tierra, madres de las aguas", las llamaba Aristófanes. La campana del Ángelus llora las seis corazonadas de la "hora gris". Los labradores, inclinados todavía sobre la tierra, como en el cuadro de Millet, se descubren y rezan: "El Ángel del Señor anunció a María, por obra y gracia del Espíritu Santo"... La naturaleza, lentamente va cerrando los ojos. Lentamente. Como en una dulce agonía, como en un blando sueño de morfina.

La noche ha cerrado, negra y solemne, sobre las cuatro casas del poblado. Un silencio de claustro tra-pense se cierne sobre las almas y

las cosas. Fronterizo a mi ventana, en un alcor florido, hay un árbol. De día, canta. Su ramaje es una sola armonía en los dedos del viento. La tarde lo trajea con magníficas fulguraciones. Es un amigo, bajo la luz del sol. De noche, un fantasma. Hostil, negro, sospechoso. Árbol de maldición. Espantable. Como si de sus brazos se hubiese colgado un reprobado como si su sombra hubiese cobijado un crimen. En este árbol medroso vería Mae-terlinck gestos macabros, puños amenazantes, ademanes agresivos.

Las ocho. Un toque lastimoso y mortuorio de campanas rompe el silencio infinito. Es como un rezo de piedad en una ergástula de ánimas. Dos campanas neurasténicas que deshojan las ocho. El silencio. La soledad. El alma frente al Creador. El corazón lleno de amores que golpea su cárcel y eterniza su **tic-tac** como el reloj filosófico de Longfellow. El corazón que funciona como un inalámbrico y que transmite a lo lejos interrogaciones románticas, palabras de incertidumbre, puntos suspensivos de amor y de dolor.

Sobre mi cabeza solitaria, el cielo esclarecido es como una fuente de ilusión. Cargadas de oro trémulo están las lejanas praderas de la noche. Hay cosecha de estrellas. Yo me pongo a mirarlas. Es una manera de ver si en una nebulosa se encuentran mis ojos con unos ojos **negros** y **aterciopelados**.. Al sur resplandecen los cuatro diamantes de la Cruz de Mayo. Y en un discreto lugar parpadean los ojitos de Santa Lucía, mientras un pastor ilusorio da de beber a las siete cabrillas.

Lámparas llenas de esperanza, llamó Leconte de Lisle a las estrellas. Daudet las glorificó por boca de un pastor provenzal. Radian en el azul como luciérnagas de otra vida, como pálidas manos misteriosas que nos llaman. Son margaritas de los jardines de la luna, luces de la casa de Dios, **jirones pálidos de incienso**, huecos luminosos por donde el espíritu penetra al infinito!

JER USALEN

Bajo las ramas de un árbol, que no es precisamente un olivo legendario ni un cedro libanes, pero sí" un eucaliptus frondoso y resonante; en la soledad geórgica de una campiña soleada, he deshojado unas cuantas horas, leyendo el último libro de Gómez Carrillo, Jerusalén y la Tierra santa. He vuelto la hoja postrera del libro y una honda emoción cristiana se ha abierto en mi espíritu, como una rosa mística, como un blanco lirio de los pensiles de Engaddi.

Gómez Carrillo ha peregrinado por el país de los Evangelios, y en un volumen de 300 páginas nos da sus impresiones —¡oh maravillosas impresiones! — sobre la tierra que guarda, como una armonía de los siglos, el eco santo de las pisadas de Jesús. Y el libro es por sí solo una culminación de la intelectualidad de Carrillo, una gentil manifestación de su actividad creadora, de su cerebro inagotable. Carrillo va a Rusia y nos cuenta las pesadillas del autócrata moscovita, que tiembla ante las combinaciones químicas de los hijos de Bakounine; nos dice de las miserias y depauperaciones del mujik de la estepa; va al Japón y nos describe esa raza amarilla, que acaba de asombrar la historia, en mar y tierra; va a Grecia y cae de rodillas, como Renán, ante los muros derruidos de la Acrópolis y nos pinta en páginas admirables lo que aún queda de aquella magna tierra, cuna del arte y de la leyenda, en cuyos huertos dialogaba Sócrates con sus íntimos a la sombra de los mirtos hojosos. Pero un libro más artísticamente emocionante, más bello en la

forma, más sereno y respetuoso dentro del concepto de la historia, no volverá a escribir Gómez Carrillo. Jerusalén es el aletazo del águila en la cumbre, el fruto del árbol que ha llegado a su plenipotencia de producción y florecimiento. Es un libro de arte, de amor y de dolor, una exégesis de los libros santos, una imponderable evocación bíblica, escrita dentro del más profundo espíritu cristiano. Y así como Julio Lemaitre bautizó un gran libro suyo *A! margen de los libros viejos*, así Carrillo podría sub-nominar esta última obra de su ingenio. *Al margen de las sagradas Escrituras*. Carrillo ha conquistado el laurel definitivo con su *Jerusalén*. Pudiéramos decir que este libro es una afirmación de la personalidad de Carrillo.

Muchas son las plumas que desde los más remotos antaños se han movido para escribir sobre la Tierra santa. Por eso ya no nos entusiasman esas lecturas que al fin y al cabo nos dicen lo mismo. Descripciones análogas. Repetición desesperante. Faltaba que el espíritu de Carrillo abriera las alas sobre las aguas milagrosas de Tiberíades, en los caminos de Palestina, en el calor inmensurable de Jericó, al pie de la torre de David, en la roca del Santo Sepulcro, en las calles historiadas de Jerusalén, la ciudad deicida que oyó un día el arpa insigne de David y el verbo lívido y maldiciente de Isaías. Carrillo calzó el coturno del peregrino ilusionado. Fue, vio y venció. Tornó a París y fue galardonado. Lajeunesse, gran poeta de Francia, le dijo: "Poeta de los países remotos, de los océanos, de las danzas, exégeta de los perfumes y de las cadencias, junta, pues, el apacible mirto al rebelde laurel".

Gómez Carrillo no ha ido a Jerusalén a verificar verdades históricas, a adolorar su imaginación con la tortura del análisis. No es él un arqueólogo que va a remover ruinas ni a confrontar detalles históricos. Es un artista curioso, un espectador ingenuo que acepta en conjunto el prestigio milenario de los santos lugares, en aras de un ideal estético, de un divino jardín de leyenda, de cuyos perfumes eternos se alimentan

hace dos milenios tres cuartas partes de la humanidad. Peladán fue a hacer investigaciones científicas a Jerusalén y sólo consiguió amargar su estada en la ciudad de los montes sagrados. El análisis es prosaico. Destruye el concepto del arte y del ensueño, por más que busque el más allá de las cosas, por más que inquiera la verdad y pretenda conjuntar las piedras dispersas del pasado. Carrillo nos dice con admirable elevación de criterio, en una de sus páginas: "Hay que creer sin restricciones, hay que admirar sin temores, hay que amar sin rubores".

Por eso en el final de su capítulo sobre el Sepulcro santo, le oímos decir: "Las rodillas se doblan sin que nuestra voluntad intervenga. Nuestra boca se acerca al mármol desgastado por millones de millones de bocas, al través de los siglos y los siglos...

Las preces confusas acuden a la memoria y el dulce nombre de Jesús, como una letanía, como una oración, monótonamente, santamente sube a nuestros labios".

Libro de alto interés para todos los entendimientos. Para los que quieran viajar con un maestro de emociones por la tierra de Jesús: para los que quieran confrontar altos problemas sociológicos dentro de la filosofía de la historia. Para "la dama de recamado biso", para el diletante que apenas se emociona con una referencia anecdótica o con la descripción de un paisaje de leyenda, y para el pensador que ahonda todas las cuestiones que se punen delante de su espíritu. Carrillo plantea, con grave y valeroso criterio de justicia, el problema de la raza semita, de aquellas gentes de Israel, dispersas y aborrecidas, sin patria, sin hogar y sin amor sobre el haz de la tierra, llena para ellos *di* odios y de espinas. Contra el anatema universal, Carrillo defiende a los visionarios que sueñan reconstruir en el futuro la ciudad del rey David. Max Nordau, davidita irreductible, ha dicho al autor de Jerusalén: "Usted ha puesto en alto la reivindicación de mi raza". Y todo en un estilo gentil, ligero, sencillo, que no cansa y que antes deja en el lector un

deseo de seguir viajando a través de la cinematografía maravillosa, discreta y armónica de Gómez Carrillo.

Todos los capítulos del libro son verdaderas gemas de valor inapreciable. A cada paso nos da el escritor una fulguración de su ingenio, una intensa flor de sus jardines interiores. Pero ni en **El Camino de la Cruz**, ni en Jericó, ni en **Bethania de Judas**, ni en **Caná la milagrosa**, es Gómez Carrillo tan alto, tan poeta, tan hombre, como en su capítulo sobre el Huerto aciago, donde Jesús lloró y sudó sangre y apuró la suprema amargura en un minuto trágico de supremo dolor y de abandono inconsolable... ¡Ghetsemaní! el huerto umbroso, poblado de verdes olives, donde Jesús platicó religiosamente con María de Magdala, con María de Cleofas y con María de Bethania, Es allí, a la sombra de esos árboles tristes, donde Jesús culmina en grandeza, se somete a ser hombre! Todos los infortunios, todas las incertidumbres, todas las desolaciones, todas las amarguras caen allí sobre la frente sudorosa, sobre el alma atormentada del gran Solitario. Sus discípulos le han abandonado. Uno de ellos le ha vendido. "Entonces —dice San Marcos— uno de los doce, que era Judas Iscariote, fuese a los Príncipes de los Sacerdotes para delatarlo". Para mí, Jesús en Ghetsemaní, es más grande, más admirable que en la Transfiguración. Esto es la fulguración del Misterio; aquello es lo humano, lo dolorosamente humano, lo que sufre, lo que llora, lo que se resigna ante la eterna ironía de las cosas. El sufrimiento es la verdadera grandeza de la personalidad humana. Un pensador contemporáneo ha dicho: "El dolor nos hace reyes, porque nos corona de espinas". Hombre que tiembla, hombre desengañado, hombre que siente el aletao de una traición: hé ahí el hombre. Oigamos al Padre Didón, en su libro Jesucristo: "El agonizante de Ghetsemaní es, en su dulzura resignada, el modelo perfecto de todos los que sufren, de todos los que quieren, a pesar del Dolor y de la Muerte, permanecer fieles al Deber, al Ideal y a Dios".

En aras de un ideal, Jesús suda sangre en el Huerto de la suprema desolación. En aras de un ideal que fructifica al través de los tiempos, Jesús apura una copa de inmensa amargura, Jesús tiene la sublime abnegación de hacerse hombre!

Jesucristo-amor, Jesucristo-dolor, Jesucristo-idea, Jesucristo-hombre, glorificado seas por los siglos de los siglos. Tú serás el Maestro, tú reinarás, mientras haya en el mundo dos maderos que puedan colocarse en forma de cruz! sobre la eminencia del Gólgota, sobre la conciencia de la humanidad.

RETAZOS DE VIDA

Una alcoba. Un reloj. Una ventana entreabierta que recorta una franja de cielo azul. Una cama. Y sobre la cama, un hombre. Un pobre hombre. Enfermo. Solo. Triste. Cansado de contar las telarañas del cielo raso. Se sabe de memoria el número de moscas que giran sobre su cabeza. Es un caso de clínica externa que espera al facultativo. ¿Vendrá el doctor? Dios lo sabe, entretanto, el reloj, con su tic-tac isócrono, me golpea las sienes como un malvado.

.'. Tun tun. Siga. El doctor. Buenos días. Se los dé Dios. ¿Cómo vamos? Mal. A ver, miremos. Lengua. Pulso. Termómetro. El doctor ausculta. Percute. Busca la víscera patológica. La encuentra. Saca el termómetro de la axila. Formula. Conversa un poco. Y después toma el olivo. Visita de médico.

.'. ¡Qué enemigo tremendo es el reloj! Sus dos punteros son como dos puñales clavados en el corazón del enfermo. Las horas no pasan. Se

eternizan como años. Como siglos. Ese golpetear incesante es como una mandrágora abierta en el Jardín de los Suplicios. Cada minuto de los que no han pasado es como un problema de eternidad, como un adversario que viene a hostilizarnos. En la noche, la crueldad del reloj se intensifica. Cada gota de tiempo caída del reloj es como una gota de agua fría, que a fuerza de caer sin descanso nos rompiera la frente. Oh vosotros, pálidos enfermos, que sabéis lo que son las noches sin sueño y sin sosiego; frágiles armazones de huesos, acosadas por la fiebre, roídas por el dolor. Yo os compadezco. Porque en medio de todo, sois las víctimas inermes de ese enemigo malo que es el reloj de los enfermos. Ese viejo reloj que, como el de Longfellow, sólo sabe decir dos palabras terribles: **¡siempre, nunca!**

.!. Estas cuatro paredes que me encierran son para mí como las cuatro paredes de un ergástulo. Reducido a ellas, no por mi querer, soy como un prisionero en una mazmorra celular. Por entre la ventana alcanzo a ver el cielo azul pleno. El sol cae como una absolución sobre los pecados de este pobre género humano. Pasa una brisa florida. Como oara llevar **un** suspiro en sus alas. Abierto está el día como una flor de amor. Yo me acuerdo de un cierto camino **en** donde vi un día un cierto paisaje en el fondo de unos ciertos ojos... Quisiera andar. Quisiera volar cielo arriba. Siento deseos de campo. De árboles sonoros. De sombra de árboles en la yerba del camino. Libertad, en **fin**. ¡Diluirme en tí, madre de mi amor, Naturaleza!

¡Y aquí estoy, pobre hombre, sobre cuya frente gotea, gotea y gotea sus minutos y sus horas la gárgola dolorosa del tiempo!

.!. Ni el dolor físico; ni el mal sueño poblado de pesadillas espeluznantes, ni esas horas de laxitud infinita que preceden a los áridos momentos de la fiebre, superan en fastidio y en desasosiego y

en angustia a ese "estar con uno mismo" que es el peor, el más temible de los estados del alma. El reloj de la Iglesia vecina desgrana la media noche. Han llegado las horas a la plenitud del silencio. Tan hondo, tan grande, tan solemne, que siento como que mi alma —ave sin rumbo— va a caer con las alas rotas en sus profundidades. Es un silencio que se oye. Y bajo su dominio, que colinda con las encrucijadas del misterio, mi espíritu es como una "alta noche" bajo el insomnio tembloroso de las estrellas. Siento como si en mis caminos interiores estuviese aullando un perro a lo lejos...

Es la madrugada. El reloj la ha cantado en la torre. Yo cuento mentalmente. Una. Dos. Tres. ¡Dios mío! Estoy en poder de mi más fiero enemigo: ¡yo mismo!

¡. A mi corazón ha llamado el recuerdo de una mujer. Algo que viene de más allá de la vida. Mi corazón es como una casa sin puertas para ese visitante de oro, hermano del rayo de luna que a veces llega hasta mi sombra y del soplo de brisa que a veces pasa suspirando junto a mi vida. . . Yo recibo la visita. Observo al huésped. Puede que en la mano, en vez de una flor, traiga un puñal. ¡Una mujer! Algo lejano, brumoso, incierto. Algo que ahora es una llama y a la noche un poco de ceniza esparcida en el viento. Sí. No. Tal vez. Quizá. Lo impreciso. Lo inseguro. La esfinge. Y ante todas estas pálidas adelfas de mi noche interior, mi espíritu se enciende como una luciérnaga de amor, de dolor y de esperanza. Dios: ¿me querrá? pregunto a ese recuerdo. Creo que te quiere eternamente. ¿Sí? ¡Vamos! Pero dime: ¿en su corazón de Elia cuántos días dura la Eternidad?

LA ÚLTIMA HOJA

Ha muerto el año. Tema viejo. Lugar común de la vida. En este minuto melancólico en que se hunde en la sombra del tiempo el año muerto, la ciudad se asorda bajo el escándalo bronceo de sus treinta y dos campanarios. Cuando el reloj metropolitano deshoja en el silencio de la alta noche sus doce campanadas finales, como doce gotas de eternidad, como doce puñados de tierra sobre el año que ha cerrado los ojos, los pitos de las fábricas, de las locomotoras, hablan con voces de pena y de alegría, con un acento equívoco que es a un tiempo miserere para los días que ya no son, y aleluya para las horas que empiezan a encenderse. Por las calles ambulan gentes y más gentes. La ciudad está despierta. A lo lejos estallan cohetes. Y en la oscuridad sideral arden las estrellas como trémulos cirios en la noche de San Silvestre.

En el reloj de la eternidad un año es cantidad in-computable. Más insignificante todavía que un grano de arena ante la inmensidad geológica del planeta. Un siglo, ha dicho un pensador, son cien instantes con el nombre de años. Pero ante la brevedad de la vida humana, ante el frágil cristal de nuestros días, más efímeros que hojas secas volando en el viento, un año es un buen amigo que perdemos, algo que se lleva muchas flores de nuestros jardines y muchos pasos de nuestro itinerario. En los días rosados de la niñez, en los años fragantes de la adolescencia, los años pasan sobre nosotros como gotas de agua sobre un acantilado, sin abrir surco ninguno en nuestra vida. ¡Qué dulce vivir! Las "horas pasan y son como mariposas de ilusión que nos rozan la frente con sus alas de seda. Pasan los años como la cinta de un cinema, iluminada por la luz de otra vida. Pero llegamos a sentir que los años pasan con más ágil desliz, que ruedan las horas con más afán, y entonces cada calendario que se deshoja en nuestras manos es para nosotros asunto de meditación, cosa perfectamente seria. Es que vemos desde la colina de los treinta cómo la juventud —el divino tesoro— va esfumando sus contornos en los lindes crepusculares del pasado.

Y entonces nos quema los labios la verdad incontrovertible de Voltaire: "Envejecer es morir en detalle". Nos sentimos viejos, talvez sin serlo en realidad, tai-vez por prematura sugestión, y entonces pensamos que hay algo más triste que la muerte: envejecer...Y subrayamos con sangre de nuestro corazón la escritura sagrada del Eclesiastés: "Cada paso que damos nos acorta el camino al sepulcro".

Un egoísmo, inexplicable por cierto, un deseo de parar el tren en la estación azul da los años mejores, nos dominan y hacen que nos aferremos a la vida como un chiquillo a los brazos maternos. Una melancolía miedosa y claudicante nos oprime el corazón y nos hace volver los ojos hacia los caminos donde todavía perdura grabado en el polvo el rastro de nuestras pisadas. Sobre nuestra retina van cayendo sombras de aquella noche más larga que las otras v de cuyos lindes, al decir de Hamlet, no retorna jamás viandante alguno. Es entonces cuando la candidez de algunos toca los límites de la puerilidad: se quitan los años y pretenden conservar la juventud, ennegreciendo las canas a fuerza de cosmético. ¡Engaño supremo de sí mismo!

Como si al tiempo, viejo de puño sanguinario, pudiéramos falsificarle la eternidad de sus verdades.

Sobre el muro de mi aposento, junto a un reloj que marca las horas con el "siempre" y con el "nunca" de su péndulo doloroso, tengo clavada, como una mariposa en suplicio, la última hoja del calendario cuya misión ha terminado. La arranco del muro como si de las sienas me arrancase una cana. Un año muerto. No me hizo bien. Tampoco me hizo mal. Con eso me basta.

En mis manos tengo el calendario del año nuevo. Inédito. Oloroso. Lleno de enigma y de incertidumbre. Es un manojito de días agazapados en la sombra. Quisiera consultar el sí o el nó en las hojas de esta flor de misterio, en donde afilan sus espinas los minutos y las horas. Pero ¿a qué querer investigar LO que ha de cumplirse a su modo, sin tener en cuenta nuestra voluntad? Que sea lo que Dios quiera, que vengan los días y las noches coronados de rosas" o florecidos de mandrágoras o adelfas.

Yo clavo sobre el muro este haz de días invividos que serán dentro de doce meses trescientas sesenta y cinco hojas muertas. Hago mi examen de conciencia, un balance de mi vida y doy con el resultado de todos los años. Síntesis: la del rakir de un oriente lejano: nada. Suma total: cero a la izquierda. Mañana, si no se paraliza mi actividad celular si no se me coagula el protoplasma, me levantaré 'al fin del año a arrancar la última hoja de este nuevo calendario. ¡Y sentiré, como el filósofo de Ginebra, un inmenso dolor de no haber podido hacer la vida igual a lo que sueño!

FRANCIA EN LA GUERRA

No podemos desviar un momento la imaginación del teatro de la guerra. Ese es el teatro de los acontecimientos. ¿Y qué acontecimientos d3 mayor trascendencia pueden verificarse sobre el haz de la tierra, en estos días angustiosos y sangrientos? ¿Qué litigio más entrañable y vital puede inquietar los nervios de los beligerantes y de los espectadores o neutrales? Ninguno. La guerra lo absorbe todo: da ella depende el resto de los acontecimientos. Los hombres han resuelto jugar su suerte con dados de hierro, y éste es el momento en que,

frente a las fortalezas de Verdún, culmina una de las más interesantes etapas de la gran tragedia.

¿Que nos fatigan los cables y la bibliografía y la literatura del espantoso pugilato? Esto está explicado. Pensábamos que con los nuevos métodos de guerra, con los adelantos científicos alcanzados en el arte de "matar hombres", la contienda quedaría terminada a la vuelta 'de unas cuantas batallas. Pensábamos en nuestros antiguos sistemas. En la guerra a la pampa rasa, en las luchas de hombre a hombre. Y no habíamos confrontado en nuestra imaginación' la guerra de trincheras, los sistemas de desgaste, de atrición y de resistencia económica. De aquí que veinte meses de conflagración nos parezcan una eternidad. Veinte años gastó Europa en vencer las huestes napoleónicas, y sabe Dios cuánto irá a emplear hoy en "defenderse" de los germanos y de sus aliados, los turcos y los búlgaros. Es que ésta ya no es un ¿¿ guerra en que los ejércitos se movilizan sobre las líneas de batalla a defender a los pueblos que quedan en las ciudades, en las aldeas y en los campos. Esta es la guerra de "todo el mundo". Casi que podríamos decir que es la contienda cuyo fragor surge de los versículos del Apocalipsis. Se combate en el aire, en la tierra y en el mar. Es la guerra de las cifras inverosímiles, de las cantidades hiperbólicas en hombres y en dineros. Cada Estado dispone de sus hombres como de una gran cantidad de materia humana. La guerra es el sentido de multitud, oprimiendo, anulando en todas sus manifestaciones el sentido individual.

Para nosotros —beligerantes espirituales de los trópicos— la importancia de la guerra radica en las líneas de los sectores occidentales. Y es que aquí todos nuestros sentimientos y nuestras ideas militan bajo las banderas libertadoras de Francia. ¿Que los germanos rompieron las líneas de fuego moscovitas? ¿Que los zeppelines bombardearon las costas orientales de Inglaterra? ¿Que los austríacos han invadido en su ofensiva gran parte del territorio italiano? Bueno. Eso nos molesta un poco. Pero no nos determina un estado de

alma. En cambio, la palabra Verdún tiene para nosotros un sentido trascendental que gravita como una perenne inquietud, como una penosa incertidumbre sobre nuestro espíritu. Francia es la mente guiadora de los acontecimientos, el corazón que anima o desanima el pulso de la guerra. Contra ella han ido y van los golpes más audaces de los ejércitos germanos. Descoyuntada Francia, vencidos los soldados de la República, las tropas del imperialismo podrían echar a vuelo sus campanas de triunfo.

Esta es una guerra de razas, una guerra de dos filosofías que se han encontrado a lo largo de los siglos.

De un flanco está Alemania proclamándose nación providencial, llamada por Dios a organizar, disciplinar y metodizar el mundo. De su lado se encuentra una organización impecable, una larga preparación, sistemática hasta en las nimiedades, de todo lo que es posible prever y reglamentar; la utilización práctica hasta de los más recientes descubrimientos científicos; una concepción industrial y comercial de la guerra con miras de dominación, de ganancia, de botín, de conquistas y destrucción como medio de vencer, con el pensamiento director de que la fuerza, tan perfectamente organizada, engendra el derecho, de aue ella es superior a todo: a la verdad, a la libertad, a los tratados públicos, a los derechos del individuo y a la igualdad jurídica de las nacionalidades. ¿No hemos visto a Alemania alistando a Dios en sus filas, como un aliado terrible, como un Moloch bárbaro, grosera encarnación de la fuerza bruta que sólo recibiera en homenaje la sangre de mujeres y niños? Los germanos se llaman los soldados de Dios.

Pero Francia también ha sido llamada, y con razón, miles Dei. Y ese Dios a quien sirve Francia no es, según Croiset, la torva divinidad germánica. Es un Dios que se llama Verdad y Justicia, Razón y Libertad. Y su culto no exige más inmolaciones que las del crimen, la ignorancia, el egoísmo y demás miserias que pesan sobre la humanidad.

La idea de la justicia en Francia es esencialmente liberal y humana. Se fundamenta en la dignidad del ser humano y en el espíritu de dulzura que debe mezclarse casi siempre a las ideas puras. Es un compuesto de razón y de sentimiento, dice uno de sus grandes pensadores contemporáneos. El derecho de cada uno se presenta menos como una conquista personal del individuo que como una fracción del bien general y un elemento de la armonía del conjunto. Defendiendo nuestro

derecho, dice un escritor francés, creemos que defendemos el derecho de "todos.

Y esta concepción francesa de la justicia, humana - fraternal, ha sido heredada en línea directa de la Grecia antigua. Grecia fue la nación que creó la idea de la dignidad humana y de la libertad sometida a la ley, dice un ilustre profesor de la Sorbona. En Atenas fue principalmente en donde el sentimiento de humanidad empezó a ampliar la noción del derecho y en donde fue conebido claramente el valor práctico y estético, tanto para el individuo como para la comunidad, de un orden de cosas fundado en la razón y en la armonía. Roma recibió ese legado, lo marcó con el nítido sello de sus fórmulas jurídicas y lo transmitió así a las gentes del mundo moderno. Francia, hecha cristiana, recibió el caudal de la sabiduría greco-romana y así lo ha difundido sobre el haz de la tierra. Luego, la Revolución condensó la filosofía tradicional de Francia en aquellas tres palabras cristianas que han dado la vuelta al mundo: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Y esos tres vocablos han llegado a ser, para gran parte del género humano, luz y esperanza del porvenir, porque entrañan y significan justicia para los individuos y justicia para las naciones.

No así las ideas germanas. Contra este orden ote cosas espirituales, está la metafísica de las universidades alemanas, al servicio de la barbarie militar sistematizada. El filósofo Boutroux nos dice claras palabras, en relación con la metafísica alemana al servicio del prusianismo. El idealismo de la Alemania contemporánea consiste principalmente en considerar la esencia del germanismo como ana emanación directa d3 la divinidad. A partir de aquí, el razonamiento se encadena rigurosamente. Puesto que el alemán es Dios, o poco menos, puesto que es la absoluta perfección humana, tiene todos los derechos ante la imperfección de los demás hombres, y su derecho no tiene más limite que su fuerza. Esta es, pues, también de esencia divina, y del mismo modo lo es el militarismo, cuya misión mística es hacer triunfar a un mismo tiempo la fuerza y el derecho, sustancialmente confundidos en la esencia sacrosanta d»l germanismo. En otros términos: todo está permitido al alemán cuando llega a ser el más fuerte. Su hegemonía es da derec ohdivino, y las demás civilizaciones no tienen qué hacer sino obedecer o desaparecer.

Por acá, por estos lados, combate el derecho de los hombres contra el derecho de los dioses feudales de Alemania. Combate Francia que es

la libertad. la igualdad y la democracia, contra Alemania, que es la opresión y la conquista y la conveniencia del estado, como suprema razón engendradora di toda violencia.

Nuestra pluma y nuestro lápiz hacen la propaganda do la causa de Francia, por muchas razones de ideas y sentimientos. Francia proclamó en el 89 la libertad del hombre. Hoy proclama los derechos de la humanidad.

Francia defiende hoy, con la integridad de su **territorio**, los fueros de la civilización latina, hija, a **su** vez, de la civilización griega. Es de Francia y muy de Francia esa cultura que, venida de Atenas a Roma, radiante de gracia y de armonía sobre las .ruinas de la Hélade, victoriosa de sus vencedores, transportada por éstos hacia todo el universo, en alas de las águilas romanas, despertada por el renacimiento del largo sueño de la edad media, siempre iniciadora de medida y armonía, lección eterna de conciencia y de belleza, reina de la inteligencia, de la delicadeza y de la razón, dio a luz, con la filosofía del siglo XVII, la declaración inmortal de los Derechos del hombre y del ciudadano.

El 14 de julio debiera ser fecha clásica en todos los pueblos libres de la tierra.

GERMANOFOBIA

El otro día, una niña germanófila imperialista por sus ideas y por su hermosura, nos echó en cara nuestra germanofobia. — Con perdón de

usted, señorita, hubimos de argüirle.... a Dios gracias todavía no hemos sido picados por este tábano diabólico. No nos ha mordido ningún perro dominado por el baci-ius rabicum del odio a Alemania. La vida es muy corta para gastarla en pasiones estériles como el odio. No somos de los que quisieran tomarse un bistec a medio asar, tomado del cogote del Mariscal von Hin-denburg, ni llevamos el itinerario de nuestras ideas hasta proclamar que en la rechinante Germania ds-b;n perecer hasta las ruinas en caso de que la victoria definitiva favorezca a los aliados. Si tal pensáramos, si de tal manera contempláramos el problema, nuestras ideas se harían indignas de militar bajo las banderas libertadoras de la Triple Entente y nos pondríamos en pugna con toda la armazón filosófica di esa causa a cuyo servicio queremos poner día y noche los picos d3 nuestra humilde pluma.

Necesitamos, para rectificar ciertas apreciaciones tortilleras, hacer algunos distingos al margen de lo;; acontecimientos. Necesitamos hacer la diferenciación específica entre el Estado alemán y el individuo alemán, sobrio, metódico, laborador, buscador de la vida. Otra cosa es el Estado alemán, militarizado y agresivo, otra cosa es Prusia, torva y feudal, reclamando "un puesto al sol", y titulándose nación providencial llamada por decreto personal y nominativo del Eterno a castigar a hierro y fuego los pecados do la pobre humanidad que no lleva el compás con la batuta de Alemania.

En Alemania no existe el individuo. Existe la colectividad, la masa disciplinada al servicio del Estado, en cuya orientación ejerce el militarismo la hegemonía definitiva. Y ya sabemos cómo entiende el Estado alemán su política de expansión universal, ya sabemos que uno de sus filósofos representativos sentó para siempre esta fórmula imperativa y categórica: "Los débiles no tienen derecho a existir; deben hacerse a un lado para que pasen los fuertes".

La guerra, por parte de los aliados, es una guerra justa, una guerra de propia defensa. Por parte de la unidad alemana es una guerra de conquista, una guerra de usurpación. Un movimiento de concupiscencia, a la luz de los hechos, y a la luz de la razón.

Cada una de las naciones de la Triple Inteligencia lucha por conquistar su arquitectura histórica y política, por conservar su fisonomía espiritual y personalidad étnica al través de todos los dolores y de todas las vicisitudes. Defienden su autonomía, que es la razón suprema de su derecho a existir, "la idea fundamental de todas las cosas en el universo". No aspiran a triunfar por prurito de ganancia simplemente, sino para "no perder", para no consentir que a la ley de la unidad moral europea se superponga la ley de dominio que es unidad material impuesta por la preponderancia militar de los prusianos. Los aliados se mueven al impulso de corrientes ideales. El instinto de conservación ha sido y será siempre un estímulo ideal. Y es este ideal el que está luchando a estas horas contra ese otro "ideal" de conquista y de usurpación que en nuestro vocabulario toma el nombre de concupiscencia territorial.

La guerra, por parte de Alemania, es materialista, en el más áspero sentido del vocablo. Aun sin triunfar, se engulle territorios que ocupa provisionalmente y los administra como propiedades que se las han escriturado ante notario público. Bélgica y la Polonia rusa son dependencias alemanas por decreto terminante de los invasores. Y cuando las tropas germanas ocupan una gran ciudad enemiga, el primer decreto es el de la contribución de guerra por millares de libras esterlinas. De esto se desprende que el estímulo alemán es materialista, esencialmente concupiscente. Pudiéramos decir que Alemania es un cantón que desorbitó la pretendida unidad moral de Europa, proclamando para sí, desde un principio y como base de operaciones ulteriores, la moral del "pedazo de papel".

Por todas estas consideraciones y por muchas más que dejamos en el tintero, es que todas nuestras simpatías y todas nuestras ideas están del lado de la Triple Entente. Por "acá" belígera un ideal cristiano, una doctrina de libertad y de derecho. Porque el pensamiento de allá es nietzscheano aplastante, anticristiano. Porque Alemania no respeta el alma de los pueblos que conquista sino que les impone hasta el martirio

de su idioma y porque hemos llegado a la convicción de que el ideal teutónico es incompatible con el ideal de la humanidad.

Treitschke, Bernhardi y Clausewitz son los panegiristas de la moral teutónica, terroristas de la cátedra universitaria, trompadachines de la filosofía contemporánea. Von Kluck e Hindenburg son los ejecutores, los héroes condecorados del exterminio.

Oigamos cómo Hindenburg entiende los ideales humanitaristas en la guerra, oigamos lo que dice, hablando de la Polonia rusa:

"Toda la región está devastada por mis tropas. La población de Lodz se está muriendo de hambre. Esto es deplorable. Pero es también una cosa buena, porque la guerra no puede hacerse con sentimentalismos. Mientras más brutales sean los procedimientos empleados, más misericordiosa en realidad será la guerra, porque así terminará más pronto"...

No es que odiamos a Alemania. Es que la tememos. Es que ella se ha hecho temer. Pero no se ha hecho amar. Es que somos idealistas. Quijotes. Devotos del Manco aquel que en la batalla de Lepanto venció al Gran Turco que hoy pelea en favor de Alemania a las órdenes del General von der Goltz.

No es que estemos atacados de germanofobia. Es que somos sentimentales...

INTERMEDIO

El miedo al temblor es una cosa "aparte" de toda reflexión y de toda serenidad. No hay sangre fría posible cuando la tierra empieza a trepidar bajo nuestros pies. Hay personas que en el momento trágico son menos frágiles que otras. Pero la serenidad absoluta, el equilibrio completo de los nervios, parece no habrá quien lo conserve al minuto del acontecimiento. Es que el temblor desorbita en el individuo una base psicológica fundamental: la certeza de lo firme y de lo sólido, la confianza que uno tiene en la tierra que pisa, el concepto de lo permanente y de lo incommovible. La tierra es lo absolutamente fuerte, lo eternamente quieto. Si ella se mueve o se abre, nosotros quedamos sin fundamento, entregados a las contorsiones epilépticas de la naturaleza. Nuestra pequeñez se hace "más grande" ante las sacudidas del planeta y ante las conflagraciones de la física subterránea. De ahí que el miedo a los temblores sea una cosa perfectamente seria.

La madre tierra. Vemos que cuando esta madre empieza a moverse se convierte en una madrastra in-misericorde y desnaturalizada. Ella nos lo da todo: leche y miel, fruto en sazón y legumbre nutritiva. Ella alimenta al hombre y al ave, al insecto y a la fiera; sus fuentes corren para todo lo que alienta debajo de los astros; sus entrañas prolíficas son el pan y la sal de nuestra mesa y sobre sus planicies o sobre sus laderas, en las espigas de los trigales, el viento mueve el santo misterio de la eucaristía...

Pero un día la tierra sufre desprendimientos subterráneos, sus capas geológicas pierden consistencia y estabilidad; la química de sus arcanos laboratorios explota en forma de gases agresivos y sobre su corteza, habitada y laborada por los hombres, el dolor, el miedo y el peligro destrenzan sus cabellos de espanto. Y entonces viene para los humanos aquello que podríamos llamar la hermandad del miedo, la frate-Uanza del peligro. El hombre busca al hombre y en medio al conflicto y frente a las fuerzas ciegas de los elementos, nos tenemos más confianza, nos acercamos más unos a otros, fraternizamos sobre la inseguridad del suelo que pisamos, en una palabra: nos amamos ante una atmósfera pesada, ante un cielo cejijunto, poblado de nubes hostiles y ante un día sin brisa en que los horizontes están cerrados y en que el péndulo del sismógrafo se pone a señalar como un dedo apocalíptico la zona de las conmociones geológicas. Así es la humanidad, así somos los hombres. Aguijoneados por el dolor,

pavorizados por fuerzas cósmicas cuya dinámica es para nosotros abstrusa y laberíntica; sacudidos y bamboleados por el soplo dramático de lo desconocido, sólo así sentimos que en nuestras almas florece el rosal divino de "amaos los unos a los otros". La visión de la muerte, la común desventura, la sugestión calofriante del juicio final, nos tornan piadosos y nos traen al corazón aquella bondad de que carecemos cuando vamos a rienda suelta, sin tropiezo ninguno por la vida...

¡La vida! Castillo de naipes que se derrumba ai vuelo de una mariposa; gota de agua que ante el pozo de la eternidad es como una lágrima caída en el mar! Ya se ha dicho que la tierra, ante el enjambre de mundos de lo inmensurable, es lo que el grano de arena a la longitud de la playa. Un poco de cia-nógeno esparcido por la cauda de un cometa; una explosión de gases en las entrañas de nuestra esfera y la tierra, este minúsculo planeta, pasa mil crujías, si es que no desaparece sin dejar huella ninguna en el vacío. Tiembla la tierra al declive del sol y al anochecer, ya el potentado de la ciudad va a pedir posada a la tolda del gitano, clavada a la intemperie... Y el hijo del viento que duerme bajo los árboles, a lo largo de los caminos, sin más almohada que su brazo, está más seguro que el gran señor de catre dorado, de edredón y de lámpara con pantalla. El cielo azul es más benévolo que el cielo raso. Sus artesonados y sus cornisas son las nubes y las estrellas que no descienden de su puesto porque no son obra de barro hecha por las manos de los hombres.

Flor de cactus, espléndida al alba, a la tarde marchita, puede decirse de la vida. Onda que pasa, sombra que se aleja, ave tímida y muda que no deja ni el rastro de sus alas en el viento. Hoy es y mañana no parece y el más leve escalofrío del planeta la pone al borde del precipicio terminal.

La vida es un dolor y en medio a la fragilidad de lo que nos rodea, lo único que puede anestesiar el dolor de existir, es un poco de amor, una gota siquiera en la efímera copa de nuestros días. Prolongar nuestro yo, ensanchar nuestro horizonte espiritual, infuturar nuestro ensueño y nuestro idealismo en los ojos de una mujer que cifre para nosotros la razón de trajinar a lo largo de este valle de lágrimas...

LA FRANCIA – JOFFRE

Un diario de la tarde, que resurge con ideas germanófilas, dirigido por un joven de pluma combativa, hace una exposición de motivos para explicar la virada de rumbo de su espíritu en favor de Alemania. El periódico era hasta antes de su eclipse transitorio, amigo de los aliados. Hoy reaparece amigo y defensor de la Causa de los germanos. Respetamos cualquier rectificación de ideas y de puntos de vista relativa a este litigio, el más entrañable y vital que han confrontado los hombres a lo largo de los siglos. Nuestra bandera es bandera de libertad. Nuestra disciplina no es la disciplina teutona, férrea y brutal, que anula al individuo hasta en su propio pensamiento y que lo suma como mísera unidad a una masa informe que se mueve a derecha e izquierda bajo la espada del oficial o del sargento. Queremos campo y ambiente para todas las corrientes, para todas las beligerancias. No pretendemos que todo el mundo marque el paso bajo la voz de mando del General Joffre. Queremos que aquí, entre nuestros coterráneos, haya milites del padre y del hijo, es decir: del Kaiser y del Kronprinz.

El diario resurrecto habla editorialmente de la "Francia corrompida".

Es muy fácil hablar de la "Francia corrompida" para asustar pacatos y comulgar intonso con hostias de papel de estraza. Conocemos el recurso. Recurso simplista. Sabemos de esa táctica de vocabulario que está cayendo en irredimible desuetud.

¿Corrupción política en Francia? Muy bien. Muy bien. Esto es hablar claro. Esto es cantar sin reticencias.

Corrompido un país que ha puesto valla inexpugnable a las hordas de los invasores. Un país que, silenciosamente, calladamente, sin campanas, sin cohetes, sin programas altisonantes, sin halaracas de charanga ha llegado a las más altas cumbres del heroísmo humano y contuvo en el Marne el galope de Atila como ahora siglos en los campos de Chalons, en las llanuras cataláunicas. Corrompido un país que ante los estragos del terrorismo alemán, perpetrados en Reims, no

pregunta cuántos franceses perecieron en la pugna sino cuántos daños sufrió la legendaria Catedral. Corrompido el país que se ha hecho el más rico del mundo, no con los trust absorbentes de los yanquis, sino con el ahorro —virtud fundamental— practicada de individuo a individuo!

Contra todo ha podido Alemania. Despanzurró al oso moscovita en las llanuras de la Prusia Oriental. Se tragó a Bélgica, paloma minúscula en las fauces de un rinoceronte. Pero detrás de la Francia política de José Caillaux estaba en pie, con el ojo avizor y el ceño pensativo, la Francia heroica de Joffre el Taciturno. Detrás de la "Francia corrompida" de que habla el neófito del pangermanismo, estaba la Francia serena y abnegada y valerosa, no por orden de ningún emperador, sino por imperativo categórico de la propia conciencia. Detrás de la Francia convulsa, estaba la Francia-Joffre, como dice Faguet, la Francia contra la cual no han podido —y no podrán, ¡vive Dios!— los hierros estruendosos del militarismo prusiano.

Detrás de esa Francia que, "corrompida" y todo, ha sido la madre nutriz del espíritu humano, está la Francia beligerante, la Francia guerrera que tiene en sus campamentos mandatos imperativos como éste: "Traiter les prisonniers non seulement avec **hu**-manité, mais encoré avec une justice et une correction absoiues". (Circulaire du 18 septembre 1914).

París es la ciudad del pecado, dicen algunos. Pero París no es de Francia sino del mundo. Luego en las culpas de París tiene acciones el mundo entero. A veces nos damos con un martillo en los dientes: culpamos a París precisamente por "aquello" que más nos gusta. Ya lo dijo el sabio divino: si hay alguno libre de mancha, salga de la fila y arroje la primera piedra.

Después de todo y dígase lo que se diga, el General Joffre tiene al cinto una espada. Y de la punta de esa espada republicana están pendientes a estas horas el corazón y la suerte de la humanidad.

UN TRISTE FINAL

Dos jóvenes empleados de una casa comercial salieron un domingo del octubre pasado a darse un día de campo por los lados de Usaquén y dei Puente del Común. Aficionados al deporte de la caza, limpiaron sus escopetas y las prepararon como para probables aventuras cinegéticas y montesas. Caminaban por la gran carretera central del norte, y al llegar a un punto aledaño al puente del Común, vieron que rayaba los aires el vuelo de un pájaro extraño, de aspecto un poco exótico y desconocido en la fauna corriente de la Sabana. Se asombraron debajo de un árbol y al través del ramaje empezaron a observar el vuelo del ave desconocida que, como un aeroplano, revoloteaba en el espacio. El pájaro no "atterizó" sino que, sobre el mismo árbol desde el cual lo observaban, pasó el vuelo. "El cazador lo contempló dichoso y sin embargo..." le disparó el arma "homicida". Cuidó el cazador de no darle muerte, sino de herirlo únicamente. Y logró su deseo. El pájaro cayó herido en un ala. El cazador lo fue a aprisionar y el pájaro empezó a defenderse con el pico y con las garras. Al fin se entregó a las manos del hombre. Era una águila que venía haciendo un raid desde remotas latitudes. Joven aún que entre las verdes ramas de un árbol sabanero vino a encontrar el balín certero que había de interrumpir su misterioso itinerario.

Observado de cerca, el cazador le encontró asido al cuello con una cuerda fina un tubito de cristal blanco y dentro del tubito, herméticamente cerrado, un papel con estas palabras: "La persona que coja este pájaro, sírvase escribir cuándo y en dónde lo cogió. Dirigirse a Eddie Hoichkiss, Red Lodge, Montana, Estados Unidos. Apartado 426".

El mensaje tiene fecha 19 de agosto y el águila nórdica fue cogida en la Sabana de Bogotá el 29 de octubre. Gastó, pues, la ilustre viajera, setenta días con sus noches en llegar a estas frías nieblas de los cielos cundinamarqueses.

Otro empleado de la misma casa comercial se intrigó con el novelesco suceso y escribió al señor Holchkiss, firmante del mensaje, informándolo de lo sucedido. La noticia causó sensación y curiosidad. Y el periódico llamado Red Lodge Picket trae una relación importante del episodio.

Los que han estudiado el caso —naturalistas— se extrañan de lo ocurrido porque —dicen— esta clase de aves no pertenece a la familia de las migratorias y sólo se explican este raid suponiendo que el águila, temiendo ya un futuro frío de 30 grados bajo cero, hubiera resuelto, al ser largada por su dueño, abandonar las regiones del norte y buscar un poco de calor bajo los cálidos cielos del trópico.

En línea recta —dice el diario— el pájaro habrá volado 3.300 millas, desde su montaña nativa hasta el árbol de la Sabana en donde la escopeta de un deportista, la puso al nivel de la tierra. Pero como no es posible suponer esa tangente inverosímil de los aires, tendremos que aceptar la conjetura de que el número de millas recorrido por el ave, en línea frágil, es mayor del apuntado anteriormente. Levantado el vuelo en Montana, al pie del Canadá, atravesó Estados Unidos, y al llegar a Méjico picotearía probablemente la carne de cañón de Pancho Villa y de Carranza. Sobre más de un cadáver de la guerra, tendido a la intemperie en las comarcas aztecas, clavaría el pico hambriento y haría ración para seguir en la jornada. Cruzaría Centroamérica, proyectaría su sombra errátil sobre las aguas del canal panameño, pasaría por sobre las selvas bravías de la región chocoana, describiría una elipsis sobre las pastoriles montañas de Antioquia y un día, en una de estas claras mañanas de nuestra tierra, agitó de pronto las alas en el aire diamantino de la Sabana. Sobre la copa de un árbol recogió las alas, cansadas talvez del largo viaje y allí, cuando menos lo "pensó", encontró el punto terminal de su jornada. Vino a tierra herido en un ala, es decir, en el alma —las alas deben de ser el alma de las aves— y aunque trató de ser libre hasta última hora y de guardar intacto el honor de su montaña y de su raza, el hombre lo hizo prisionero y lo sometió al sonrojo de rozarse con el polvo de la tierra. ¿A dónde iría hoy esta ave de remos potentes, si el cazador no le entorpece su jornada gloriosa? Habría cruzado ya las milenarias selvas amazónicas, los ardorosos ambientes brasileños y acaso estaría a estas horas en una cumbre de los Andes australes o sobre la cimera de un árbol proceros osteando la inmensidad de las pampas argentinas. ¿A dónde iba? A ninguna parte. Pero, ella —ave sojuzgadora de los vientos— no había horizontes ni iti-

nerarios convencionales, ni tropiezos en las aduanas, ni demoras de trenes o de buques, ni fronteras de orden geográfico. Se había hecho, por virtud de sus propias alas, ciudadano universal de las esferas y había adquirido derechos y prerrogativas invulnerables en alturas a donde todavía no ha llegado en forma de códigos internacionales y de fórmulas jurídicas, la ambición y el egoísmo de los hombres. Pero, hé aquí que un muchacho travieso le dispara, le rompe un ala y le echa a perder su jornada sin límites. Y allí la tenemos, bajo el techo de una factoría, mirando con ojos nostálgicos el cielo azul en donde el sol desfleca sus oros olímpicos y en donde las nubes, llevadas por el viento, le fingirán rebaños lejanos de una patria perdida para siempre. Yo he ido a mirar de cerca este animal misterioso, cuya raza simboliza audacias supremas e incontrastables poderíos. Y lo he visto, triste y melancólico, presa de una taciturnez incomparable, alado Prometeo encadenado de repente a la vulgaridad de un insuceso, águila sin cumbres, sin cielo, que es como si dijéramos alma sin ilusión y corazón sin esperanza... Allí está el pájaro heroico, dominador de las alturas, prez y donaire de los vientos, punto negro de los espacios, ahijado de las estrellas, pluma ondulante de las tempestades. Recordará sus éxodos a lo largo del Continente y "pensará" que ya para él, herido y cautivo, en tierra extraña, lejos del risco natal, la vida se le ha vuelto un andrajo lamentable. Volverá a su tierra en una jaula, como una curiosidad de folletín, juguete de la suerte y de los hombres. Pero ya no por sus propias alas bañado en sol, borracho de azul celeste y dueño y señor de la inmensidad. Y la jaula será para él como un ultraje a su alcurnia y a sus antepasados, y como un aplastante contrasentido de esa estupidez que se llama "El -Destino".

Una vez pregunté yo al loco Arias, nuestro gran Zaratustra, cómo se figuraba él la muerte de las aves. No sé, pero me figuro que han de morir sin alas, replicó el amable filósofo. Y en esta respuesta el doctor Arias hizo ¡a apología más completa del poder de las alas. El pájaro de esta leyenda tiene una ala rota.

Si no recobra su acción, ha muerto para la vida gloriosa de los aires y llegará —Dios no lo quiera— a ser un ave de corral como cualquier gallina bullanguera. ¡Triste destino el de la gloria humana! Hé aquí un caído cuya desgracia es digna del más profundo respeto. Si este pájaro pudiera hablar, ¡con que palabras más tristes lamentara el signo maldito de su horóscopo!

¡Volar! Hé aquí uno de los más gloriosos atributos concedidos por Dios a las criaturas de sus florestas. El hombre ha querido ser como las águilas y dominar el firmamento y vuela a grandes alturas, pero con alas ajenas, con las alas tensas de una máquina, no con alas propias nacidas y emplumadas en los propios hombros. Si la manivela no funciona, si la esencia no mueve el motor, se agota; si se rompe una llave o se descoyunta una vértebra, el hombre viene abajo y muerde el polvo de la tierra como una alimaña del jaral.

Volar con el espíritu. Echar globos. Hé aquí la única fórmula posible. Hacer del alma un águila y largarla a las penumbras crepusculares del pasado o a las azules lontananzas del mañana. Volar. Soñar. Todos soñamos en la edad primera. No hay quien no tenga un aeroplano espiritual que vuele en todos los vientos del día y de la noche. Lo malo es el cazador que está al acecho de todo lo que vuela. El alma vuela hasta llegar a las estrellas; toca el vellón de las nubes y los zafiros de las montañas y el lapizlázuli del cielo. Desciende en vuelo sosegado, piensa que ha dominado las alturas, busca un árbol para posar el vuelo y debajo del árbol está el cazador: la Realidad, que hace con el espíritu lo que hizo el empleado cazador con el águila de esta crónica: le rompe una ala. Y cuando el ave o el espíritu tienen un ala rota, son cantidades incomputables en la tabla maravillosa del ritmo universal.

¡Hombres soñadores, mujeres soñadoras, aviadores insignes del mañana: cuando larguéis vuestros espíritus al azul del ensueño, posad el vuelo en campo abierto y no sobre los árboles, porque allí bajo los árboles, está el desengaño armado de escopeta y con la seria intención de ponerlos en tierra con un ala rota!

¡Y ay de los que pierden las alas en la mitad de la jornada!

HOJA DE MIRTO

Rafael Pombo ha muerto. Ha descansado en la paz del Señor. Sus ojos, que otro día fueron ventanas abiertas al jardín de la vida, se han apagado para siempre en la sombra infinita. Ha sonado para el poeta la "hora de tinieblas" en el reloj misterioso del tiempo.

Hace pocos días estuvimos a verle. En una alcoba de cuyos muros penden innúmeros cuadros antiguos, sobre un humilde lecho de asceta, descansaba el viejo solitario. Su voz trémula estaba poblada de acentos agónicos. Pesado el oído, apenas si percibía nuestras palabras. Estábamos frente a una sombra, a unos ojos que habían renunciado ya a la luz del día, a un alma en cuya acústica vibraban los ecos de una cercana eternidad. De aquí —nos dijo el maestro— saldré en seis pies. En los pies de los que vengan a sacarme para el cementerio. Era la hora del crepúsculo. Ciérreme esa ventana, nos deslizó, que la luz me fastidia. La alcoba quedó en una discreta oscuridad. Y sobre el lecho humilde el maestro era como un viajero "que aguarda en las riberas del piélago su turno". Águila sin cumbres, barco tendido en la playa con las hélices rotas, árbol sagrado inclinándose hacia el desfiladero inexorable.

Hoy el poeta ha dejado a su espalda este percedero valle de lágrimas. Su espíritu sonoro se incorpora como un acento más, en la gran armonía de los mundos y la frágil arcilla del cuerpo se esfuma tras la pesada filosofía de una piedra mortuoria. Se ha hundido en el agua negra de la muerte una frente sobre la cual vibraron un día las lenguas de fuego del Espíritu Santo. El poeta paga al Misterio el sagrado tributo, después de haber sido en la tierra árbol que dio flores y frutos y sombra a muchos caminantes de la vida.

Más de seis años hacía que Pombo había formulado su completa renunciación al bullicio humano. Esperaba en su clausura penumbrosa a que la muerte aleteara sobre sus sienes glorificadas un día por el sacro laurel. Quizá pensaría con Epicteto: "No morir para el hombre, sería como para la espiga no ser jamás cortada".

Y hé aquí que en una noche de mayo florido la muerte toca a las puertas del dulce cantor de Elvira Tracy. Un beso en la frente. La eternidad. Un temblor. La vida no es más que llorar al nacer y temblar al morir. El águila, en un último esfuerzo, ha abierto las alas que un día se ardieron en la luz del sol y se ha perdido en las inmensidades estrelladas...

Bienaventurados los que, como Pombo, han sentido sobre su frente la corona de espinas del sentir y del pensar. Después de todo, hay una cosa mejor que la inmortalidad: merecerla.

UNA VISITA A LA QUINTA DE SAN PEDRO ALEJANDRINO

El automóvil ha dado un pitazo. Apaga su **taf taf** y para frente a mi puerta. Viene un amigo a hacerme una invitación: a pasar unos minutos en San Pedro Alejandrino. Ocupamos los puestos y el **chauf-fer** pone ruedas en polvorosa hacia el histórico lugar. Son las dos de la tarde. Abandonamos a Santa Marta, cuya bahía espejea bajo el sol con reverberaciones agresivas. El auto va por entre montes de vegetación potente. Rueda y rueda y en tanto el viento de la earrera nos alivia un poco del bochorno violento de la atmósfera. Cruzamos un puente, hacemos unas cuantas curvas, y después de diez minutos de vuelo automovilístico, llegamos al punto terminal de nuestra excursión. Estamos en el patio de la casa en donde murió el Libertador. Nos asombramos bajo las frondas nuevas de un tamarindo secular que convalece de un otoño reciente. Probablemente este árbol prestó un día su sombra al héroe de las pugnas homéricas. Bajo su fronda el Libertador, ya en el crepúsculo de su vida, sentiría que las brisas del campo le daban un beso de paz en la frente. Más de una hora, al través de estas ramas, miraría los cielos azules del trópico, o en las noches de su último diciembre contemplaría —¡oh desolación incomparable!— el radiar de las estrellas, que serían para sus ojos —enturbiados ya por la sombra de la muerte— lo que dijo el poeta: lámparas llenas de esperanza. Y en su imaginación florecería anticipadamente el apotegma del filósofo: "Dos cosas hay que recuerdan a la Divinidad: la contemplación de un cielo estrellado y el sentimiento del deber en el fondo del corazón".

San Pedro Alejandrino es un lugar a cuya entrada la imaginación se arrodilla. No otra cosa puede hacer el espíritu que penetre en ese lugar solitario por donde acudió al mar de la muerte —digámoslo así— uno de los ríos más caudalosos y fecundos de nuestra historia política. La quinta está situada en el claro de un monte sobre cuya cimera se cierne a toda hora un silencio religioso y solemne. Los tamarindos del patio principal son de una frondosidad incomparable. La casa está cuidada por un mayordomo de larga edad que vende a los visitantes cartulinas postales con vistas de la quinta y sus alrededores.

Entramos a las piezas interiores de la casa. El cuidandero nos muestra la alcoba en donde el Libertador exhaló el último aliento. "Aquí en este rincón murió", indica el cicerone. Y sentimos sobre nuestras cabezas toda la grandeza de aquella solitaria agonía. En un pequeño cuarto contiguo hay unos muebles que de muebles no tienen ya más que la armazón empolvada por los años. Un taburete, una siila y un baño. Los muebles de Su Excelencia el Presidente de la República de la Gran Colombia. En uno de los muros, recientemente encalados, está un reloj sobre cuya armadura renegrida las horas que él no marca han ido enhebrando sus telarañas filosóficas. Este reloj —dice la versión legendaria— marcaba la una y minutos del día cuando el corazón del Libertador apagó su ritmo para siempre. El médico de Su Excelencia— dicen— paró el reloj en aquella hora infausta, y desde entonces este viejo reloj dejó de agitar su péndulo y marca eternamente con su dedo enmohecido la una y minutos de la tarde.

En el patio interior de la casa hay un árbol, un naranjo, del cual se dice existía en 1830. En ese patio y a la sombra de ese árbol, don Simón sentábase a tomar la brisa del campo. En el patio principal se alza la estatua del héroe. Allí, en ese sitio, levantábase antaño el tamarindo predilecto del Libertador por su belleza y por la amplia sombra que proyectaba sobre el patio. En la sala hay un álbum en donde los visitantes dejan sus nombres o sus pensamientos. Claro está que en las hojas de ese libro hay más necedades, perogrulladas y tonterías que palabras adecuadas a la grandeza del lugar y a su intensidad psicológica.

Mientras llega la hora de regresar a la ciudad, me pongo a hojear el álbum, y después de leer pamplinadas innúmeras, encuentro unas líneas que me llaman la atención y que firma un jefe militar que

comandaba un regimiento del ejército. Hé aquí las palabras del visitante militar:

"Libertador, vengo a daros parte sin novedad del Regimiento Córdoba número 7, que hace la guarnición de Santa Marta. En el confín lejano de la hermosa bahía no asoma nave enemiga alguna. ¡Listas están las armas! En todos los semblantes de nuestros soldados brilla la energía legendaria de los tiempos heroicos. Por los lados del sur se oyen amargas voces de agregión. Deben de ser los esclavos manumisos de tu espada. ¿Qué ordenáis?"...

Estas líneas en que el militar colombiano se dirige a la sombra triunfal del Padre de la Patria, son de una originalidad dolorosa. Están fechadas en julio de 1911, por allá en esos días en que el peruano 3e-navides cañoneó nuestro hospital de **La Pedrera**.

San Pedro Alejandrino, con sus árboles silenciosos y su quinta historiada, deja una impresión de tristeza profunda en el alma. Este lugar, consagrado por el prestigio de los años e iluminado por la luz serena de la Historia, ejerce raras sugerencias sobre el pensamiento. Es algo así como un jardín de las olivas. En Gethsemaní sintió Jesús, al apurar la amargura de una copa inexorable, la tristeza mortal de ser hombre, la honda melancolía de los que, al final de una jornada de sacrificios y heroísmos, se sienten abandonados de los suyos, solitarios y tristes. En San Pedro Alejandrino, Bolívar, genio de la guerra, que bendijo a Colombia con la cruz de su espada, cerró los ojos a la vida, solo, desamparado y llena el alma de las más hondas desilusiones y nostalgias. ¡Qué larga, qué triste debió de ser su agonía! Una inmensidad —la de Bolívar— apagándose frente a la inmensidad azul del mar. Un sol desangrándose en la penumbra gris de un crepúsculo desolado. El águila dando el último aletazo en la cumbre. Por sus ojos de agonizante en abandono, cruzarían las sombras gentiles de Fanny de Villar's y de Manuelita Sáenz, corazones que palpitaron junto al suyo en horas en que calara el chambergo de don Juan Tenorio y ciñera sus sienes no con lauros desgajados en los áureos bosques de la gloria, sino con flores arrancadas al amor y al ensueño.

La escena sombría, callada y dolorosa de San Pedro Alejandrino en la tarde infausta del 17 de diciembre fue, más que la muerte de uno de los grandes de la tierra, el ocaso lleno de esplendores de una era en cuya historia resplandecen bélicas leyendas de los tiempos heroicos y todas las fulguraciones épicas de la magna epopeya. Aquella muerte ignorada

y apacible era como uno de esos radiosos crepúsculos del trópico en la soledad inmensa del océano o en medio de campos vastos y solitarios, magnificados por altas cumbres lejanas y grandes valles cubiertos de selvas seculares de que sólo emerge la voz solemne del misterio, en rumores como la inmensidad, hondos y lejanos.

Pobre y triste y solitario, en este rincón de una selva bravia, dejó de existir el héroe, inmortal en el bronce, inmortal en los siglos, inmortal en la Historia. De él puede decirse que apuró en los últimos días de su vida la copa amarga del más inconsolable abandono. Contra él se volvieron muchos brazos cuyas cadenas supo romper con la punta de su acero. Y él, sojuzgador imperativo de la victoria, que ciñó a la grupa de su corcel los ágiles centauros del triunfo, pensaría acaso en el crepúsculo de sus horas, en la amargura que acendran estas palabras de un apotegma antiguo de la filosofía nipona: "Nada temáis de los hombres libres, pero temblad de los esclavos si rompen sus cadenas".

El automóvil está listo. Bajo uno de los árboles del patio agita sus máquinas. Tomamos nuestros puestos y regresamos a la ciudad. El chauffeur es un muchacho que entiende bastante de su oficio. Por un camino de grandes bancos de arena, de vueltas y revueltas peligrosas nos conduce a una velocidad que pone en los nervios una alta tensión eléctrica. En cuestión de pocos minutos nos ponemos otra vez a la vista de la ciudad de don Rodrigo de Bastidas. Cuando llegamos, el reloj de la catedral marca las cuatro y media de la tarde. Se nos ha acabado la brisa de nuestro vuelo automovilístico, y como en la ciudad ni el mar ni la montaña están soplando, optamos por un baño en el mar. Es la única manera de conseguir un alivio en estas grandes calenturas de los trópicos.

Hemos peregrinado a un lugar de prestigio y de principalía en las páginas de nuestra historia patria, hemos visto con nuestros propios ojos sitios que queríamos mirar desde que nuestro corazón se dio cuenta de la grandeza histórica de ellos, y hemos, en fin, tenido un rato pintoresco y saludable a orillas del mar que arrulló con sus ondas los últimos momentos del Libertador.

EL PROTESTANTISMO EN COLOMBIA (FILOSOFÍA BARATA)

Colombia es una nación católica, apostólica y romana, un país de régimen concordatario, una hija a quien todos los días bendice la cruz que abre los brazos en la cúpula del Vaticano. Nuestra religión es la católica, reconocida terminantemente por un artículo de nuestra carta institucional. Todas estas verdades pertenecen al carnet de Perogrullo, pero conviene anotarlas al margen para establecer contraste en entrando en materia.

Somos católicos. Servidores humildes de la disciplina del dogma. Con excepción de algunos libres-pensadores que no piensan nada y da algunos ateos que hablan mal de Dios y que apenas lo saludan cuando se lo encuentran en la calle...

Pero con todo, tenemos que confesar una verdad que es una verdad ambiente: Mr. Alexander Alian, Pastor de la Capilla Presbiteriana, está haciendo en esta tierra innúmeros prosélitos para la religión de Martín Lutero. Hov día Mr. Alian podrá dar buena cuenta de su misión a sus superiores jerárquicos. Y dirán en Inglaterra o Estados Unidos: este Alexander es muy buen agente: la recluta espiritual ha estado

insuperable. Con cuatro conferencias le ha mermado a Roma un halagüeño porcentaje... Bien por este catequista. Es un Buen Pastor... de ovejas descarriadas.

Y digo Buen Pastor y digo Mr. Allan porque aquí en esta tierra de mi Dios y de mis culpas, todos, por desgracia, nos estamos pasando con enjalma y jáquima a los trigos del protestantismo. Hemos resultado, sin saber a qué horas, unos protestantes de tomo y lomo. Lutero gobierna. Los muertos mandan...

En estos días andamos entre protestas van y vienen. Y así venimos desde luengos años. Se desgajó Panamá y protestamos contra la violación de un tratado público y contra la traición de los panamistas.

Se insola el General Gamboa y nos estropean la digestión los peruanos y protestamos contra tamaña felonía benavidesca. Hay una turba que irrespetea a un clérigo que pasa o que apedrea las puertas de una imprenta o los hierros murales de un colegio y sobre el humo, pasada la descarga, llega la protesta.

Todos protestamos. Mr. Alian tiene prosélitos por todas partes. Puede el Pastor acostarse a dormir sin miedo de que el lobo penetre en la heredad. Del domingo para acá el protestantismo ha tomado entre nosotros un auge inverosímil. Con las contorsiones democráticas del día, las pedradas y los tiros, han surgido protestas en cantidad suficiente para empapelar las murallas de la China. Hay que protestar. Hay que protestar...

La fórmula no deja de ser socorrida. Unos protestan como conservadores de libertad y orden. Otros como "verdaderos" liberales. Otros como viejos patriotas y radicales encanecidos. Aquéllos como republicanos partidarios del término medio. Y los de más allá como particulares, ciudadanos de una república cristiana.

"Protesto de la manera más enérgica". "Consigno aquí mi formal protesta". "Los infrascritos protestamos". (Siguen mil firmas).

Hé aquí el rito sacramental, la panacea definitiva con que curamos todos nuestros males. El agua milagrosa con que lavamos todas nuestras llagas. La protesta ha venido a ser entre nosotros algo como una fórmula sintética, aplicable a todas las situaciones y a todos los vaivenes de nuestra historia. Mañana se abre la tierra en un bostezo

formidable y amenaza tragarnos. Puede usted hacerlo, le diremos: sólo le suplicamos que nos permita protestar por escrito contra esa catástrofe, contra esa desvergüenza, contra las fauces de usted que rompen el principio de la inviolabilidad de la vida.

Protestas van y vienen. El protestantismo es la religión por excelencia. Fuera de sus fórmulas no hay salvación. Con la protesta resolvemos todos los problemas que incumbe contemplar a nuestro espíritu. Con la protesta saldamos nuestra cuenta con la vida y nos quitamos de encima la pesadumbre del deber y de la acción. El que en alguna forma protesta contra algo, ha pasado el Rubicón y tiene derecho al eterno reposo, a la inmortalidad. Ha cumplido su misión en la tierra. Hemos venido al mundo con esta consigna personal y nominativa del Eterno: dejar que sucedan las cosas y consignar después la protesta del caso, en términos enérgicos. Prever, educar, pensar, contestar hoy a los interrogantes tremendos del mañana, sustituir con hechos, con verdades de enjundia definitiva y de vértebras aceradas los puntos suspensivos del horizonte, eso es cuestión adjetiva en el horizonte de la jornada.

La protesta es y ha sido en todas partes el último grito de los débiles, la última palabra de los agonizantes, el gesto crepuscular de los vencidos. Hoy, entre nosotros, ella equivale a la renunciación de todo esfuerzo y de toda gimnasia del pensamiento y de la voluntad. Es la culminación de eso que la patología moderna llama abulia, florescencia malsana que 'ha invadido como una maldición nuestras células nerviosas. Protestad cada uno contra lo que os venga en voluntad y ya habréis cumplido, por ese solo hecho, con todos los deberes que impone la vida.

La protesta, como el suicidio, terminará por desacreditarse en el comercio de las ideas. La protesta es el recurso de los que ya no tienen nada qué decir en este valle de lágrimas. Es palabra de moribundos o de haraganes fakirizados, de los que ya no pueden levantar el brazo para domar en el yunque de la vida el hierro de la propia conciencia y de la propia voluntad. Los fuertes no protestan. Vencen a la vida. Vencen a la muerte.

Con protestas en papel sellado iremos a la Historia, y con protestas enérgicas nos haremos perdonar de las gentes del futuro el delito aquel

de que habla la lengua de fuego de Nietzsche: el delito de haber sido hijos de nuestros padres.

En la posteridad se van a contagiar de nosotros y nos van a protestar el giro porque es cosa sabida que hace ya veinte lustros estamos girando en el más absoluto descubierto.

EL REY DE LOS BELGAS

Ayer cumplió cuarenta años de vida el Rey de los belgas, ese Rey maravilloso, único en la historia, cuyos hechos, según la fórmula imperativa de un filósofo, podrían erigirse en ley universal de los humanos. Le sorprenden los ocho lustros en la línea de fuego, bajo el plomo de la artillería enemiga, en el sitio preciso a donde le llamaron un día su conciencia y su deber, en nombre de la suerte de su pueblo. Allí está el Rey Alberto. Allí le han llegado los cuarenta años. Y habrá celebrado su natalicio entre el amor de sus soldados, a la luz del vivac encendido y crepitante.

¡El Rey de los belgas! ¡Qué dulces sugerencias de ternura y de grandeza llevan al espíritu estas cinco palabras! Soberano de un país que era hasta ayer un jardín encantado y un taller cuyas chimeneas levantaban sus espirales de humo bajo cielos de paz, hoy pasea su conciencia dolorida pero satisfecha sobre un lúgubre hacinamiento de escombros.

En esta guerra sin nombre en el lenguaje de los siglos, la figura del Rey Alberto es una de aquellas banderas que al decir del poeta, conducen a los hombres "camino del Edén por el desierto". Porque este Rey ciudadano, a la cabeza de su pueblo, en el centro de la hecatombe más honda que vieron las edades, ha cortado para sí, en los áureos bosques de la gloria, los fértiles laureles de la leyenda homérica y ha extendido su reinado aquende los mares, más allá y más acá de las fronteras que delimita-n su jurisdicción en la carta geográfica de Europa.

¿Cuál fue la culpa de Bélgica para verse envuelta en esta tromba apocalíptica que ahoga al mundo en olas de sangre y de llanto? Una culpa de orden geográfico. Estar situada entre dos países que tarde o temprano tenían que recurrir al hierro y al fuego para saldar cuentas pendientes. Su neutralidad, el respeto a su territorio, estaban garantizados por escrituras solemnes, por tratados públicos conocidos por el mundo universo. Pero sobre esa neutralidad —paloma incauta— cayeron las águilas negras de Germania en trágica bandada. Había tratados de por medio, pero... "la guerra rompe los tratados" decía Bismark, el hosco sembrador de la tormenta. Y luego, otro técnico del militarismo prusiano, el General Bernhardi, declara a los cuatro vientos que los tratados son "pedazos de papel que no obligan ¿ino cuando hay interés en respetarlos".

Bélgica, repeliendo de su suelo a las hordas prusianas, hace cambiar un día la faz de la guerra, disloca los planes del Estado Mayor alemán, rompe los itinerarios de los bárbaros y salva a Francia. La pequeña nación da en la frente del monstruo un golpe mortal con su honda derrocadora de jayanes. Bella lección que prueba cuánto pueden los pequeños cuando quieren hacerse grandes! "Alberto sin tierras", llamamos al Rey de los belgas. Porque no tiene hoy más tierra que la que pisan sus botas de campaña. Y porque a él sólo le basta un puñado de tierra para empaparlo un día con su sangre generosa.

Más que admirarlo, lo amamos. El amor es el más bello fruto del alma humana. Y para estos Reyes únicos debe haber amor y ternura en todo corazón abierto a los más altos idealismos de la vida. Le amamos porque, más que un César y que un Rey, es un hombre. Todo un hombre. Porque cuando pasa sus ojos por sobre sus campos arrasados y oye los lamentos de sus soldados y ve los ojos vidriosos de sus muertos, sabe llorar y el llanto es la más noble cristalización del espíritu humano. Le amamos porque no es un soberano en el sentido torvo y feudal de la palabra, sino un Rey que puede ser a la hora llegada, el

señor Alcalde de un villorrio. Porque combate por la libertad y por la democracia. Y porque con sus hechos está reinando, no sobre determinado número de subditos, sino sobre todos los corazones libres de la tierra.

Hé aquí un Rey maravilloso que ante la admiración universal ha cambiado la corona endiamantada de la monarquía por la corona de espinas del soldado.

¡Dios te salve, Rey de los belgas!

EL TREN CORREO

Hay un tren —el tren correo— que parte de aquí cuando el reloj deshoja las doce de la noche. Antes partía a las tres de la madrugada, cuando ya la niebla ha envuelto los árboles de la ferrovía en grandes sudarios fantásticos, cuando es más unánime el clarineo de los gallos y más trémula y más clara la vibración de las estrellas. Pero una reforma del itinerario ha anticipado la hora de partida al tren correo.

Y cuando faltan cinco minutos para la media noche, la locomotora encendida perfora el silencio con su pitazo de atención. Al sonido de las doce, el tren se va, el tren se pierde sabana adentro como en la obscuridad de un túnel fantástico y en el sosiego de la hora queda vibrando como un dolor el tac tac sugestivo de su locomoción...

Yo he ido al tren a despedir a un buen amigo.

Y he contemplado la película. He visto el espectáculo que no es, ni con mucho, de los más agradables. La psicología de las estaciones ferroviarias cambia de intensidad según la hora, según el minuto. El tren ordinario, el tren de todos los días, no tiene trascendencia ninguna. En él viajan hacendados. Mercaderes. Indígenas. Gente que se va pero que retorna a la caída de la tarde. O a la mañana siguiente. O a la vuelta de tres días.

El tren del domingo es alegre. Viaja en la mañana cristalina, bajo los cielos azules, llenos de esperanza, bajo el claro regocijo de los rayos del sol. El viandante goza el paisaje a plenos ojos y se entrega en cuerpo y alma al aire puro, al oxígeno reconstituyente del campo florido. Por sus ojos pasa la visión encantada de las cosas. La tierra empujizada o roturada por las cuchillas del arado. Los árboles levantando su arquitectura sobre la paz de los caminos. Las vacas. Los rebaños. Las chozas con flores en el patio y gallinas patriarcales, y espirales de humo mañanero sobre las techumbres pajizas. Y a veces, bajo una fronda, un buey taciturno, regentando una cátedra de filosofía cristiana. ¡Oh los bueyes! ¡En los bueyes está el reino de los cielos!

Todo esto es el tren de los domingos. Tren de esparcimiento. Va y vuelve mientras el dedo del reloj le ha dado una vuelta al muestrario de las horas. Es un tren que tiene nombre y apellido: tren de recreo. Por la mañana lleva su carga de viajeros, de paseantes. Por la tarde la vuelve a dejar en el punto de partida. Es un tren que tampoco tiene trascendencia ninguna.

¡Pero el tren correo! Este tren que se agazapa en las tinieblas y espera las altas horas de la noche para dar el pitazo de atención. ¡Qué doloroso y qué de sugerencias hace gravitar sobre el espíritu! Es un tren como de novela, que cruza por la ferrovía desolada aullando de dolor hacia la ausencia. Los viajeros de este tren van para lejos. Más allá de los caminos. Más allá de los mares. Más allá de las montañas. Los que se van en el tren correo son, casi, casi, como los que se mueren. Yo no sé por qué este tren misterioso de la media noche pone en los que se van y en los que se quedan una inevitable sensación de eternidad y un rictus de olvido en los semblantes. Se van. ¿Volverán? Es posible. Tal vez. Quién sabe... "Partir es morir un poco" ha dicho un poeta. Y partir para lejos es, tal vez, agonizar del todo. El recuerdo es la cruz...

La psicología del tren correo es desgarrante. Es un momento lleno de adioses y de abrazos trascendentales. No hay pañuelos de alas inquietas como en las playas de los mares. Pero hay llanto en los ojos y dolorosa inquietud en los corazones. Los viajeros llevan vestidos blancos. Amanecerán en tierra caliente. Otro sol les quemará la sangre. En sus rostros llevan ya un amargo gesto de ausencia, una resignada melancolía. Es que cada uno, por solo que sea, deja un jirón de espíritu tras de sus pisadas. Cada uno, viajero o viajera, lleva dentro de sí un cisne degollado. Una esperanza. Una ilusión que le hace más dulce el pensamiento del retorno. ¡Y ay de los que no dejen tras de sí ni la efímera ceniza de un recuerdo! ¡A esos se los tragó la noche, se los comió la ausencia!

La partida del tren correo es de un desconsuelo infinito. De una desolación incomparable. En la estación silenciosa y escueta, queda el personal lamentable de los que no se fueron. De los que retornan a la ciudad en el silencio de las altas horas mientras el tren correo rompe a lo lejos la majestad de los campos dormidos bajo la paz de las estrellas...

ALAS ABIERTAS

En estas claras mañanas de diciembre, llenas de sol y de lejanas perspectivas, le provocan a uno muchas cosas. En primer lugar, salir al campo. Un llano, unos árboles y una sombra debajo de los árboles. Y tenderse en la yerba y dejar ir el pensamiento en el viento que pasa y difundir el alma, como una fragancia silvestre, en la luz maravillosa del paisaje que nos rodea. En la claridad infinita de los espacios, esclarecidos por el sol, raya el lapizlázuli celeste, en vuelo paulatino, que casi parece aquietarse en las esferas, la sombra desvanecida de un ave que abre las alas en el viento. Se ha encumbrado tanto, que a los ojos del mortal, simula el tamaño de una golondrina. ¿Es un águila

audaz, de golilla erizada, de garras filudas, gloria de la mañana y prez y donaire de la tarde, que ejercita en la inmensidad sus remos vigorosos? ¿Es un oscuro cuervo agorero, más trágico que aquel que alucinó la mente macabra de Edgar Poe y más lejano y voluble que aquel que soltó Noé desde la ventanilla del arca bíblica? ¿Es un aeroplano teutón, que se ha desviado de los cielos de Inglaterra y ha traspasado los mares y venido a volar por estas neutrales atmósferas del trópico? No, señor Presidente. Es un gallinazo, rey de las alturas, hermano de las nubes, que hace una excursión a lo largo y a lo ancho de los cielos santafereños. Se encumbra, se encumbra, describe trazos elípticos en el zafiro de la mañana; baja y sube y a veces parece que una mano invisible lo aquietara en un determinado punto de la inmensidad...

Es un chulo del distrito, muy conocido por los lados del Puente Núñez, por el barrio de la carnicería. Ha engullido un poco de sangre de toro, coagulada sobre un banco grasoso; ha brincado a un tejado y —de tejas para arriba— ha oteado el cielo azul, limpio de nubes, transparente y prometedor, que invita a volar aun a los simples bípedos implumes que se arrastran como reptiles sobre el polvo de la tierra. Y ha abierto las alas de ébano y en un minuto, como lo haría un aviador, se ha puesto mil metros más alto que los más altos riscos de los Andes. Y en el aire diafanizado semeja el punto final de un poema de libertad y agilidad, escrito con tinta de sol en las esferas infinitas...

Admirable ave, ésta que parece arrastrarse sobre las piedras de un matadero mal oliente, en busca de una piltrafa sanguinolenta que dejó el matarife sobre una piedra desmantelada. Engulle su piltrafa, salta al tejado y en seguida abandona la tierra y se coloca a la altura de su deber. Deber imperativo de volar tiene todo bicho viviente a quien Dios haya dado un par de alas.

Por las calles vecinas al matadero pasamos a veces y sobre un muro antiguo miramos un chulo malicioso que desciende a tierra a buscar un bocado en la basura nauseabunda. Horrible animal, ave repugnante que se nutre en la inmundicia amontonada. Pero... ¿y qué? Esta aparente miseria, esta suerte abajada de gallinazo, está compensada con el poderío de las alas. En las alas tiene el chulo su compensación. Volar. Remontarse. Subir. Mirar la mañana frente a frente. Dominar la tarde desde una altura inmensurable. Bañarse en la luz de la aurora o en las llamaradas del crepúsculo y ver a los hombres pulular como pequeñas alimañas a lo largo de la tierra. Ver a los hombres como son,

a pesar de su soberbia: pequeños, imperceptibles, ante la eternidad de las cosas.

Se arrastra el hombre como el chulo, en la tierra estéril, por una piltrafa misérrima, que a veces toma el nombre de... "ganarse la vida". Se cansa. Desespera. Duda. Lloro. Siente alas en el espíritu. Va a volar, pero **EO** puede. La carne es impotente. Le hacen falta las alas del chulo, esas alas despreciables cuando están cerradas sobre una techumbre, pero valiosas y admirables cuando se mueven con ritmo acompasado en la inmensidad de la tarde. Tener alas en el espíritu y no tenerlas en los hombros, equivale a no tenerlas. De ahí que cuando miramos a esos cielos radiantes y azules, exclamemos con acento sus-pirativo: "¡Ay, quién fuera gallinazo!"

Dentro de nuestro yo, llevamos una tendencia instintiva a volar. La aviación es un vértigo. Cuando montamos automóvil nos olvidamos del peligro y sólo pensamos en la voluptuosidad de ir volando. Pero... una cosa es volar en la tierra, sobre una máquina de motor y gasolina y otra cosa es volar cielo arriba con alas propias, adheridas a nuestros propios hombros y alimentadas por nuestra propia sangre y nuestra propia voluntad.

SOL DE DICIEMBRE

Este cielo. Este tiempo. Este sol. Este diciembre. Un cielo azul. De un azul fatigante. Un tiempo claro. Luminoso. Un sol quemante que enciende en la sangre la alegría del vivir.

La gente se va. La ciudad se queda sola, como plaza abandonada por los serbios. Todo el mundo trota en busca de mejores aires, de mejores climas. Tierra caliente. Tierra templada. La Sabana con sus caminos primaverales y sus hileras de eucaliptus resonantes. La paz del campo.

El descanso. Abandonar la ciudad, en donde la vida es un interrogante fatal de todas las horas y de todos los días, y en donde el sistema nervioso se mantiene en tensión permanente. Buscar en la Naturaleza, madre nutriz del ritmo de la vida, unas horas de quietud y de bonanza espiritual.

¡Tierra caliente! Las arterias que en el calor de treinta grados van recobrando la elasticidad de mejores días. El corazón, esclavizado en la altiplanicie por las capas atmosféricas, que se da un asueto, que se pone pantuflas y empieza a funcionar con cístole y con diástole más acompasadas y normales. El paisaje lujoso del trópico, lleno de frondas y de flores. Los árboles hospitalarios, a cuyo amparo se tiende uno sobre la yerba a mirar el cielo al través de las ramas. Las cigarras líricas que en los brazos de los cámbulos, ebrias de sol, pulsán el único bordón de su guitarra monocorde. El río que salta entre piedras enormes y redobla sus atambores geórgicos bajo el oriflama resplandeciente del meridiano. La hamaca tendida bajo un árbol o en el corredor de la casa campestre, en donde el veraneante se mece y se queda dormido bajo el opio de la ardorosa resolana. Y allí, cerca a unas matas florecidas, las gallinas patriarcales que hacen la siesta con la cabeza bajo el ala. Este es diciembre. Este es el programa de este mes luminoso y alegre que acaba en la noche sugestiva de San Silvestre.

Unos se van. Otros no nos vamos. Unos sufren porque no se van. Otros, más conformes, nos transamos por gozar del tiempo en las afueras de la urbe. Un poco de movimiento y el programa se cumple.

Yo tengo organizado un veraneo en nuestro muy amable Bosque. En el Bosque debiéramos tener puestas todas nuestras complacencias. Allí hay de todo: oxígeno! y eucaliptol. Paisaje. Agua que canta. Flores que alegran los ojos. Aguas dormidas bajo la caricia del sol. Y árboles que os estáis mirando en ellas, según decía Garcilaso en inmortal endecasílabo. Allí, bajo las frondas musicales, se conecta uno con la vida, olvida este tráfigo estúpido de la ciudad, hace ración de oxígeno para el resto del día y siente deseos de vivir en comunión con la Naturaleza, base de toda salud, de toda bondad, *di* todo optimismo.

Por frente a mis ojos pasan unos niños correteando por las veredas florecidas. El sol los viste de oro y les pone una dulce alegría en las rosas sedátiles del rostro. Van y vienen. Gritan. Ríen. Saltan. El día se alegra de verlos. Ellos son el complemento en esta cálida hora

decembrina en que el cielo, abierto y transparente, es como una promesa sobre los ojos de los mortales.

Estos pequeñuelos van y vienen bajo las alamedas umbrosas. Y yo pienso en aquello que dijo el filósofo: "Amo a los niños por varias razones, entre otras, porque todavía no son hombres".

Y me acuerdo de que tengo que volver al centro de la ciudad bajo la polvareda de las Avenidas, a codearme con esas fieras vestidas de paño que son los hombres...

LA CONFERENCIA DEL ABATE GAURIER

Antenoche asistimos a la conferencia del abate Gaurier. Queremos decir que formamos parte del numeroso público que fue a escucharlo con ese interés cariñoso que aquí despierta todo lo que atañe a la causa de la gran República francesa.

El abate Gaurier se expresó en su lengua nativa y en el proemio de su conferencia explicó satisfactoriamente las causas que a ello lo obligaban. El abate Gaurier no posee la lengua de Castilla, el dulce y frondoso idioma en que escribieron el Manco de Lepanto y la Doctora de Avila. Del público que le escuchaba, la mayoría entendía al pie de la letra las palabras del propagandista francés y subrayaba con fervidos aplausos los períodos en que el abate levantaba a las más altas cumbres del sentimiento la bandera de su patria. Y habló el abate en un lenguaje tan claro y tan bien vocalizado, le puso tal fuego a las cláusulas de su oración, se ayudó tanto con los ademanes y con la mirada, que pudo transmitir, a los que apenas penetramos a su idioma, todo el cálido entusiasmo y la patriótica sugestión de sus ideas. En el ritmo de los corazones alimentados por sangre latina hay una especie de inteligencia que salva las vallas de los idiomas y que une los espíritus en haz apretado, bajo el resplandor de un mismo pensamiento, de una misma patria y de una misma orientación. Nosotros cogemos al vuelo y la traducimos con el diccionario del corazón, toda idea o emoción que quiera sembrar en nuestros surcos espirituales un predicador o apóstol de sangre latina. Si, por ejemplo, llega mañana a estas alturas un agente viajero del pangermanismo y se sube a un paraninfo a hablarnos en su lengua nativa de los progresos de la química alemana o del porvenir de los submarinos, nos quedaremos como en misa ante el quirigay inabordable del idioma de los germanos.

Propiamente no necesita Francia entre nosotros de propagandas y labores verbales para mantener encendido en estas latitudes el fuego de una simpatía viva y de un inapagable entusiasmo por todo lo que a ella concierna y favorezca. Nuestras relaciones con la patria de Hugo son relaciones que se rigen por sentimientos y por ideas a un mismo tiempo. Entre Francia y los pueblos de América existe una fraternidad intelectual y romántica que no declina y que al contrario, con el paso de los años aquilata su virtud como un buen vino. Y ahora, en estos días atormentados de la historia del mundo, la actitud de Francia en la contienda, su virtud sencilla y resignada, su heroísmo sonriente y generoso, alejado de lo teatral y de lo rechinante y del rastacuerismo espectacular de ciertos beligerantes, han conquistado las voluntades y los corazones de todos los pueblos que demoran aquende las olas del Atlántico. Amamos a Francia, no por cálculos egoístas ni por conveniencias de índole industrial o comercial, sino por el propio impulso de nuestro corazón y por las propias vibraciones de nuestro censorio. En este pugilato sangriento, sin nombre en el lenguaje de los

siglos, Alemania ha puesto la agresión, Inglaterra la razón y Francia el sentimiento. Y con el sentimiento, Francia ha conquistado al mundo neutral y ha puesto en el platillo de los aliados un peso de altísimos quilates morales.

"América —dice un escritor— hubiera seguido queriendo a Francia aunque Francia no hubiera sido tan digna del cariño de América. Hay algo de pasión en el sentimiento de América hacia Francia y esta pasión constituye, talvez, la única debilidad colectiva de los americanos. Inglaterra es, por ejemplo para Norte América, como una tía carnal que la haya enseñado a hablar, que la haya inculcado algunos principios morales y con la que tenga ciertos intereses comunes. Se la quiere un poco y también se la odia un poco. Se la respeta pero no se haría ninguna locura por ella. Francia, en cambio, es para los Estados Unidos como una novia. Como la novia de un hombre de negocios".

La conferencia del abate Gaurier fue descriptiva y combativa. Nos trazó los más tristes y sangrientos cuadros de este apocalipsis europeo y en períodos rotundos, con vibrante y nerviosa elocuencia, habló de la Francia católica y cristiana que ha combatido día y noche contra los hierros del paganismo germano y que ha dado su sangre en holocausto a la causa de la moral verdadera, dulce y evangélica, no de esa moral acomodaticia, manufacturada a fuerza de metafísica agresiva en las universidades y cuarteles alemanes. Con palabras claras y terminantes pulverizó el abate los ridículos sofismas de la Francia radical y del París babilónico de los cafés cantantes y de las danzarinas sicalípticas y nos mostró una Francia abnegada y altruista, que se ha hecho guardián de los más caros e inalienables derechos de los hombres. Y el abate se encendía en santo amor por su patria invadida y arrasada por la barbarie militar del presunto Imperio germánico mundial y su mirada azul, poco melancólica, cobraba por momentos la fulguración metálica de una espada que en un campo abierto de Alsacia o de Champaña, bajo el sol de la Francia libre, estuviera indicando el camino de la victoria a un ejército de ideas...

El público que asistió a la conferencia y que escuchó al abate con religioso interés, tributó fervientes palmas, en el desfile de las proyecciones cinematográficas, a las efigies de Joffre, del Rey de Bélgica y del Cardenal Mercier. Este ilustre Arzobispo de Malinas apareció en el lienzo cuan grande y glorioso es, prez y donaire del género humano y reivindicador en la tierra de los fueros ultrajados de la justicia eterna.

El Cardenal Mercier, en la esfera de lo moral es hoy la figura combatiente más trascendental y significada del mundo universo. Ante la tempestad de hierro del Imperio germánico, el anciano de Malinas fuerte en su sabiduría e irreductible en su fe y en sus doctrinas, ha permanecido erguido y firme como un árbol de profunda raigambre, tronco robusto y fértil enramada, que resistiera los más rudos com bates de los huracanes desgredados. Adelgazado por largas fatigas espirituales y físicas, demacrado a fuerza de sufrir los dolores de su pueblo, el Cardenal Mercier, al pasar por el lienzo del cine, fue para nos-otris un símbolo: la eternidad del espíritu frente al estruendo fugaz de la materia...

El abate Gaurier habrá visto con sus propios ojos y oído con sus propios oídos, que Colombia no es un país de ideas germanófilas como mala y torcidamente se ha dicho de nosotros en el Exterior, sino un país democrático y libre cuyo corazón vibra de entusiasmo patriótico a los sonos de La Marsellesa, el himno universal de la democracia, y cuyos libertadores, en la aurora de la República, divulgaron en su seno como una semilla prolífica y como libro fundamental, **Los Derechos del Hombre y del Ciudadano**.

Hágalo saber así más allá de los mares el distinguidísimo apóstol de la causa de Francia.

En un jurado reciente, en la audiencia de la primera mañana, nos tocó presenciar a los de la barra un espectáculo que merece subrayarse al margen del proceso: la viuda del occiso se presentó a estrados con diez hijos, uno de ellos de brazos y otro de pechos, que a juzgar por el tamaño, debe de haber nacido después de la tragedia que acabó con la vida de su progenitor. ¡Un hijo postumo!

La viuda entró al salón de la audiencia, enlutada y dolorosa, seguida de su prole huérfana, de los diez frutos de sus entrañas. Los hijos mayores de ésta, como movidos por una mano implacable, clavaron los ojos sobre el semblante pálido y demacrado del matador. Y los espectadores sentimos a lo hondo y a lo largo de la columna vertebral el escalofrío desgarrante de ese espectáculo macabro. En el público hubo un silencio trágico, un sacudimiento brutal de todos los nervios colectivos. Parecía que todos los que presenciábamos el espectáculo y vivíamos aquel momento de crisis psicológica, hubiésemos pegado las manos a una cuerda conductora de una electricidad fulminante. Afortunadamente el Juez, veterano en estos debates de las pasiones humanas, puso las cosas en su punto, y le quitó al público de encima esa película dantesca.

Pero no fue esa escena una cosa natural y corriente, fruto espontáneo de la marcha normal y acompasada de los acontecimientos. Todos vimos, más allá de las iiambalinas, una mano despiadada y feroz, una mano infernal, que había movido los resortes más ocultos y vedados y sugestionado a una mujer traspasada por el dolor, para producir con ella y con sus hijos, al Juez, a los Jurados y al público, una emoción de orden dramático, contraria a los intereses del acusado. ¿Quién si no una mano adiestrada en las obscuras labores de Yago movió las cuerdas hasta producir ese espectáculo anticristiano de dolor, de lástima y de miseria humanos? Con ojos de miope se columbra que esa fue la maniobra de un gestor sin entrañas, prez y donaire de nuestro rabulismo judicial, que quiso suplir con argumentos dramáticos, brutales y estúpidos ante el concepto de toda caridad bien entendida, razones de orden moral y legal, para llevar más pesadumbre y más sombra al corazón de un acusado, que está bajo la jurisdicción de un Juez, aguardando el veredicto del Jurado.

Matar un hombre es, ha sido y será siempre una desgracia, sean cuales fueren las circunstancias en que ocurran los hechos. El Juez absuelve en nombre de la ley. Los jurados absuelven en nombre de la sociedad y de su propia conciencia. Pero la sombra del muerto, ni con el veredicto absolutorio, se disipa del fondo de la almohada. Ella se torna en una tristeza íntima, que a pesar de la razón y de la ley, pregunta cada rato a quien dio la muerte: "¿Qué has hecho de tu hermano?" Torturar más un espíritu que está bajo una de estas pesadumbres, torturarlo con estas combinaciones dramáticas, con estos golpes escénicos brutales, que no prueban nada ni en favor de uno ni en contra de otro, es, o una resplandeciente ineptitud para el debate, o una maldad arraigada hasta lo inverosímil. ¿Quién llevó a estrados a esa mujer desolada —mater dolorosa— y a esas criaturas desamparadas, a sembrarles hiél en el corazón y rencor en la conciencia, que apenas se ha dado cuenta de la tragedia? No fue la viuda, por su propia iniciativa. Sería absurdo imputarle a ella este hecho cruel, a ella, que tiene las entrañas santificadas por el dolor de diez alumbramientos, a ella, que ha sido diez veces madre!

El espectáculo, estéril para la felicidad de la viuda y de los huérfanos, y doloroso y terrible para el acusado, se lo debemos a eso que en estrados se llama **acusación particular**, y que no es otra cosa que el hacha inmisericorde de un verdugo haciendo leña en un árbol caído.

El papel de Yago es y será eternamente odioso para los que sabemos que —como dice Goethe— "el hombre es un volatinero que se columpia de continuo sobre un precipicio".

UN POETA QUE VUELVE

Morales Pino retorna a la Patria después de quince años de vida bajo los cielos de Guatemala. Cuando este ilustre poeta del sonido calzó el coturno del peregrino ilusionado, pisaba ya los umbrales de esta noble ciudad en cuyo escudo culminan una águila y dos granadas de oro. Tres lustros. Algo más de una vida. Y el recuerdo del artista, la huella luminosa que dejó su ingenio preclaro y admirable no se han borrado en la tiniebla de los años. Porque el poeta dejó buenos guardianes en las puertas de su nombre, luz en la poterna, dulces campanas de oro repicando en la mañana azul de los corazones. Y es que Morales Pino, al arrancar de las playas nativas, había aleteado en la cumbre. Su culminación estaba consagrada por voluntad imperativa del alma popular, de esta alma nuestra, atormentada, soñadora, nostálgica, visionaria y melancólica, pero siempre orientada hacia las grandes concepciones del arte.

Morales Pino nació en mi poética tierra del Cauca, lo arrullaron las ondas claras de un río más bello que todos los ríos: el de Cartago, que arrastra su corriente bajo guaduales taciturnos y cámbulos sangrientos. Vino a Bogotá. Venía, no de un punto determinado de nuestra carta geográfica. Venía más bien de la tierra santa del ensueño. En los hombros traía un par de alas en embrión. Y ya hemos visto qué tan alto vuelan las alas de Morales Pino.

Música de cuerda. Dejemos a un lado el piano con sus tempestades wagnerianas y sus jeroglíficos de Bach, y detengámonos un momento a oír una bandola o una guitarra, rasgueadas por la mano de un artista. Acordémonos de la serenata en las noches plenilunares de los veraneos. Pensemos siquiera en aquella emoción que nos abrumba, cuando oímos rasgar un **miserable** tiple en las vueltas de un camino o bajo el alero de una ventana. Evocadora y sentimental, la música de cuerda es como un alivio sobre el dolor de los recuerdos, como una esperanza para los días inciertos del futuro. Es alma y es amor. Todo lo dice en las ondulaciones de un valse o en el entusiasmo de un bambuco. La bandola, la guitarra, son grandes auxiliares en muchas empresas de amor. Don Juan las ama. Doña Inés sueña siempre con serenatas en noches de luna. ¿Qué mujer, por **enteramente** que sea, no se ha sentido en la **cuestión**, al oír una serenata de **valor entendido**? La que diga que no, está fuera de combate. Que la enclaustren. Está condenada a no amar. Cero a la izquierda.

Morales Pino ha sido entre nosotros el poeta de la raza. Podríamos decir que es un representativo. Allí está su obra, intacta al través de los años y cada día más armónica y sonora a los oídos de los que van llegando. Para las obras del genio no existe la herrumbre del tiempo.

Ahora viene el poeta del sonido. Hombre de pluma también, porque la pluma de su bandola hace milagros en las almas.

El maestro ha tornado a la ciudad en donde se modeló y consolidó su personalidad. Con razón se ha dicho que Bogotá es un nido de águilas. Y pienso yo que de alondras también y de ruiseñores. De todo lo que canta. De todo lo que vuela.

Hemos rescatado al maestro. Que el Espíritu Santo lo siga iluminando.

IRONÍAS DEL MAR

Esta catástrofe marina del Titanic que ahora conmueve el alma universal, aparte de sus leyendas y fantasmagorías, lleva en sí un fondo de amarga ironía en el cual se abisma el espíritu humano. Ha sido este cataclismo de la civilización un hecho que comprueba una vez más cómo es de frágil e irrisoria "la pequeñez de la grandeza humana".

Se hizo a la mar el **Titanic** en el puerto de Southampton y desde el primer minuto de navegación empezó a obscurecerse la estrella blanca de sus grímpolas. "Nada ni nadie nos podrá detener", afirmó uno de sus dueños, que no había, por cierto, pactado nada con las fuerzas ciegas y brutales del Destino. La ciudad flotante ha hecho rumbo a occidente. Trae jardines, restaurantes, estanques, pero no trae tablas suficientes para el crujir de dientes de la última hora. La frivolidad mundana se preocupa bien poco de la seguridad de la vida.

En una alta noche serena el gigante choca contra el fatal **iceberg** de las latitudes polares. En un momento de estos en que la naturaleza ejerce su soberanía sobre los hombres y las cosas y en que rompe corazas y paraliza turbinas y motores, falla la ciencia, claudica la electricidad, se dislocan todas las combinaciones de la mecánica, y el hombre —la más alta perfección de la vida— aparece como un arbusto enclenque y desmedrado ante el trágico soplar de la Fatalidad.

No diremos nosotros, como podría decirlo un petrificador, ¡Tú es esto un castigo de lo alto para los boatos y las molicias de los hombres. Sería eso un desacato a la Providencia que vela por sus criaturas. Ni estaría bien suponer en el genio de la Justicia Divina que rige los mundos y enciende y apaga los soles de las esferas infinitas, propósitos de llanto y de infortunio, sed de angustia y de dolor.

Fue el hundimiento del Titanic el choque de dos fuerzas. Una artificial, obra del progreso humano, que es indefinido. Otra natural, apostada en mitad del océano, como el puño de un vestiglo que desbarata en un segundo una enorme suma de esfuerzos científicos y de cálculos matemáticos. Fue la suprema ironía de las cosas que hizo un gesto macabro en mitad de los mares.

Triste nivelación esa que formularon las ondas marinas entre los pasajeros del **Titanic** a la hora del juicio final. Los judíos emigrantes que se enracimaban en el vientre del buque iguales a los multimillonarios de los salones confortables. En la hora tremenda todos pesamos lo mismo en las tablas de una caja mortuoria, en la pala de un sepulturero, o sobre la cubierta de un buque náufrago. Filosofía barata pero más terrible que las trompetas de los muros bíblicos, ésta que no trae distingos entre púrpura y andrajo, entre esclavos y señores.

Astro, el **pobre** Astor, con todas sus águilas sonantes, tiene que someterse a la gran amargura del mar. Y más de un emigrante desnudo, sin patria y sin pan, se valva en el fondo de una embarcación. Astor no puede, en el momento supremo, girar un cheque contra el buen Dios y va a las ondas homicidas. Miserable fortuna la que no sirve para comprarle un puesto a la vida en las tablas de un bote!

Hé aquí cómo, por una chanza pesada del Destino, podemos decir hoy, al hablar de los millonarios que no alcanzaron salvación:

¡Pobre Astor! ¡Pobre Strauss! ¡Pobre Widner!

Ciertamente no es el dinero, en tesis absoluta, la síntesis de la felicidad humana.

EN BROMA

CRÓNICA DESCOTADA

Vamos a tratar un asunto de política "interna", algo que no se refiere a nuestras relaciones internacionales sino a nuestras relaciones... sociales y que, sin embargo, no deja de ser un asunto de "límites", por aquello tan conocido de que todo tiene sus límites.

En las funciones de ópera del Teatro de Colón hay noches de un vacío inllenable, absolutamente "inllenable", como el que dejan algunas "notabilidades" cuando abandonan este valle de lágrimas, es decir, cuando tuercen la pata hacia la eternidad.

Pero hay otras noches, las de los sábados, por lo regular, en que el teatro se llena y queda como una "taza de flores". Y vaya este lugar común en obsequio de las ilustres damas que frecuentan los palcos y las lunetas de nuestro coliseo.

Se colma el teatro y el todo del espectáculo resulta una cosa interesante, algo digno de verse y de sentirse. Una compañía de primera, actuando en las tablas: una orquesta de treinta y tantos músicos "haciendo las delicias de los espectadores", y en palcos y lunetas y galería, los dos sexos, el bello y el detestable, asistiendo a la representación.

En las noches de los sábados, hay un número extra, que está sirviendo de motivo para muchos y variados comentarios y decires en corrillos y salones y alcobas y mesas y reservados de restaurantes.

El número en cuestión es el número del "descote" en las distinguidas asistentas a las funciones del Colón.

El descote se está haciendo muy popular, a pesar de estos vientos fríos y mortales que bajan de los páramos circunvecinos.

Yo no sé qué mano invisible, qué geniecillo endiabrado de las tinieblas abriga a las mujeres en el cuello, en la espalda y en el pecho contra estas rachas asesinas que bajan de los cerros y que son capaces de producir espasmos hasta en el cuello de un bayetón.

Por todas partes nos encontramos mujeres con el cuello y el pecho al aire libre. Y nada les pasa. Ni siquiera un ligero resfriado, una insignificante destemplanza. Y nosotros, los hombres, por todas partes con el cuello del gabán levantado, con bufandas por todas partes y pañuelo en la boca y algodones en los oídos.

Decididamente, analizando bien las cosas y comparando abrigos, resulta, después de todo, que nosotros somos el verdadero sexo débil y que las mujeres son el sexo fuerte, el sexo inmunizado contra toda clase de soplos maléficos y de cambios de temperatura.

Ve usted una señorita que sube al tranvía. Le toca en frente. La pasajera va muy bien trajeada. Lleva una blusa escotada. La piel tersa y limpia, va al aire libre. Sobre el ara del pecho abre los brazos un Cristo de oro, atado a una cadena que parece un hilo de lo puro delgada. Sopla un viento infame, es-pasmódico. Usted se crispa y se abriga la garganta. Teme un resfriado. Una gripa. Una angina. Una neumonía de esas en que el cristiano estornuda en esta vida y va a sonarse a los infiernos. Y la muchacha sigue tranquila, con su garganta de azucena y su "pecho noble y levantado", sin hacer caso de las rachas mortíferas. "¿Cefirillos a mí? ¿Lloviznitas con atomizador? ¡No faltaba más!" Así exclama interiormente la gentil transeúnte, sin preocuparse un minuto de los puñales que pasan en alas del viento.

Y volviendo a la cuestión: en las funciones de la ópera estamos ahora "disfrutando" del número encantador de los descotes. Con nuestro anteojo de "campana" hemos pasado revista generalísima en todos los "frentes", es decir, en todas las líneas de fuego. Y valga el modismo bélico en gracia de que este es un asunto de "líneas".

El descote es una elegancia que puede, ser analizada desde muchos puntos de vista. Y en esto de "puntos de vista" declaramos que el nuestro es de palco de tercera, circunstancia que nos da cierta autoridad en la materia.

Y sigamos.

Hay descotes excelentísimos, de primer orden, que le producen al "espectador" una intensa fruición artística. El pecho se presenta en toda su marmórea blancura, "como una ara donde ofician la luz y la alegría". La garganta es un himno a lo blanco, torneada y sedátil, bajo el busto de lineamientos impecables. Y la espalda deja ver discretamente sus armoniosas curvaturas. Y así está bien y causa el efecto deseado: inquietar al "cristiano" con una moderada emoción artística en donde no entre para nada el cálculo de lo indecoroso y de lo sensual

El descote debe dejarle al "espectador" un poco de deseo en el espíritu. Debe ser moderado para causar mejor efecto. Un descote discreto lo deja a uno pensando en el más "allá". Y de ahí la emoción pavorosa y discreta: de haber encontrado nuestros ojos en su exploración una gasa, un copo de espuma, que nos dice lo que dijo Dios al mar: "De aquí no pasarás".

Pero hay descotes. . . Pide uno una gota de vino y le sirven un litro. Y, naturalmente, queda el observador demasiado satisfecho. Ya vio. Ya observó. Ya fue y volvió. Ya mató la ilusión. Ojos que mucho vieron, fueron siempre ojos que se hastiaron. Es mejor ver poco y tener siempre encendido el deseo de ver algo más. Tal es la picara condición de este travieso corazón de los hombres. Venus, en su absoluta desnudez, puede ser una síntesis de arte con la maravillosa ondulación de sus líneas y el prestigio encantado de su euritmia, pero es más inquietante, más ilusionante, envuelta en frágiles gasas de espuma, en la playa sonora del mar. . .

Esos descotes "fuertes" sólo consiguen despertar en su redor algunos desfavorables comentarios. Las otras mujeres, las que no se descotan, hacen de esto capítulo de acusación contra sus congéneres que muestran más de lo que deben mostrar en público. Nosotros hemos oído en platea a una dama de alto bordo cortarle la mortaja a una descotada de segunda, que a pesar de estar en segunda, es una mujer

de primera. Hemos hablado de palcos de segunda, que son también de primera. La dama censurante le decía a una su compañera estas palabras: "Ya uno no debe preguntar, para traer sus hijas a teatro, si las bailarinas saldrán muy a "la ligera" o si la ópera tendrá pasajes fuertes, sino esto: "¿Irán descotadas ciertas amigas? ¿Zutanita irá esta noche con el mismo descote del otro día?" Esto lo oímos nosotros en platea. Lo que prueba que ciertos descotes ocasionan disturbios en el seno de la comisión.

Las mujeres flacas no debieran descotarse. No van al teatro sino a mostrar los huesos de sus antepasados. Y, además, eso les hace daño, porque como carecen de grasa y de carne, más fácilmente las pillan la gripa o la pulmonía. Las clavículas que resaltan demasiado no debieran exponerse al comentario público, que no siempre les es favorable. Lo mismo debiera pasar con ciertos brazos que no provocan ni para "darlos a torcer".

El descote exagerado es más lógico y se explica más en las solteras, si que también en las viudas. Estas tienen público a quién halagar y buenos pescados para coger en sus terribles anzuelos. Y todo entra en la táctica para coger eso que llaman "marido". Mar... ido. Hombre al agua.

En las casadas, la exageración es menos razonable. La mujer casada pertenece únicamente a su marido. . siempre y cuando que no haya por ahí un rival en las sombras, de esos que andan mostrando cartas y panelitos de sus "fortalezas" conquistadas... en sueños. De manera que la casada, si se descota hasta lo infinito, va a! teatro a mostrar lo que es propiedad de su marido, a tentar a los **otros** maridos con encantos que ya tienen editor responsable. Y decimos **tentar** para en caso de que el descote sea tentador. Porque hay descotes que no tientan. O si nos tientan, es a echarles encima un serenero o una capa. ¿Debe un marido prohibirle a su mujer el descote fuerte? Eso depende del marido. Hay maridos que gozan viendo que los demás echan la baba por lo que ellos tienen a la orden. Esta es una satisfacción muy explicable. El corazón humano se inclina a veces al teatralismo y al exhibicionismo. Y estamos hablando de funciones de teatro.

—Mi señora —preguntamos anoche a una distinguida amiga nuestra— ¿cuándo lleva las niñas a ópera?

—Es que la cuestión trajes es grave y más ahora en esta situación. Un traje de teatro cuesta mucho. Y no hay dinero.

—Pero... mi señora: usted está desorientada. Si ahora de lo que menos se necesita es de traje para ir al teatro. Coja usted cinco varas de gasa y envuélvalas en el cuerpo de sus niñas y ahí las tendrá usted listas para la función. No se preocupe usted por ridiculeses de vestido. Ahora, como la mercancía

está por las nubes, no se acostumbra a gastar más de dos yardas de tela en cada vestido. Además, la humanidad se va haciendo más confianzuda cada día. De manera que... no tenga cuidado por eso de los vestidos. Ya sabe, dos varas de gasa para cada una de sus niñas.

—Pues yo — dice la señora— no entraré por ese aro. Prefiero quedarme en casa o irme para cinematógrafo. Le tengo miedo a la civilización así tan en paños menores.

—Pero, señora, la moda, la elegancia, el chic... En Europa... Usted sabe...

—No importa. Yo no me civilizo, ni dejo que mis hijas se me civilicen.

—Talvez tenga usted razón, señora. Al paso que llevamos, con las faldas que van para arriba y los descotes que van para abajo, vamos a quedar en chaleco de fantasía. Tendremos que pedir la intervención de los yanquis o llamar a los alemanes para que nos vengán a moralizar.

—Dice usted verdad, subrayó nuestra interlocutora. Vea usted que esas faldas de ahora ya van muy arriba. Y cuando hay ventarrón.. .

Así hablaba la dama de esta crónica y nosotros le veíamos en el semblante que... casi, casi que tiene razón.

Ayer oímos a una dama que le preguntaba a otra por teléfono:

—¿Qué tal el vestido de Fulanita anoche en la ópera?

—La falda, fue la respuesta, muy bonita; pero como que no llevó más.

No somos moralistas ni moralizantes, ni llevamos nuestro criterio al extremo de aquel beato que se dolía y lamentaba de que todos — hombres y mujeres— fuéramos por la calle, desnudos, dentro de nuestros vestidos. Somos apenas unos míseros pájaros de pluma — de mala pluma— que tratamos de reflejar en unas cuantas líneas la impresión causada por este o por aquel suceso de nuestra vida cotidiana.

A nosotros "antes" nos gusta esto de los descotes. Tenemos boleta fija en palco de tercera. Y desde allí podemos observar mejor que cualquiera, la marcha de todos estos acontecimientos curvilíneos.

GITANERÍA ANDANTE

Las cuatro de la tarde del miércoles. Una tarde muy bien vestida: de oro y azul. Hay un sol que da alegría. Un crepúsculo que hace de la sabana un inmenso jardín de gualda y de violeta. El director de El Gráfico, muy cortés él y muy Abraham, me invita a tomar un coche en compañía del artista Roldan. Aceptado y mil gracias. Una oxigenada en vehículo de ruedas no me viene mal. ¿A dónde nos arrastran? pregunto yo, como en lontanos tiempos lo hacía el doctor Pérez y Soto. A Cuatro Esquinas, respondió el anfitrión. ¿Y a qué? A tomar unas notas gráficas en el campamento de los gitanos. No hay material para el sábado. Se acabaron las elecciones. Esto está muerto. No sucede maldita la cosa. Nadie se suicida. Ni un drama. Ni un lamento. Ni un bostezo. Ni un triquitraque. Y a falta de pan, buenos son gitanos.

El cochero enristra su lanza hacia el teatro de la gitanería andante. Quince minutos se agita el cascabel del coche. Y luego entramos en materia. Estamos al pie de las toldas, que son algo así como diez. Allí, bajo esas tiendas raídas por la intemperie y curtidas por todos los soles, se aloja la caravana sórdida. Hay un grupo de hombres que en cuclillas rodean una bandeja donde humean pocillos de metal con café tinto. Parlan una jerigonza más ininteligible que nuestra política. La mayoría usa patillas. Son rostros demacrados, verdosos, más bien tristes que alegres. El fotógrafo les pide la venia para tomarles un grupo. Ellos se niegan. No dan la razón. No cultivan re-laciones con los lentes fotográficos.

Pasamos luego a una tolda en donde están las mujeres. Estas se muestran menos esquivas para aquello del fotógrafo. Hay una gitana parlanchína, inquieta y alegre, que tiene en los ojos ligeras picardías. Habla y dice y dice más. Juega y ríe y así mata las horas de su eterna ambulancia. Roldan coge su máquina y logra impresionarla sin mayor trabajo. Impresionar la placa, se entiende.

Hay otra gitanilla, delgada ella, nariz aguileña y ojos melancólicos. Del cuello le pende una sarta de monedas amarillas.—Recién casada. Estamos frente a una luna de miel. ¿Estás contenta con el matrimonio? le interrogo.—"¡Qué se va a hacer!" responde la gitana. Y enciende un cigarrillo que le obsequia Potoco. Luego, toma un puesto bajo su tolda.

Oye te digo —habla otra gitana—, vén acá que te voy a adivinar tu suerte. No, porque te muerde, le digo. Mi suerte es muy perra y si te acercas, peligras. Pon aquí cinco pesos y déjate de hablar, murmura. Obedezco. Y la gitana empieza a rezar sus predicciones. "Tú tienes una muchacha que con la boca te quiere bien y con el corazón te quiere mal". "Tú vas a ganar mucho dinero". "Tú vas a hacer un viaje". ¿Muchacha? ¿Dinero? ¿Viaje? me pregunto. Esta es una chica que lee en "El Porvenir"... de Cartagena. Quieran los dioses que acierte en lo del dinero, que en viniendo esto, lo del viaje y lo de la muchacha se verificará por añadidura. Y en la cabeza me quedan zumbando las palabras de la gitana: "con la boca te quiere bien y con el corazón te quiere mal"...

Una turba de gamines, desmazelados y bullangueros, gitanos también, nos rodea. Quieren que se les tome también una fotografía. Gritan y saltan. El repórter les da gusto y ellos se declaran bien servidos. Mientras tanto, los viejos de la tribu siguen sorbiendo café bajo su tienda.

Los caballos de la caravana pacen a la luz del crepúsculo en la llanura empradizada. Este es el fuerte de *-í* gitanería. Negociar en caballos. En los cinturones cargan las morrocotas americanas con que se baten en los mercados de sus éxodos. De eso viven: de negociar en bestias. Evocan a ciertos ganapanes de nuestras revueltas civiles: Generales de **brigada**, rodeados de bestias por todas partes...

Yo no sé qué tristeza o qué alegría me producen estas aves errantes a quienes amparan el sol y la luna y el cielo y las estrellas y los árboles. Tristeza de irse a todas horas. Alegría de renovar el horizonte a cada que los pájaros cantan el alba. Alegría de no pesar sobre la tierra más

de lo que pesa una yerba. Tristeza de no tener patria, ni raza, ni alero nativo.

La caravana de los zíngaros origina sugerencias dolorosas. Debajo del sol hay almas que arrastran por la vida sórdidos guiñapos y tiendas desharrapadas. Corazones que conocieron el desamparo y la intemperie y que agonizan sin haber alcanzado una sombra; un descanso en los misteriosos itinerarios del espíritu...

EL CARIÑO DEL MARIDO

Nueva **York**.—La señora del rico agente de Seguros Carlos Hall, acaba de demandar ante el Tribunal de Brooklyn, reclamando la suma de 125.000 francos por daños y perjuicios, a la señora Emma Smith, porque ésta le ha robado el cariño de su marido. Además pide al Tribunal un fallo que impida a su rival "continuar usurpando el cariño que legalmente le es debido a ella, como esposa legítima". El juez se encuentra perplejo ante tan extraña demanda.

Se engañan los que piensan que nuestras buenas amigas las mujeres son unas palomas comparables solamente al Espíritu Santo. Las ve uno por ahí, tan esbeltas y zandungueras, con sedas y plumas y pieles y se hace la ilusión de que son unos serafines de primer orden. Pero hé aquí que son los seres que más guerra dan en esta vida... y en la otra. Desde la consorte de Adán, que inventó el pecado más original del mundo, dándole tamaño mordisco a una manzana de Duitama, hasta las sufragistas de Inglaterra que le tiran las barbas al más encopetado ministro, las mujeres son las encargadas de mover el panderó y animar la farándula. Yo no sé qué irá a suceder dentro de dos siglos con esto de la cacareada hegemonía femenina. Quisiera esperarme al desarrollo de esa película, pero hé aquí que tarde o

temprano tendré que ir a comer tierra, en "el lecho de mi naco-funta, en ti regazo de Tleot, más allá de la muerte", que dijera uno de nuestros más celebrados filósofos.

Tenemos por lo pronto a la esposa de un rico yanqui haciendo vibrar los nervios del cable. Don Garios Hall es el marido de tan interesante señora. Y a más de marido, Agente de una Compañía de Seguros. Y muy buen Agente, a juzgar por lo que le está pasando. Don Caries — dice el cable— está haíiend-s úcsro con una señora Smith, probablemente de la casa de Smith & Wesson, fabricante de armas de cinco y de seis tiros. Más claro: don Carlos es un adúltero de alto bordo. Pela la pava con Emma Smith, y la mujer de don Carlos, enterada de "lo actuado", cobra a su rival la suma de 125.000 francos, valor del cariño marital que le ha robado. Pide además al Tribunal un fallo óue impida a su rival continuar usurpándole el cariño que legalmente le es debido a ella como esposa legítima.

Esta señora resulta de una novedad encantadora. Justiprecia el cariño de su marido en unos cuantos miles de francos y luego lo reclama con título legal, como quien reclama una acción en una mina do esmeraldas. Hé aquí una mujer de criterio absolutamente legalista. Y de sentido práctico también. Quiere el cariño de don Carlos para tenerlo en su poder. Si alguna desalmada se lo usurpa de nuevo, allí está la demanda: 125.000 francos. Y cuantas veces sorprenda a su marido en malos pasos con mujeres de dudosa ortografía —manólas, costureras o típeies— vendrá un bocado por igual suma y como indemnización de perjuicios causados por la manía de adulterarlo todo, inclusive el matrimonio, que es lo que menos se debe adulterar. Total: que la mujer de don Carlos Hall tiene una mina judicial en sus prerrogativas de cónyuge y en el cariño **legal** de su marido. Traslado a ciertos rábulas que aquí se titulan "protectores de las mujeres casadas". Es un procedimiento que merece patentarse. No se consigue un procedimiento más **franco**.

Si aquí en Bogotá se adoptara el sistema, ya tendrían los jueces para divertirse un rato. Conozco por docenas maridos que de día son unos santos varones y de noche, unas físicas tatacoas. "Me voy a una visita", le dicen a la cara mitad, al ponersu el gabán. Y ai ir a la visita se equivocan de dirección y se van "por la vida abajo". Al final del éxodo se encuentran con doña Emma Smith, a quien Dios guarde y a quien los tales le rinden las armas en nombre de la República y por autoridad de la ley... del embudo. ¡La libertad de los libres con todos sus horrores!

Yo recomiendo a las **damnificadas** (cuyos pies beso) el procedimiento de la señora de Hall. Eso es hablar en plata y con el Código Civil en la mano. A cada mal paso del marido, una demanda por 125.000 francos. Vale la pena de intentarlo. Aun a riesgo de perecer en la demanda. Y aunque para cubrir las indemnizaciones tengamos que recoger a todos los francos de Bogotá, inclusive Mateo, que es el más franco, el más izquierdo y el más derecho de todos.

Lo que importa es aclimatar el procedimiento. Conseguido esto, el adulterio desaparecerá como por encanto. Y la fidelidad hombruna volverá a reinar en los hogares y en los corazones.

Todo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y para mayor gloria y buen humor de las altas partes contratantes.

FALDAS

La moda es más implacable que la muerte. Para la moda no hay conflagraciones. Ella funciona más allá del *Bien* y del *Mal*. Es una tiranía que el individuo le impone a la sociedad y que la sociedad le impone al individuo. En la paz y en la guerra, la moda es la que manda. Fuera de ella no hay salvación. Quien no la siga, se queda testado al margen. Y le coge la noche. Y no lo toman en cuenta. Y se lleva 'a gran descalificación del siglo. Pasado de moda. Hé aquí el término. Hé aquí el sambenito. Lo que ya no vale un maravedí. Lo que yace en el canasto de lo inservible. ¿Vieron el traje de Fulana? ¡Huy, qué pereza! Así dicen las mujeres cuando se echan tijera unas a otras.

La moda reza con lo femenino. Para las mujeres funciona. Los hombres poco entendemos de figurines, arandelas, aplicaciones y pasamanerías. Tenemos otras aplicaciones que dar a nuestra atención.

Pensamos un día que con la guerra grande la moda dejaría de tiranizar un poco al hombre, que habría tregua de Dios, y que, por el momento, las cosas de la moda quedarían donde iban cuando se turbó la paz universal. íbamos en el entravé, falda elegante, que resistió en el tablero mucho tiempo.

Pero hé aquí que nos llegan nuevos modelos de 1915. Unas faldas-dedales que quitan al cuerpo toda su gentileza y esbeltez, y que le vienen mejor a una Cruz Alta que a una mujer. La guerra lo lia echado a perder todo. Ha pervertido el gusto y ha hecho meter la pata a los modistas parisinos.

La nueva falda-dedal está acabando con el imperio de la línea curva, que es, en la estadística femenina, un imperio más fuerte que el Imperio Alemán.

Con esta moda de los diablos, las mujeres pierden un considerable porcentaje de elegancia y gentileza. Esta falda es como la ruana: dentro de ella, el cuerpo desaparece, pasa inadvertido.

Si las cosas siguen así, se perderán muchas líneas de importancia.

La línea de las caderas, que es la línea de fuego.

La línea del busto, que es la línea de conducta.

Y muchas otras líneas que no pueden perecer impunemente bajo una falda tan mal redactada.

Afortunadamente se trata de modas. Y dentro de pocos días estas faldas, estos faldones, estarán pasados de moda. ¡Dios lo permita!

EL GARABATO

Quedamos ayer, en nuestros comentarios al Libro Azul, en que hablaríamos hoy de las mujeres que tienen "garabato" y de todos sus más y sus menos ¡in este canino atrincherado de (a vida.

Pero establezcamos, antes de entrar en can importante materia, qué es lo que en estas democracias del trópico entendemos, aceptamos y empleamos por "garabato".

Vamos primeramente al Diccionario; abrámoslo y veámoslo: "Garabato. Instrumento de hierro, cuya punta está vuelta en semicírculo. Sirve para tener colgadas algunas cosas, o para asirlas o agarrarlas. Aire, garbo y gentileza que tienen algunas mujeres y les sirve de atractivo aunque no sean hermosas".

Esto dice el Diccionario de la Real Academia, que, como es sabido, limpia, fija y da esplendor.

Y ahora, nosotros subrayamos: el garabato de una mujer es algo más que un instrumento de hierro cuya punta está vuelta en

semicírculo. Es una gracia que está diseminada por "doquiera", algo como fluido magnético que uno no sabría decir de dónde viene, ni dónde empieza, ni dónde acaba. Es más bien una característica psicológica, de la personalidad, un don de atracción de simpatía, que agarra al "mortal" y lo enreda en mil mallas sutilísimas y multicoloras, semejantes a esos hilos tembladores que enhebran las arañas y se irisan al rayo del sol.

El "garabato" es un regalo de los dioses. Y se insinúa por todas partes. Ya hemos dicho que, por lo regular, las mujeres que no son bonitas safe las que están dotadas de esta terrible arma del "garabato". La simpatía de las bonitas, cuando la tienen, está un poco supeditada por el resplandor y por el prestigio de la belleza física, por los contornos del cuerpo y por las líneas perfectas del rostro. Muchas veces miramos una cara de mujer bonita. Y eso nos basta. Ni siquiera preguntamos qué tal es en el trato la afortunada que la lleva. Nos contentamos con la sola emoción de óptica, ¡a misma que se nos ahonda a la vista de alguna cosa que sea manifestación de la belleza del mundo. De una bonita casi siempre se dice: "Muy linda, pero es simple". De una fea se susurra: "Es fea pero es encantadora. Tratándola es un primor". Estos son dos peros distintos. El uno daña a la bonita. El otro, favorece a la fea. Una mujer bonita con el veneno de una fea, está armada para toda su vida. Puede causar más víctimas que un submarino alemán. En cambio, una fea con la simplicidad de una bonita, está abandonada de Dios y de los hombres. La madre naturaleza es sabia. Ha repartido sus dones con equidad y con justicia. Lo que le quita a una criatura se lo adjudica a otra. Y viceversa.

Decíamos que el "garabato" se anda por todas partes de la persona que lo lleva. Está en los ojos, que saben mirar de manera picaresca y a donde Ge-asoma un alma que es toda luz y gracia y armonía. Está en la sonrisa y en la risa, en la voz, en los ademanes, en los "gestos". En una palabra, está en todo el "conjunto". Pero donde más está es en la cabeza. Allí es donde tienen el "garabato", la pimienta, el azúcar, la sal, la canela y los clavos. Lo que quiere decir que esto del "garabato" es la conminación de una fisonomía simpática y atrayente con una graciosa espiritualidad que sirve para coger a los hombres y engarzarlos y hacerles perder las tarabas y los estribos.

Las chatas, por lo general, nacieron dotadas de un gran "garabato". Ese "remangao" de las narices, combinado con una sonrisa estratégica y con una "mordida" a la vuelta de una esquina, constituye un arma terrible a la cual muy pocos se resisten. No hay chata que no tenga

alguna gracia, algún rayito de sol en el alma y en el semblante. Todas son. unas maravillas. Se les aplica el "chatómetro" y resultan marcando 40 grados a la sombra, en materias de gracia y de simpatía. Dios guarde a las chatas y las libre de todo mal y peligro.

Total: que en Bogotá existe una gran cantidad de "garabatos", tanto en casadas como en solteras. Y decimos más: en solteronas. Y que resultaría —si se pudiera verificar— muy interesante un concurso para establecer cuál es hoy entre nosotros el primer "garabato" entre las casadas, el primer "garabato" entre las solteras y el primer "garabato" entre las solteronas.

El "garabato" de una solterona es algo perfectamente serio y magistral y digno de estudio y de homenaje, siempre que la dueña no se cargue más de treinta y cinco años con cincuenta centavos.

EL ESPEJO MÁGICO

El espejo encantado. El espejo mágico. El espejo misterioso. El espejo macabro. El espejo revelador. El espejo sobrenatural. El espejo espiritista. El espejo diabólico. El espejo que crispa. El espejo que espanta. El espejo del otro mundo. Un fenómeno. Una cosa extranumana. Lo nunca visto. Electricidad para los nervios. Tortura para el magín. ¿Qué será eso? ¿Qué maleficio es éste? ¿Qué genio del misterio ha impresionado la luna de este espejo? Nadie lo sabe. Conjeturas. Explicaciones. Comentarios. Y el misterio sigue en sus trece. Nadie lo penetra. Está de por medio lo sobrenatural. Lo que viene de ultramundo. Lo que pertenece a la jurisdicción de lo eterno.

Necesitábamos un espejo de este calibre. Un excitante del sistema nervioso. Algo distinto de la guerra y de las credenciales boyacenses. ¿Cien mil muertos en las últimas batallas? No importa. Para eso es la

guerra: para matarse. ¿Qué se acabó lo de las credenciales? Magnífico. Eso era una lata. Una lata Morton.

Venga el espejo. Venga la penumbra. Venga *la* cara dei muerto. Algo sobrehumano. Algo que no sea esta rutina insípida" de todos los días. Algo que produzca crispaduras en todo el cuerpo. Un escalofrío a lo largo de la espina dorsal.

El profesor Zea Uribe ha tratado de explicar *el* fenómeno* Su teoría es la de la visualiación subjetiva. Es decir, una persona que guarda en su imaginación una fisonomía que la lia impresionado, la reproduce en un espejo, al mirarse. Caso raro. Caso *de* sugestión inverosímil.

Hay espejos más interesantes en que uno se mira cada rato. Mírese en ese espejo, le advierten *a* uno. Hay lunas más extraordinarias. Una luna de miel, por ejemplo. Hay caras que uno ve hasta en el plato de la sopa: la cara de un rival, verbigracia. O la cara... mitad. Esta vida es un espejismo continuo.

A todas horas hay un espejo misterioso. 51 espejo de la moda.

Alguien vio funcionar el espejo. Y sólo vio sombras Una sola sombra larga. Talvez una sombra de aquella noche más larga que las otras y de suyos lindas, al decir del loco Hamlet, no retorna jamás viandante alguno...

Cuando Lázaro retornó de ultratumba al soplo del **milagro**, una de sus hermanas le interrogó indiscreta:

—¿Qué viste por allá?

—Sombras, nada más, respondió Lázaro.

La sombra es el símbolo perfecto de eso que en nuestra ignorancia llamamos el Misterio.

LAS INDIFERENTES

De Antioquia nos viene una noticia más interesante que un cable de los Balkanes. Ha ocurrido un drama Personajes: él y ella. Argumento, el de siempre: el amor. Fin de la tragedia, la muerte. El Amor y la Muerte siempre andan juntos. Son inseparables. Son los dos problemas eternos e insolutos. Los dos **interrogantes** fatales. Y aquí los tenemos en danza. So alza el telón.

En Heliconia, pueblo de Antioquia, un muchacho —; tai vez un buen muchacho!— mató a su novia, le partió el corazón con puñal. La dejó tendida en ei sucio. Quieta. Lívida. Como para ponerla entre cuati o cirios y cantarle un responso.

En Antioquia La nutrición de los individuos es fuerte y terminante. El frísol, el maíz y la panela son la base del desarrollo colectivo. Como quien dice: suero vital. De ahí que las pasiones eróticas en esa -¿tierra feliz sean violentas y ocasionen tragedias **como** esta de Heliconia. El Amor —ha dicho Claudio Bernard— es una de las funciones de la nutrición. Y amor nutrido con fécula de maíz es amor más fuerte que la muerte y más terrible que una granada explosiva en la línea de fuego.

¿Por qué mató a su novia el protagonista? No está aquí jugando ningún papel el demonio de los celos. Al través de este drama no centellea el rictus de Ótelo amenazas mortales. Ni anda Yago enredando el ovillo en la sombra. El muchacho mató a la muchacha sencillamente por una fruslería: porque ella diz que estaba indiferente con él.

Esto nos pone un poco pensabundos. La Iglesia condena el "indiferentismo", es cierto, pero en materias religiosas, no en asuntos de enamoramientos. "Hay mujeres enfermas de indiferencia", dice el poeta. Hay indiferencias de nacimiento. Hay otras estudiadas. Una mujer tiene muchas maneras de ser indiferente. Por nota. Y al oído. En muchas mujeres la indiferencia es un arma. Un gas asfixiante. En otras es una pos femenina. Sigue uno en pos de ellas y... ahí le va indiferencia, ahí le va *pos*. Sacan el desdén como sacar una hachuela de entre la ruana. Y si uno no se anda listo, lo dejan exánime. Pero siempre se dan por notificadas. Y agradecen que uno les gaste tres cuabras de pasos perdidos.

Este muchacho debe tener unos diez y ocho o veinte años. Sólo a esa edad y con esa alimentación se puede llegar a un extremo de esos: a matar al "bien querido" porque está indiferente con uno. Estaría la muchacha por el momento pensando en otra cosa. El amador tomó eso a indiferencia y... ¡suás! Ahí tienen ustedes una conflagración. Por" indiferencia no más. ¡Qué tal si este hombre se casa ahora con otra y la llega a pillar en flagrante adulterio! Ese muchacho estaba enamorado de remate. El enamorado esta a igual distancia de lo ridículo que de lo trágico. Lo mismo puede ser un imbécil que un criminal. Pero matar por indiferencia sí nos parece, francamente, una chanza pesada. A ese muchacho le van a coger terror las caras mitades. ¡A ver quién es la guapa que le hace un desdén y no le pela los dientes y le muerde!

Señoritas indiferentes: mucho cuidado con vuestros desdenes. ¡Andan matando!

EL MAL ESTADO

Cuatro o cinco millones de hombres ha puesto fuera de combate la guerra continental y marítima. Los que no han caído desventurados sobre la tierra, han ido al fondo de los mares. Cojos y mancos. Sordos y ciegos. Hé ahí el balance general de una civilización que no tuvo estadistas para poner riendas separas al fogoso corcel de la discordia.

La guerra es una relación de Estado a Estado, define Rousseau. El Estado le declara la guerra al Estado. Pero como el Estado es una abstracción jurídica, el individuo, en definitiva, es el que paga los vidrios que rompe el Estado.

Es curiosa la teoría del Estado, llevada a la práctica, en sus relaciones con el individuo. Parece que la afirmación de Carlos Marx es incontrovertible: "el Estado es enemigo del individuo". Y nosotros pensamos algo más: es enemigo personal del individuo, enemigo irreconciliable.

Veámoslo: el Estado declara la guerra. El Estado moviliza sus contingentes. Los contingentes son los individuos. Llegado el momento, el individuo es el que recibe los balazos. El individuo es el muerto. El herido. El ciego. El averiado por la explosión de granadas y de gases. El Estado queda ileso. El individuo paga el pato. Su hueso, es hueso roto. Su carne, es carne de cañón.

Otro caso: el Estado monopoliza el aguardiente. Del monopolio deriva una renta. Con el monopolio subsiste. Vende el licor en sus estancos y estanquillos. El individuo le compra el licor al Estado. Le ayuda. Le agranda las ventas. Le apuntala el presupuesto. Se toma dos tragos. Se torna ocho. Se emborracha, en fin. Grita. Manotea. Busca molestia porque el licor que le vende el Estado lo ha puesto pendenciero y beligerante. Le pega al prójimo. Insulta al señor Agente. Y el Estado lo pone a la sombra, lo mete a la cárcel y le impone una multa, de acuerdo con sus leyes y ordenanzas. Todo, ¿por qué? porque el individuo gastó unos reales en favor del Estado. ¡Vean ustedes qué barbaridad de injusticia!

No hay duda: el peor enemigo del individuo es el Estado.

Sobre todo, el "estado" en que nos encontramos algunos. . .

EL TRASTEIO DE "LA PATRIA"

El diario La Patria, dirigido por un intelectual de línea, y periódico de republicanismo subrayado y combativo, ha liado bártulos y virado de bordo hacia las toldas liberales, "de donde era oriundo" el doctor Solano.

La Patria, al verificar su trasteo, expone razones de orden político que nosotros encontramos fundadas. Probablemente La Patria se ha fatigado de actuar en un campo sin masas, sin multitudes de esas que en tiempos electorales son las que deciden en las urnas del triunfo de estas o de aquellas orientaciones. En política no es posible recorrer un camino completo sin los individuos de tropa que pasan por delante de los comicios populares. Los partidos reformistas, esencialmente, necesitan de voceros en los parlamentos, de palabras y de votos en los cuerpos legislativos de la República. Y para llevar al Congreso esos voceros y esos votos, hay necesidad de elegirlos. Y para elegirlos hay necesidad de muchedumbres que concurran a la mesa legal a introducir su papeleta. Y el republicanismo, ya lo sabemos, no obstante entrañar ideas generosas, es hoy un Estado Mayor, con muy buenos Generales y Ayudantes de campo, pero sin batallones para enviarles órdenes y enfilarlos en la línea de fuego...

Ayer me encontré, manos a boca, al volver de una esquina, con don Jorge Holguín, que iba a su bufete del Consejo de Estado. En mi calidad de periodista ambulante y creyéndolo "materia reportable", lo abordé y le hice preguntas sobre nuestra actualidad política. Me habló de la unión liberal y de la unión conservadora y de muchas cosas más.

—¿Qué opina usted de la Unión liberal?

—Pues que se está verificando a la carrera.

—¿Y de la Unión conservadora?

—Que está firme. Inconmovible.

—¿Y de la disidencia?

—Oiga usted, Tic-Tac: los partidos políticos son enfermedades que las naciones tienen que soportar por una ley fatal de acción y de reacción. A esos partidos, de vez en cuando, les surgen dolencias oasaje-ras. La disidencia es una enfermedad de índole eruptiva que le ha salido hace algún tiempo a nuestro partido. Pero eso no es cosa grave. Eso basará.

—¿Y qué dice usted, don Jorge, del republicanismo ?

—Ah, el republicanismo, dice el ameno don Jorge, el republicanismo es una aspiración generosa, una idea plausible. Es como el aroma de nuestros viejos partidos. Algo exquisito que no es dado probar a todos los paladares. Pero (don Jorge enciende un cigarrillo), pero desgraciadamente, es algo que no es todavía para nuestra época. Tal vez para el siglo venidero. Es un proyecto de partido...

—¿En primero o segundo debate? le interrogo.

—En primero y ojalá que siga en el orden del día para segundo.

Estos conceptos de don Jorge, político y viejo regenerador fundamental (don Jorge no se choca porque le llamen "Regenerador") me pusieron a pensar un rato en esto del republicanismo.

Y —efectivamente— pensé y volví a pensar: es un Estado Mayor con muy buenos Generales y muy buenos planes, pero sin unidades de combate. Hay allí muy buenas voluntades, muy buenas intenciones, muy buenos proyectos. Un gran deseo de hacer el bien. Hay artillería. Hay municiones. Pero faltan soldados en los fosos de las trincheras.

Yo siempre me he figurado al republicanismo —ya lo dije otra vez— como un partido de clima medio (clima de café). 22 grados a la sombra y en verano sube hasta 26. Buena agua. Brisas suaves. Vegetación lujosa. Allí se encuentra uno con muy buena gente. Allí está Eduardo Santos, franco tirador que con un solo editorial se toma 500 metros de trincheras en un asalto; Nieto Caballero, que está en la línea de fuego a toda hora; Tomasito Rueda —única ruana del republicanismo— escritor y causer de finísimo alcance; el doctor Eastman, pastor ecuánime de ideas generosas y muchos otros caballeros y hombres libres que, molestos en los climas extremos de nuestros partidos —Tunja y Mompós— han buscado allí una temperatura más cónsona con sus ideas y con sus ideales.

El republicanismo es un partido de veraneo. Está uno en el partido conservador, supongamos. Se aburre. Se cansa de tantas cosas viejas, de tanta herramienta oxidada. Pues coge su maleta, se pone un jipa y un flux de lanilla blanca y se va para el republicanismo, "que queda aquí no más, abajito de Cachipay".

Está uno en el gran partido liberal —digamos en el bloque— y por cualquier motivo se aburre y ve que no le sienta el clima, que hay chinches y que el agua no es buena, pues hace lo mismo: coge las maletas y se larga.

Llega uno al republicanismo. Lo reciben muy cortésmente. Lo salen a encontrar. Le presentan a lo.; de la casa. Se instala. Le señalan pieza. Le dan llave de la habitación. Está unos días. Se baña. Pasea. Ve llegar el tren. Duerme la siesta. Y a los quince días, si se cansa, si se siente "amodorrado" por el clima medio, entonces se vuelve para su correspondiente partido, para su respectivo arrendamiento político* Y nadie le dice nada. Nadie lo

detiene. Cuando mucho, Nieto Caballero sale a la estación y balbucea, muy amable: no se vaya todavía; aguárdese a tomar el té. La Patria se aburrió en el republicanismo. Mandó traer la muía y ensilló. Y... pique para la Unión liberal.

Lo que nos ha pasado a muchos santos varones. Yo estuve en el republicanismo diez días con sus noches, en calidad de catequista. Pero me volví a mi antigua tolda. No encontré a quien catequizar. Le dejé el oficio a Pachito Heredia que era mi colega.

Además... en el republicanismo las quincenas son anticipadas y la leche y los huevos son extras.

Hé aquí una película da corto metraje que no reza can la titulada conflagración. Dejemos a un lado el cine de la guerra y pongamos el lápiz sobre un tema incruento y amable. ¿He dicho incruento? Me equivoqué. No hay tal. Hay amor de por medio. Y donde hay amor es como donde hay morteros alemanes: muertos y heridos cubren el campo de batalla.

Ayer mañana he acompañado a un amigo a una aventura de género femenino. Diez minutos bien vividos y bien comentados y muy bien asimilados. No te frunzas, lector. No te pongas nerviosilla, lectora. No es nada malo. No es nada fuerte. No es nada indebido. Al contrario. Es algo muy dulce y muy suave. Algo que sabe a caramelos. Algo en que juegan papel unos ojos oscuros de mujer. Así es la chica: ojos oscuros, suaves a veces como dos estrellas y a veces fieros como dos puñales, que cantan por ahí con guitarra y bandola. La de los ojos color de uva...

Decía... sí señores, decía... ¿Qué decía? Pues nada. La chica tiene novio. El infrascrito, ayudante de campo (vulgo **Candelero**).

Calle real. Mañana azul, llena de sol. Aire puro y diáfano. Cielo limpio que convida a volar. Ella que va de tienda en tienda, buscando fruslerías femeninas. El que la sigue. Ellos que se encuentran. Un saludo. El se pone colorado. Ella, ídem. Amor se llama esta figura. Ella sigue. El se para a mirarla. Ella entra donde Cubides. No mira. Mejor dicho: no muerde. ¡Cómo si nada!

—Pero, chico, esa muchacha no te quiere. ¿Viste? No miró al entrar al almacén. ¿Están de pelea?

—No, hombre. Es que ya no se usa eso de "volver a mirar". El mordisco está en completa desuetud. Los periódicos de modas ya no hablan de este detalle. Así me lo ha dicho una persona que está al corriente de todas estas cuestiones de estado. No se usa ya eso de "morder". Es mal visto. Es como ponerse sombreros de alas grandes, que pasaron a la historia.

—Bueno... pero... el "mordisco" en asuntos de amor es absolutamente indispensable. Suprimirlo es como derribar el sistema. Especialmente cuando hay "novia empezada" el "mordisco" se impone en todas partes: en el cine, al entrar a la iglesia, al volver de la esquina...

—Sí, hay razón. Especialmente al volver de la esquina. Cuando las mujeres **vuelven la esquina** es cuando más muerden.

—El "mordisco" es la señal de que una mujer le "hace caso" al prendido que la sigue. Es la señal de que el campo se abre a los ingenios. La señal de campo. Si se omite esta fórmula, ¿cómo se orienta el individuo, cómo sabe si "le va" o "no le va?" Antaño existía el sistema de las cartas de amor en papel floreado con declaraciones almibaradas. Pero el mundo marcha y ya esos métodos están mandados archivar. Existe "el mordisco" y hasta ahora que se sepa no se le ha reemplazado por ninguna otra manifestación que le iguale en categoría. Una mujer no sabe, no se imagina qué estragos, qué conflagraciones puede causar con un mordisco, así como un artillero germano ignora los efectos del cañón que dispara.

Hay mordiscos medidos que causan muy buen efecto. Los mordiscos en gran cantidad pronto satisfacen la vanidad del hombre. Y el pájaro vuela a buscar otra rama. Los mordiscos homeopáticos, solapados, son de gran trascendencia. No así los mordiscos de tamaño heroico y en grandes cantidades.

Una mujer va (o viene). Usted, lector, la sigue. Entró a tal parte. ¿Mordió? Muy bien. ¿Medio mordió? Mucho mejor. Lo dejaron a usted con ganas. Y usted se pone que no sabe qué hacer para conseguir el mordisco entero. ¡Así es de ambicioso el corazón!

Esto decía yo, pero mi amigo volvió a recordarme que el "mordisco" ya no se usa y que es mal visto.

¡No! el "mordisco" no puede eliminarse de la vida social. Podríamos decir que él es una piedra fundamental de la sociedad. 1 de la familia sí que ¿ambien. Por allí se empieza. Aunque a veces también por allí se acaba. Hay matrimonios que empiezan en un mordisco a la vuelta de una esquina y acaban con sesenta mordiscos en el fondo de una alcoba.

Eliminad el "mordisco" y le quitaréis al corazón una de sus más preciosas facultades, acabaréis de una plumada con un detalle ilustre que nació bajo las frondas encantadas del paraíso perdido. La primera, mujer que Dios fabricó a "costillas" del **primer** hombre, lo primero que hizo fue "morder". Vio una **manzana** a lo lejos y... le mordió.

No es posible aceptar la eliminación del mordisco. Quedaríamos a oscuras. Secaríamos una fuente de emociones dulcísimas. Romperíamos una copa de fino cristal llena de un champaña divino en el palpitante festín de la vida. Mordiscos de las esquinas. Mordiscos al "entrar". Mordiscos en tranvía. Mordiscos en el tren, en la ventanilla abierta a la ilusión. Mordiscos del teatro. Y de los cines. Y de las salidas de los cines. Mordiscos crepusculares en las vidrieras del balcón encantado en donde se levanta un visillo y deja ver unos ojos que

sonríen al Amor que pasa. ¡No! el mordisco es todo. No puede eliminarse del debate. Es absolutamente necesario.

Mujer que no "muerde" no vale la pena. Y no se habla aquí de morderle a todo el mundo ni de morder por razón de antojo. Se habla del mordisco de valor entendido. De morderle al que "es". Ya lo sabéis, lectoras. No dejéis pasar de moda el mordisco.

Y conste que les hablo a las que "muerden" con los ojos. Y no" a las que muerden con los dientes.

CHARLAMENTARISMO Y METEPATISMO

Estamos en una época de sesiones **Charlamentarias** en ambas Cámaras legislativas: en la del Senado y en la de Representantes.

Ya en esta última se han gastado diez días en interpelaciones y discusiones de índole personal y el: ningún interés para los contribuyentes.

En el Congreso pasado asistimos durante cuarenta días y cuarenta noches al espectáculo de las credenciales boyacenses en la Cámara del Senado.

Hoy, la película cambia y tenemos o hemos tenido acontecimientos parlamentarios que lo ponen a uno arisco y desconfiado respecto a la eficacia de nuestros Congresos.

El charlamentarismo está adquiriendo entre nosotros las proporciones de una calamidad legislativa.

Tenemos gramófonos parlamentarios de todas las procedencias y fabricaciones: de la Casa Víctor y de la Columbiá.

Y en llegando el momento, cada pájaro saca su disco, cambia la aguja, le da vuelta al manubrio y... vamonós con esta oración y pongan cuidado los taquígrafos y los cronistas.

El charlamentarismo es primo hermano del metepatismo, por parte de padre y por parte de madre.

Y aunque el mal no es de ahora, ni es único gaje de nuestros legisladores, vale la pena echar una mirada retrospectiva y presente por los anales de nuestro metepatismo parlamentario.

Es que esto de hablar no es una pera en dulce ni un queso de bola... a bola.

El orador, ¡o mismo que el torero en la suerte suprema, tiene que atender a muchos movimientos simultáneos.

El torero tiene que perfilarse, citar al bicho, entrar en volapié, escurrir el bulto, clavar el estoque en los morrillos de la fiera y salir de la suerte sin deslucirse.

El orador tiene que pensar lo que va a decir, hablar, atender a la sintaxis, pensar en lo que va a decir más adelante y —¡qué guama!— atender a las interpelaciones de sus honorables colegas. Las interpelaciones son el gran pereque (obstáculo, diría un Académico de la Lengua) del charlamentarismo. Allí cae el más gallo, si no tiene bien afiladas las espuelas.

Sin embargo: hay algunos honorables que se las quitan de encima muy fácilmente. Los interpelan y contesta cada interpelado, muy

campante: "Allá voy, honorable Representante". Y queda contestada la interpolación.

Y en esto de los gazafatones tenemos una estadística alarmante.

Sin contar los de Legislaturas recientes, podemos hacer algunas apuntaciones de actualidad.

El honorable "Laureano, por ejemplo, el mejor orador de la Cámara, nos dijo aquello de que el partido conservador era un "ovejo", etcétera. Es decir: le tocó la gramática a don Marco. í el de las Exteriores lo regañó y le dijo: distinga Su Señoría entre ovejo y carnero.

Desde ese día don Marco Fidel dice que él vive en el Camellón de los Ovejos y no en el Camellón de los Carneros.

Otro honorable por Boyacá nos ha soltado los siguientes apartes, en distintas peroraciones:

"El proyecto que está sobre la Secretaría de la mesa".

"Voy a hacer, señor Presidente, una ligera remuneración de las leyes a que he hecho mención".

"Después de que el señor Ministro nos ha dado aquí un informe sucinto y detallado".

Y un honorable, también boyacense, nos disparó esta conclusión, a boca de jarro:

"Ante los hechos consumidos no hay discusión".

Y un santandereano, disidente por más señas, se dejó venir con esta fórmula justiciera:

"A todos nos debe cobijar la misma tijera".

Uno que legisla por Cundinamarca, en un debate sobre instrucción pública, habló así:

"Yo no intervení en ese debate. Sí, señor Presidente: no intervení".

Y un Representante, General de Escalafón y Legislador, al intervenir en un debate de índole política, disparó:

"Los que hemos caído muertos en los campos de batalla en defensa de nuestra causa, no podemos votar este proyecto".

Y así sucesivamente, hasta cosa de nunca acabar.

Vale la pena de ir a las barras a escuchar los discos de nuestros grafófonos parlamentarios.

Es una cosa tan divertida, que dan ganas de pedir sesión permanente.

¡Figúrense ustedes, señores y señoras, que en la sesión de ayer, el honorable Porras, por Bolívar, en el acalorado debate sobre instrucción pública, nos habló, nada menos, que de la acción ortopédica del Quinquenio !

¡Caramba con el Quinquenio! ¡Y caramba con el Representante ortopédico!

DON JUAN EN EL CINE

En el cinematógrafo es mejor lo que no se ve que lo que se ve en el telón. Por ahí ha dicho Benavente que uno de los mejores atractivos del cine es que hay que verlo desde el oscuro.

Tiene esta invención muchas ventajas. Excita los sistemas nerviosos. Da lecciones de todo género. Hace reír. Hace llorar. Hace pensar. Y sobre todo, lo libra a uno de leer novelas. Porque uno las lee en quince minutos en el telón del cine.

Aquí vivimos del cine y para el cine. Nuestro cinismo no tiene rival. Y es que no hay otro espectáculo más barato al cual volver los ojos. Acaso tengamos razón. La vida misma, en su eterno trajín, es un cinematógrafo en donde los actores y las actrices son de carne y hueso y en donde las películas se desarrollan, no según lo convencional, sino en el terreno mismo de la realidad.

Pues sí, que en el cine no sólo el aparato funciona, sino que funcionan los Tenorios municipales, departamentales y nacionales.

Aquí hay Tenorios de todas las marcas y tamaños y para todas las situaciones.

La otra noche, en el cine, se desarrolló esta films en pleno Olympia: un marido, joven aún y joven batidor, llegó con su señora y se acomodó, mejor dicho, se incomodó en una banca a mirar la película. Junto a la señora se colocó un Tenorio irresistible, muy conocido en la ciudad.

En cuánto apagaron el mecho, el Tenorio empezó a violar la neutralidad de Bélgica y a hacer manifestaciones alarmantes en territorio ajeno. Empezó a maniobrarle a la señora. O, mejor dicho, a patiarle, porque fue con los pies con lo que dio principio a sus labores de conquista. Quiso hacer película Pathé por debajo de la banca. Y por encima, se codeaba con su hermosa vecina, es decir, le arrimaba el codo en señal de codificación nacional.

La dama empezó a incomodarse. A sudar petróleo. A vacilar entre tolerar al bicho o dar parce con novedad a su marido. Hay novedad en mi cuerpo, querría decirle, pero temía la posibilidad de un escándalo. Mi marido se exalta, pensaría, y aquí puede haber algo lamentable. Calló unos minutos. Pero el Tenorio redobló su actividad y trató de invadir a Serbia. Entonces la dama dio el parte correspondiente a su editor responsable. Y el marido entró en ruego. No se exaltó, no dijo una silaba. Se interpuso entre su mujer y el bárbaro invasor. A la salida del cine, con persona de confianza, mandó a su mujer a la casa y buscó al Tenorio —de quien era amigo—, lo invitó a una copa y en seguida cenar.

Cenaron juntos. Lo anfitriónó. Luego lo convidó a juerguear. Salieron del restaurante. Tomaron un coche. Pique para San Diego, ordenó el marido. San Diego. Luego, hacia el cementerio. Pararon. Se bajaron. "¿A dónde vamos?" preguntó el conquistador. "Hasta aquí no más", respondió el ofendido. Tomó la fusta del cochero, y con ella, como copete de ¡¡cena, le anfitriónó veinticinco foetazos y le pidió recibo por la cena y por el copete.

El marido tornó a la ciudad en el coche. Y el Tenorio se quedó renegando de sus aficiones, frente a los pinos fantasmales del cementerio, y resuelto a no volver a turbar con sus zapatos la paz del nido ajeno.

D'ANNUNZIO EN EL AIRE

En cable fechado en Roma nos da esta noticia de la guerra:

"D'Annunzio voló nuevamente sobre Trieste y lanzó sobre ese puerto una gran cantidad de banderas tricolores y mensajes en que se cuenta toda la verdad de *las* operaciones".

La noticia, leída hasta cierto punto, hace pensar en un criminal enemigo de la humanidad que se encumbra a las nubes a ejercer el estrago sobre las gentes de *la* tierra.

"... Y lanzó sobre este puerto una gran cantidad"... Se prepara uno para algo trágico y sangriento, y piensa que se trata de una "gran cantidad" de bombas deletéreas que han causado grandes daños e innumerables víctimas.

"Lanzó", es decir, arrojó. Y uno, antes de seguir leyendo, prejuzga que el ilustre apolonida ha perpetrado un delito, que ha sembrado el terror en las mujeres y en los niños, que ha incendiado una ciudad en cuyas playas rompen sus zafiros las líricas aguas del Adriático.

Pero resulta que no hubo tal desastre, ni tales niños muertos, ni tales mujeres de pálido semblante huyendo al avión que ejerce el estrago desde la región de las águilas. No os pavoricéis, queridos parroquianos de Trieste-riberños del golfo irredento. Es un poeta el que vuela por sobre vuestras cabezas. Es un espíritu latino, una paloma de la plaza de San Marcos, de la dulce y patriarcal Venecia. No es un águila negra de Germania, no es un a Viador alemán de esos que llevan toneladas de explosivos. Es D'Annunzio, que arroja banderitas tricolores y mensajes verídicos sobre los hechos de la guerra. Es un poeta, el más alto de la raza latina, que en un vuelo heroico hace una visita a las estrellas...

Los poetas, cuando se encumbran, cuando abren las alas lejos del fango de la tierra, cantan 1.a vida en himnos de divina vibración. No van más allá ni arrojan bombas explosivas sobre los lechos de las mujeres ni sobre las cunas de los niños.

Desde las nubes caerán mañana sobre la ciudad irredenta papeles volanderos con palabras del poeta que arde sus alas en el sol. Esta es el arma de los poetas: las palabras al servicio de las ideas. Ya el mismo D'Annunzio lo dijo en claro lenguaje: "Una ordenación de palabras supera en virtud a una fórmula química".

Un día el gran poeta hará una nueva excursión aérea sobre Trieste. Caerán unos papeíitos sobre la ciudad, sobre la mar sonora, copos de niebla que bajan de la altura. ¿Qué será ésto? Un bombardeo. El enemigo en las nubes. La catástrofe...

Gabriel de D'Annunzio está arrojando una gran cantidad de versos explosivos sobre la ciudad indefensa. ¡Horror!

MISTER MORGAN

Dice el cable o dice la onda hertziana de Marconi que el millonérrimo Morgan acaba de dar su adiós a este valle de lágrimas.

Morgan ha muerto en Roma, bajo los cielos líricos de Italia, es decir, en el país del arte. Morgan fue artista supremo en el arte supremo. No en el de Miguel Ángel ni en el de Da Vinci, sino en otro más definitivo: el de hacer dinero. En ese arte difícil en que no ha podido espigar el noventa y cinco por ciento de los humanos.

Que ha muerto Morgan quiere decir que ha muerto un rey. Porque Pierpont fue, entre otras menudencias, rey del petróleo. Del petróleo que sudamos en la vida los que hemos nacido para pulular eternamente en los peladeros del déficit. Fue también rey-de ferrocarriles y de rieles. Como quien dice: el doctor Rey Acero. Monarca indiscutible de Wall Street, en su mano tenía la vara mágica, el resorte milagroso del gran mundo bursátil de Nueva York.

Como todos sus conterráneos, Morgan pensaba que esto de hacer dinero no es un medio sino un fin. Por eso llegó a la culminación de hacer incontables las águilas de sus arcas fabulosas. Y así se libró de morir abrumado por el peso de la falta más grave que puede cometer un hombre: la falta de plata. La falta de plata es la única que no tiene perdón. Todas las demás son veniales o, por lo menos, conmutables por arresto. Morgan se hizo perdonar esa falta. Cosa que no haremos ya nunca los morganizados de la vida...

Morgan se va. Morgan se despide de sus numerosos amigos y relacionados, agradece las atenciones de que fue víctima en este planeta y espera órdenes al otro lado del río. Morgan va en el mismo vehículo en que nos vamos todos: cuatro tablas clavadas por un carpintero. Aquí de Hamlet: sepulturero: ¿Cuánto pesa Morgan en tu garlancha? Morgan vuelve desnudo a la tierra. Como nació. En los trenes de la eternidad está prohibido viajar con equipaje. Las maletas incomodan a los demás pasajeros.

Morgan nos deja una gran fortuna. Y digo no porque en estas cuestiones testamentarias yo soy pluralista. Todo para todos. Y en prueba de ello reclamo desde ahora mi porcentaje en el **Nuevo Testamento**.

No sabemos si Morgan deja hijas. Gustamos poco de inmiscuirnos en la vida privada de los millonarios. Averiguar si un hombre de plata tiene hijas, es canto como declararse milite de los buenos partidos. Y eso es detalle perfectamente búlgaro en un idealista. Pero si Mr. Morgan deja hijas solteras, siquiera sean solteronas con facultad médica, ya vamos a ver algo curioso: el número de los que quieren solventarse por el cómodo sistema de los matrimonios morganáticos. . .

Morgan ha muerto. Es decir: ha dejado de ser rico. No importa. Es lo de menos. Después de haber sido un Mr. Morgan, el mejor negocio que puede hacer, es morirse. Estirar la pata sin una lágrima en los ojos.

¡Pobre Morgan! Yo le perdono su último pecado: el de no haberme incluido en una cláusula de su testamento. Así él habría muerto y yo. . . habría pasado a mejor vida.

LA DANZA DE LAS HORAS

No hay entre los relojes públicos de la capital dos que estén de acuerdo en esto de decirle a uno "qué horas son".

De un trajinante de Las Nieves y de uno de Las Cruces puede decirse que son antípodas. Cuando en el reloj de Las Nieves son las ocho de la mañana, en el de Las Cruces son las siete de la noche. Entre el reloj de San Francisco y el de la iglesia de Cha-pinero hay, casi siempre, una diferencia de un cuarto de hora o de veinte minutos.

Yo no sé quién inventó el reloj. Debió de ser algún desocupado que no sabía qué hacer con el tiempo que le sobraba. Pero ese tal se tomó un trabajo que aquí no hemos tenido en cuenta. La división del tiempo en horas es, sin duda, una tiranía de las que "a cada hora" gravitan sobre el individuo.

Las horas constituyen por sí solas una de nuestras más "imperiosas calamidades". Se dividen en mil clases y tienen diferentes alcances y categorías. En la interminable danza de las horas van surgiendo en el horizonte, escoltadas por los minutos, muchas de ellas trajeadas de diversos colores.

"La hora de la conciencia y del pensar profundo", es gris y tiene en su semblante la solemnidad sentimental del anochecer. En sus ojos se

apaga el día y se encienden las estrellas. Es la hora religiosa del Ángelus, la hora en que el alma se torna mística y en que parece que de los campanarios están cayendo lágrimas ...

La hora del alba es luminosa y musical. Ella enciende sobre los perfiles de las cordilleras o en la lejanía de los horizontes los cálidos resplandores del día. A su llegada, las praderas están cuajadas de rocío, endiamantadas por la noche, y los árboles, arrebujaos en la niebla, dejan caer la música de sus nidos, la orquestación de sus alados huéspedes. La hora del alba inicia la alegría de la naturaleza que frota los ojos y canta el himno de la vida con la garganta de sus aves, con la linfa de sus torrentes y con la armonía de sus frondas pulsadas por el viento y vestidas de seda por el sol. "La aurora está pálida de haber sido la noche", pero la hora del alba le va encendiendo rosas rojas en el semblante demacrado.

La hora de la justicia. Para unos llega. Para otros no llega nunca. Es una hora caprichosa en sus itinerarios. Por lo regular se atrasa. Casi nunca se adelanta, ni se pone al servicio de los vivos. Después de muchos años, proyecta pálidos resplandores sobre la tierra que cubre a los muertos.

Y así, en desfile interminable, pasan las horas que marcan los relojes. Y de ellas vivimos pendientes, como sus más rendidos y obsecuentes servidores. Somos leales y sumisos esclavos del cronómetro. Vivimos pendientes de los respectivos horologios. Y tenemos, entre otras, la hora del almuerzo, la hora de la visita, la hora del té, la hora de la cita, la hora de la comida, la hora de acostarse, la de levantarse, la hora del champaña (la más optimista de todas), la hora de partir, la hora de nona y "la hora en que los invitados se retiran llevando de la fiesta las más gratas e inolvidables impresiones". Los hombres tenemos nuestras horas. Las mujeres también tienen su hora. Y muchas de ellas tienen el trascendental "cuarto de hora" de que habían las novelas...

Existe, por desgracia, "la última hora", que es la que acaba con las otras. Los periódicos son los únicos que se libran de ella. Cada rato están con "la última hora" y siguen viviendo. La última hora en sí es la más triste, menos en los diarios. Allí es la más sensacional, la que les agota las ediciones y les aumenta las entradas.

En los templos de la antigüedad existía la tremenda inscripción alusiva a las horas que marca su reloj: vulneran! omnia, ultima necat ("todas hieren, la última, mata"). Sentencia inapelable que se cumple a cada minuto en medio del camino de la vida.

Y volviendo a nuestros relojes públicos y privados, no hay dos de acuerdo. Usted siempre adelante o atrás de su compañero, pero nunca en el mismo minuto. Y en los relojes públicos anda el tiempo... perdido. No hay quien lo sujete al horario ni quien sujete los horarios a la marcha del tiempo.

Ayer he entrado a una relojería con el fin de darme cuenta de la hora "precisa". Pero me convencí de que en una relojería es donde es más difícil saber qué hora es" o "que horas son". Entre una gran cantidad de relojes no sabe uno a cuál atenerse ni cuál le está indicando la hora verdadera. La relojería es el sitio menos apropiado para tomar la hora. No sabe uno qué reloj anda ni qué reloj no anda.

Con el paso que llevan nuestros relojes públicos y nuestros relojes de bolsillo, llegaremos a un punto de la jornada en que tan sólo podremos saber "qué horas no son". No habrá para qué abrir el cronómetro particular, ni objeto ninguno en levantar los ojos hacia las torres de la ciudad alegre y confiada.

Y eso será lo mejor. No hay para qué afanarse demasiado por saber qué horas son. Ya le llegará a cada cual "su hora". Blanca o negra. Coronada de flores o coronada de espinas. Vestida de seda o vestida de andrajos. Envuelta en luz de sol o ensombrecida por la noche. . .

Lo mismo que pasa en estas maquinarias sutiles que marcan el tiempo bajo la presión de un pelo metálico, pasa en la mecánica misteriosa del alma. El reloj se parece al corazón. Palpita éste como un reloj y aquél también palpita como un corazón. Y el corazón también se atrasa o se adelanta. Cuando en un corazón suena, alegre y luminosa, la hora del alba, en otro corazón está vibrando, lenta y nostálgica, la hora del anochecer, color de ceniza, la hora del Ángelus, en que el alma, como una golondrina, para el vuelo sobre las ruinas del pasado.

¿Qué horas son en tu corazón? preguntarás tú —¡hombre infeliz!— a una mujer que pasa por tu camino, que viene de un país que tú has visto en sueños y que va para otro país que tú alcanzas a ver en una lontananza azul y diáfana. Ella aquietará un poco el paso de sus pies menudos que apenas rozan el polvo de la tierra, escuchará el ritmo de su corazón y te dirá: es la hora del alba, muy temprano. En seguida quitarás los ojos de ella, os pondrás en el horizonte en donde ya la aurora abre sus abanicos de oro y de púrpura y volverás a interrogarle: ¿qué horas marca tu corazón? Y ella entonces volverá a escuchar el ritmo de su sangre y de su espíritu y te dirá: son las seis de la tarde, están tocando o! Ángelus, está cayendo ceniza sobre las almas y sobre las almas y sobre los caminos. . . Y seguirá su camino, esbelta como Ligeia, armoniosa y aérea como Ulalume, y en tu corazón —otro reloj

desordenado— las horas y los minutos habrán perdido su sentido y la razón de ser de su misteriosa ondulación...

¡Las horas! ¡Qué angustia y qué inquietud le dan al corazón! Salimos a encontrarlas y, o no llegan o llegan con traje y semblante distintos de aquellos que se habían ideado en nuestra imaginación. ¡ el reloj las sigue marcando con un ritmo que es como un hilo de agua que cae en el río de los años. Un río negro y profundo que tributa sus aguas al mar de los siglos...

En todo lo ancho del firmamento no hay una estrella, una sola, que se angustie por las inquietudes de un hombre en la tierra. Y la mejor manera de hacer la paz con las horas es conseguir que el espíritu recoja las alas y pare el vuelo en las cumbres de la serenidad...

UNA LIBRA

Tengo una libra en el bolsillo. Lo que quiere decir que estoy de buen humor por lo bien librado que me siento. El buen humor que da el oro, cesar imperator de los humanos, arbitro sonoro de la sicología del individuo. Falta el oro, mala vida, horas difíciles, temperamento agresivo, bilis, encono de la neurastenia Hay oro, buen genio, optimismo, alegría, felicidad una pera en dulce la vida, un paraíso con hartas manzanas qué morder.

Decía que tengo una libra, fuera de las libras de peso que caracterizan mi volumen. Hace una hora que esa moneda ha caído en mis manos, de donde a la caída del sol habrá volado ya para nunca más volver. Las libras que se van, libras están de tornar al bolsillo abandonado. Las libras que se han ido ya nunca volverán. Por lo menos, si una que otra resuelve tornar, no la conocemos. ¡Son tantas las que pululan por la tierra! Inglaterra no tiene fronteras para esto de dominar el mundo con el retintín de sus discos milagrosos. "Oro inglés amonedado": hé aquí la fórmula que mueve y agita las almas y que — más poderosa que la fe— transporta las montañas. Esta moneda que

hoy me acompaña un dulce momento, es una libra de las más venerables que ruedan por el mundo. Yo la dejaría para "curiosidad" si no tuviera necesidad de gastarla esta misma tarde. Ya está sentenciada a volar. Es una libra de oro amarillo, antiguo, evocador. Lleva la faz de la Reina -Victoria, la faz de cuando ella era joven aún que entre las verdes ramas. "Victoria Dei Gratia-1842". Por el reverso, un escudo con corona, leones y dos ramas cruzadas. "Reina Fid: Def: Britaniarum". Esta es la letra. De 1842 a hoy van setenta años. Algo más de una vida. ¡Setenta años de servicios a la humanidad! Esta libra debía pedir ya su retiro de la circulación, debía pedir una pensión al Gobierno y vivir de su renta. Merecida la tiene. Ha cumplido su misión. Debiera descansar, antes de que se le haga difícil el tránsito y la empiecen a hostilizar las libras de Jorge V.

En setenta años de vida pública siempre se aprende mucho y se ven muchas cosas.

Si esta libra pudiera describirnos sus éxodos mundiales, ya tendríamos para interesarnos un día con las idas y venidas, vueltas y revueltas de su itinerario inmensurable. Salió una vez —1842— a la city a recorrer el mundo.

"Por la vida abajo" aventuras y aventuras. ¡En cuántas se habrá visto! Habrá retintineado en las cajas de mil bancos, en las arcas de quién sabe cuántos mortales millonérrimos. Habrá integrado quién sabe cuántos empréstitos. Habrá sido propiedad de Mr. Jenks, nuestro usurero del 20 por 100. De mano en mano, de transacción en transacción, en los mercados universales, ha venido a parar al humilde bolsillo mío, que es lo último que le puede pasar a una libra, por antigua que sea. Como caer en el vacío, ni más ni menos. Quisiera reportearla. Pero una libra no es "materia reportable". Quizás que fuera una arroba... ¿De dónde vienes, a dónde vas, qué cuentas de nuevo, cómo te han tratado en esta tierra, qué es lo más que has durado en poder de un colombiano? ¿Llegaste al Banco de Colombia o has venido por tu propia cuenta corriente en el bolsillo de algún particular? ¿Qué buscas, qué persigues, qué ambicionas? ¿No estás cansada ya de tanto caminar y caminar? ¿Has pasado por la chequera de algún usurero? ¿Por la taquilla de un teatro, por la habitación del Congreso? ¿Cuánto has estado en las cajas del señor Sierra? Te hablo y tú nada dices. Te hablo y tú no respondes. Vas y vienes. Hoy aquí y mañana allá. Por el día cruzas el mercado. Por la noche, ¡quién sabe! Más de una vez, más de mil habrás sido el precio de una hora de amor, comprada en la calle de Thais, en la plazuela de Afrodita, en los suburbios de Friné. ..! Y es

que eres "una libra". Y de ti nadie se libra. Todos caen ante ti, el pecado sale a recibirte en traje de gineceo. Eres amor y dolor. Alegría y pena. Luz y sombra. Virtud y crimen. Cuerpo de delito y cuerpo... diplomático. Tu poder es infinito. Tu nombre de guerra: todo.

Dentro de unos minutos esta libra setentona, venerada, pero sonora todavía y prestigiosa, habrá salido de mí, puesto que tendré que salir de ella. Una libra puede hacer nido en las cajas de Sierra. En el bolsillo de un chico de la prensa, siempre será ave de paso que cruza con rumbo a climas mejores. En las arcas de don Jorge Holguín una libra es como un grano de arena en el mar, como un cabello en la melena profusa del doctor Concha, no quita ni pone. En el bolsillo de un garrapateador una libra es un escándalo, un cataclismo, una revolución de ideas y de principios, un "titán encadenado", una ley de asesorías, un desquiciamiento del orden social, un fenómeno atmosférico, una libra allí pesa por lo menos cien arrobas de alegría. No hay nada más sublime que la **libertad de las libras**. Especialmente para quienes nos hemos librado de ellas, contra nuestra voluntad. Cuando yo pienso en todas las libras que no tengo, me horrorizo. Son muchas. Son la mar y sus arenas. Hé aquí por qué no puedo conservar ni las que pudieran servir de curiosidades antiguas. Conservar una libra hoy, siquiera por un día, es un acto de verdadero valor civil. Eso sí que sería el conservatismo exagerado, conservar una libra.

Adiós moneda ilustre. Voy a disminuir una libra de peso y de valor con tu fatal partida. Que seas feliz, que no te vayan a falsificar y que no olvides el camino. Siempre te recordaré con cariño: 1842. Acuérdate de mí. ¡No me olvides!

ALBUMINURIA

Esto de ser poeta, de buscar consonantes, de rimar emociones, tiene sus inconvenientes.

Se pone usted a hacer versos, o a gorjear como todo un rui señor lírico, en alejandrinos o endecasílabos, y lo primero que se le ocurre al "respetable" es que usted no sirve sino para hacer versos y que es persona inútil para menesteres más prácticos y menos literarios. Cuando ya está dicho por quien sabe decir las cosas, que un poeta es un hombre que puede hacer todo lo que hacen los otros y además... versos.

Los poetas del día, con algunas excepciones, no deben confundirse con los melencólicos bohemios de otros tiempos, de los cuales quedan por ahí algunos ejemplares a la rústica, un poco desencuadrados. Aquellos soñadores románticos ya han pasado a la

historia. Los que no son ricos como Valencia o empresarios como Arciniegas, son empleados públicos o particulares o jornaleros de pluma en diarios y revistas.

Desde el punto de vista de la contabilidad mercantil y de la factura consular y del manifiesto de aduana, el poeta es un ser improductivo en la economía social. No produce sino versos, algo inmaterial, intangible, mientras los otros producen lo material, lo que puede tocarse. Más aún: lo que puede venderse, lo que está sometido a tarifa o a liquidación. Todo tiene su cifra en la tabla de los valores comerciales. Un zapatero remendón o un sastre **volteriano** es decir, que voltea ropa, cobran por el más mínimo esfuerzo de su martillo o de su aguja. La producción del poeta no tiene precio, sin que esto quiera decir que no vale nada. Hay diferencia entre "no tener precio" y "no valer nada". Y está bien que así suceda. Que no tenga precio comercial la producción de los poetas. Esta se traduce en flores. Y las flores no deben venderse, por más que aquí y en todas partes se hagan fortunas enormes con la venta de flores.

Hemos hablado de ciertos inconvenientes que trae consigo el oficio de rimar sentimientos, que no otra cosa es esto, si es que puede llamarse oficio, sin que se sulfuren los que cargan bultos por calles y camellones.

Uno de esos inconvenientes es el de los álbumes de autógrafos. Este sí que es un capítulo aparte que merece un capítulo... metropolitano. Le caen a uno cinco o diez álbumes por semana, con exigencia condicional de escribir autógrafos sobre medidas, especiales, para determinadas "palomas torcuaces", sí que también bellezas nacionales, departamentales o municipales, cortejadas por individuos que a todo han aprendido menos a eso de hacer versos, que es, como se dice, una **mogollera**.

El enamorado que empieza a pasarle a una chica, necesita, naturalmente, de sentimentalismos y lirismos y frases bonitas. Va a un almacén, compra un álbum, y ahí tiene usted un acreedor de autógrafos que es mil veces peor que un acreedor de dinero contante y sonante.

—Vengo, dice el galán al rimador, a que me haga el favor de honrarme este álbum con una poesía suya. En último caso, aunque sea con su autógrafo, con su sola firma. Es para una señorita que me **ha** recomendado le recoja autógrafos.

—Con mucho gusto, dice el bardo. Déjeme, pues, el álbum.

—¿Y cuándo podré volver por el original?

—Venga el lunes por la tarde.

El lunes concurre el "exigente". Y el autógrafo todavía no ha salido del horno, es decir, del magín del señor poeta, que ha tenido otras cosas **peores** que hacer. Y aquí viene el código civil: obligaciones y derechos entre el acreedor y el deudor. El poeta empieza a ser deudor, cuando debiera ser acreedor a una buena remuneración por su **trabajo**. El otro, el fiador del álbum, queda constituido en acreedor permanente, en acreedor de cabecera. Se encuentra usted, señor trovador, con su acreedor en la calle Real, y de acera a acera le dispara la siguiente pregunta:

—¿Qué hubo? Me he quedado esperándolo.

La gente mira al "agredido" con cara maliciosa, porque piensa que se trata de un cobro de dinero. Y el poeta, para salir ileso del lance, tiene que contestar duro y subrayado: en estos días le despacho su álbum. Es que no le ha llegado el turno. Hay nueve por delante.

Y así queda medio atenuada en el poeta la condición de deudor a quien el acreedor le ha cobrado a gritos en la calle.

Otro detalle: hay algunos acreedores que quieren versos especiales, hechos sobre medidas para sus "caras mitades". Le ponen a uno ultimátum de tiempo, de calidad y de cantidad. Y hasta llegan a especificar: quiero soneto, quiero endecasílabos, quiero el estilo de Manuel Acuña o algo como de Candelario Obeso.

A Eduardo Ortega —aquel dulce cantor, todo ritmo y sentimiento, que escribía con sangre del corazón,— le cayó un día en Barranquilla un acreedor de álbum, un "exigente" de autógrafo.

—Vengo, dijo el pájaro, a ver si usted puede hacerme una "composición" a una muchacha que me está gustando.

—Habrà que verla, dijo Eduardo con cierta socarrona trascendencia. Hay que tomarle las medidas.

—La muchacha vive en la calle del Calvario.

—Bueno, yo iré a verla y en seguida le avisaré lo que resuelva. Eduardo fue y vio a la muchacha y resultó que era tuerta. Le faltaba una ventana. Estaba desperfectonada. Al otro día volvió el acreedor y preguntó con interés:

—¿Qué resolvió de mi recomendación?

—Que no me comprometo.

—¿Y por qué?

—Porque esa muchacha **no tiene composición**.

Los que hacen versos están perfectamente lucidos con esta epidemia alarmante de los álbumes regados por todo el perímetro de la capital. Dentro de poco no habrá terapéutica ninguna que nos libre de esta **albuminuria** literaria que nos ha inundado como una ola diluviana.

Para **escampar** un poco, acreedores albuminúricos, cada poeta tendrá que grabar en la puerta de su **despacho** la tarifa correspondiente, combinada da antemano con sus colegas. Algo por este estilo:

Sonetos cortos	\$ 1.00
Con estrambote	1.50
Acrósticos	5.00
Madrigales	6.00
Copias sueltas	2.00

Los autógrafos sobre medidas tienen un recargo del 10 por 100. Obra que no satisfaga devuélvase. No se reciben álbumes ni se admiten cobros en la calle Se garantiza respeto y seriedad al tomar las medidas".

Quizá de esta manera podrán los pobres risueño-res líricos quitarse de encima la negra nube de acreedores literarios que por doquiera los asedian.

Hay que inventar de cualquier manera, y a cualquier costo, un específico contra la **albuminuria** reinante.

DIEZ Y NUEVE RETOÑOS

Cromos reproduce hoy una fotografía enviada de las montañas antioqueñas. El original tiene al respaldo una interesante leyenda firmada por un distinguido médico antioqueño, el doctor Jaime Mejía, que ejerce su profesión en Salamina.

La leyenda dice así, textualmente:

"Envío para Cromos esta curiosa fotografía. Es una familia antioqueña, o diré mejor, de Caldas, del distrito de Pacora. El matrimonio ha tenido diez y nueve (19) hijos, todos vivos, y son los que figuran en él cuadro. El padre se llama Emiliano Botero, de Son-són, y

la madre es la señora Rosario Gómez, de la Ceja. La señora tiene cuarenta y tres (43) años de edad y el señor Botero cincuenta y cuatro (54). La fotografía fue tomada en la casa de campo del señor Botero, en Pacora, en el punto llamado San Lorenzo".

Esto es lo que reza la escritura que el doctor Mejía ha puesto al reverso de tan interesante medallón.

La fotografía que nos da a conocer esta "sagrada familia" en toda su extensión, es, por sí sola, una exégesis completa, una explicación clara y terminante de aquello que llamamos la preponderancia de la raza antioqueña. Después de admirar este cuadro cuyo conjunto podría haber sido blasón y donaire de una página bíblica, se explica uno el por qué del ímpetu avasallador, del desbordamiento innumerable del "antioqueñismo", de eso que en otros lugares, en donde la procreación no alcanza cifras tan respetables, hemos dado en bautizar con el nombre de "invasión antioqueña". Esta familia y aquella otra de Envigado que contó treinta y tres hijos, nos dicen en lenguaje claro, con hechos "de bulto", por qué es que hay tanto antioqueño, tanto paisa diseminado por el haz de la tierra. Antioqueños hay por todas partes. La montaña es incapaz para contener en su seno a sus propios hijos. La raza se desborda, se disemina y va, como una tribu bíblica, a poblar latitudes extrañas que ella va conquistando y haciendo propias a fuerza de labor, de faena indeclinable y tesonera. En Nueva York hay verdadera colonia antioqueña y allí, en el bullicio y el trajín de la urbe gigantesca, encuentra uno, de golpe, un antioqueño que explota, por ejemplo, la industria del café molido, colombiano. En París hay un peluquero antioqueño que tiene "la mejor peluquería de la cuadra". Y un cronista español nos cuenta que cuando en un teatro de Moscou mataron al Ministro Stolypine con tres disparos de pistola, una voz castellana subrayó la tragedia con estas dos conocidas palabras: ¡Ahí es!

El cronista buscó a quien así hablaba en plena Rusia y encontró con que era un suramericano de Antioquia (Colombia). Allí había un antioqueño, allí había un representante de la montaña. Y en ese momento fue tipo de expansión, un agente del rico idioma castellano, que en un momento psicológico habló como hablan en su solar nativo: ¡Ahí es! Así decimos aquí cuando vemos que alguno da en el blanco o asegura el golpe.

¡Diez y nueve hijos! Pasa, lector, los ojos por el cuadro y contarás diez y ocho, de izquierda a derecha. Por el momento te quedas preguntando por el otro, por el diez y nueve. Y tendrás que detallar algo para distinguirlo. Míralo allí, en el centro del cuadro, sobre el suelo, entre dos matas, acostadito y en actitud de morderse el pie izquierdo. Ese es el último de la gloriosa estirpe, si es que a sus papas no les da el cielo otro retoño para completar los veinte. Fíjate bien, lector o lectora, en el chiquitín, y verás que sientes un gran deseo de alzarlo y acariciarlo y besarlo hasta hacerlo llorar. Porque ese "chino", aunque es

el "último", viene a ser el primero. El primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el corazón de sus conciudadanos. Los últimos serán los primeros y, hoy por hoy, esa criatura es un símbolo, una culminación, la coronación de un esfuerzo, el remate de una obra que merece respeto y admiración y que se sintetiza en estas palabras: "Formar un hogar con diez y nueve hijos".

En Alemania, en donde todo se edifica sobre el problema de la procreación, los padres de estos diez y nueve hijos habrían merecido condecoración del Emperador. En Francia, en donde canta otro gallo en estos asuntos, las gentes, al mirar este cuadro, pondrían la boca en forma de O.

Diez y nueve hijos. Once varones y ocho mujeres. Todos robustos y bien parecidos. Descalzos los pequeños (¡menudo problema el de calzarlos a todos!) Pero así, descalzos, resultan más sencillos, más patriarcales, más humildes. Y los ama uno más porque los ve más campesinos y menos tocados de las complicaciones y exigencias de la ciudad.

Las tribus bíblicas no fueron tan numerosas. Jacob sólo tuvo once descendientes. Y eso que el Señor lo llamó y le dijo: "Tus descendientes se multiplicarán como las arenas del mar y las estrellas de los cielos". Yo me he provocado de ir a Pacora, a pasarme unas horas al lado de esta familia que hace honor a la raza y a la nacionalidad. Sería una agradable emoción esta de sentirse siquiera un momento bajo el alero de ese hogar que cuenta diez y nueve "bendiciones" del Señor. ¡Qué bullicio! ¡Qué alegría! ¡Qué cantidad de deber cumplido! En los ojos de las muchachas adolescentes vería el paisaje de las líricas montañas antioqueñas; con los pequeños partiría en amable grupo fraternal, y al chiquitín le llevaría un juguete —cornetín, pelota de caucho, o automóvil— para que fuese y viniese feliz por los corredores de la casa paterna. Y don Emiliano y doña Rosario me invitarían, naturalmente, a su mesa abundante y nutrida y yo tomaría sobre aquel mantel limpio mi mazamorra, mi arepa y mi pedazo de panela, base de la preponderancia fisiológica y de la salud y el vigor de los hijos de Antioquia.

¡La montaña! Hé aquí el secreto, hé aquí la fuente generatriz de los impulsos de la raza. El aire puro, el oxígeno vivificante, los árboles de verdura incomparable —liras armoniosas de los vientos libérrimos;— los ríos de aguas puras y sonoras; el maíz en todas sus derivaciones alimenticias, y como complemento de todo aquello, una etnografía propia, pensamiento propio, unidad de acción y, como total, esto: una

entidad autóctona dentro del conjunto de las que componen la unidad nacional.

Aire puro, maíz, panela, frijoles y... buenas costumbres. Sobre todo, esto de las buenas costumbres. El individuo de la montaña es sano y no tiene los desgastes y averías del hombre de la ciudad. La naturaleza es la única terapéutica posible, fuente de salud y de alegría, irrestañable y eterna. Hé aquí la fórmula: aire puro, maíz y... buenas costumbres.

Aquí tenemos el ejemplo. Aquí está el cuadro. Allí está don Emiliano Botero, padre de diez y nueve hijos y mañana abuelo de doscientos nietos. Allí está, al lado de su marido, doña Rosario, cuyas entrañas han sido santificadas diez y nueve veces con el dolor fecundo de la maternidad.

¡Dios te salve, reina y madre!

DELICIAS AL PIE DEL ALTAR

Tenemos crónica de la buena, señores. Un plato de resistencia. Dejemos a un lado la conflagración, que eso ya nos sabe a cacho y

pasemos a un capítulo de política interna. Altérese el orden del día y considérese lo siguiente: Cupido anda suelto y está haciendo filigranas por todas partes. La Pascua florida trajo una interesante cosecha de amor. El séptimo sacramento está a la orden del día. La estadística de los matrimonios está arrojando cifras consoladoras. En medio de la guerra, en medio de la situación, en medio de la crisis, hay un hecho fundamental: los hombres se casan. Y las mujeres también. La naturaleza humana reclama sus derechos a toda hora. Lo eterno femenino es el más dulce imperativo categórico en este valle de lágrimas. La semana pasada tuvimos un día absolutamente nupcial. Por las calles veíamos carruajes aderezados nupcialmente. Aurigas de chistera y de librea colaborando en la obra del día. Invitados. Padrinos. Curiosos. Tuvimos en una mañana cuatro matrimonios en las más centrales iglesias de la Metrópoli. Lo que prueba que, por encima de la guerra y de los impuestos de consumo y de 'a situación "que atravesamos", Don Amor tiene abiertas sus matrículas a todas horas del día y de la noche.

Con Don Amor no hay chanzas. Con sus flechas no hay quien juegue. Se mete en todas las casas y en todos los corazones. Y cuando le da por evolucionar de msdo novelesco, hace mil dibujos y muchas cosas dignas de tomarse en cuenta corriente.

Ahora mismo —son las dos de la mañana— entre la niebla que cubre la ciudad viene una bruja bien informada y me sopla una crónica que sabe a miel con queso.

Sabrás —dice— que en esta semana ha habido cinco matrimonios furtivos. Había oposición en las casas de los contrayentes y ellos resolvieron tomar camino de la iglesia vecina.

Aquí tenemos, pues, un acontecimiento que nos da lugar a una que otra meditación. (Aquí, cada cual pide lo que desea alcanzar).

El Matrimonio es como la guerra europea: de una exégesis sumamente difícil. Su complejidad es abrumadora. Azul como una cordillera. Profunda como un desfiladero. Sospechosa como un pozo de agua turbia cuyo fondo no conocemos... Pero al fin de todo os un país de encantamiento y de leyenda que seduce a los hombres (y a las mujeres) con luminosas perspectivas llenas de sol y de caminos florecidos. Sobre esto del matrimonio se han escrito y se escribirán millares de libros. Se ha debatido el pro y el contra. Se han dicho muchas cosas buenas y malas. Pero el arquero divino sigue y sigue disparando sus venablos, a pesar de todo, a pesar de las palabras, que han dicho los filósofos y los psicólogos que han confrontado el problema. No hay conceptos absolutos qué aplicar a tan delicada materia. Los conceptos cambian de un individuo a otro. Le preguntáis a un recién casado qué tal es el matrimonio, y os da una respuesta favorable. Ese hombre está tomando la miel de la luna. Le preguntáis a un casado de varios años

su opinión sobre el asunto y os dice: "Yo he sido feliz: mi mujer es un ángel, pero... no se case".

Es una eterna contradicción este ir y venir de opiniones sobre el séptimo de los sacramentos. Es el estado perfecto, es una orientación en la vida, es un remanso en la corriente de los años.

Anatole France dice que el matrimonio hay que pensarlo cuarenta años y después... no casarse. A Solón, el legislador de Atenas, le preguntaban, cuando joven, sus amigos: ¿por qué no te casas? Y el sabio contestaba: aún no es tiempo. Cuando Solón dobló la esquina de los cuarenta, le volvieron a hacer la misma pregunta y entonces respondió: "ya no es tiempo". "Que me case o no me case me habré de arrepentir", decía Sócrates, que sabía letra menuda y era doctor en mundología.

Y Emerson, otra autoridad en la materia, comparaba el matrimonio a una plaza sitiada, en donde los de adentro quieren salir y los de afuera quieren entrar.

Con todo, la humanidad sigue su curso. Los hombres se siguen casando. Y lo mejor de todo, con las mujeres. Y la prole de Adán regenerada salva sus derechos y sus propias prerrogativas.

Tenemos, por lo pronto, cinco matrimonios que se han verificado sin el consentimiento de los papas de los contrayentes. Las niñas se vieron contrariadas en su voluntad íntima y... echaron por la calle que lleva a la iglesia. Mala política ésta de violentar a las mujeres en cuestiones de amor. Con ellas, cuando están enamoradas, hay que hacer lo que con los locos: seguirles la corriente. La oposición las enardece, les desequilibra el sistema nervioso, les da alas para volar muy alto y muy fijos.

A la mujer le encanta lo subrepticio, lo que está lleno de zozobras y de riesgos. La psicología del peligro la domina. Alejarle la fruta que ella quiere coger es luchar contra la corriente amazónica. De ahí que muchas casadas gusten de ciertas "beligerancias" trascendentales. Más que sangriligeras, son cazadoras de emociones en las encrucijadas del amor de contrabando. La emoción de lo furtivo y de lo peligroso, es una emoción maravillosa. Aunque, viéndolo bien, lo del peligro no existe. En todas partes del globo hay maridos resueltos a ignorar eternamente las "maniobras" de los rusos en los desfiladeros de los Cárpatos.

Se casa una muchacha sin la venia paterna, se sale de la casa a la hora del alba, se mete en un coche y se va a que la conflagren. ¿Eso está mal hecho? Es "tamal" hecho, claro. Pero no está mal hecho. Depende también de los fundamentos de la oposición. Si es razonada, hace mal la muchacha. Si es sistemática, hace bien. La mujer nació para eso: para casarse. Fuera de ese estado está desorbitada. La mujer necesita marido.

Para ella, lo esencial, lo fundamental, lo definitivo, es poder decir estas dos palabras dulcísimas: "mi marido". El marido es el objetivo. El novio es lo de menos. Que haya un editor responsable. Lo demás es

literatura. Tortas y pan pintado. No hay más obscuro y tortuoso que el porvenir de la mujer soltera. Y más si la mujer es pobre. Ella necesita un bordón, un apoyo para la dura jornada, una sombra a la vera del largo camino, un compañero, un padre para sus hijos, un marido... De ahí que cuando se le ponen trabas a los itinerarios de su espíritu, combinado con su contraparte, ella haga lo que hace el torrente: saltar sobre las vallas. En los concursos hípicas, la carrera de obstáculos es siempre la más interesante.

Se ha iniciado la era de los matrimonios furtivos, a las cinco de la mañana. Eso debe ser muy sabroso. Habrá ya muchos tentados a seguir el ejemplo.

Casarse por encima de todo es una doble acción distinguida de valor, es la coronación heroica de un hermoso y florido ideal.

Señoritas beligerantes: no os dejéis poner obstáculos en vuestros honrados propósitos. Si os los ponen, casaos. Y después... que lleguen los rusos a Berlín.

Delicioso el matrimonio sin estampilla. Lleno de emociones. De satisfacción por el triunfo alcanzado. Algo que no es ese eterno cliché de todos los días, invitaciones, música y curiosos en el atrio de la iglesia.

SU MAJESTAD

En las vitrinas del almacén de Hollman, calle de Florián, se exhibe un retrato del Kaiser.

Es, un retrato en colores, obra de mano genial, producto quizá de algún taller de artes gráficas de Berlín o de Leipzig. Al pie a'e la efigie, en confuso zigzag, enreda su caligrafía el autógrafo de Su Majestad imperial. Así rubrica el rayo en los espacios las nubes de la tempestad que se desata...

Los transeúntes se detienen a observar la figura marcial del emperador de los germanos, de ese hombre impetuoso y audaz que hoy tiene puesta la punta de su espada sobre la garganta de Europa. Y a la verdad, que el cuadro merece la pena. Sobre el fondo se yergue, imperativa y desafiante, la figura militar que con más recios perfiles se destaca en este minuto trágico de la historia del mundo: la figura de Guillermo II, coronada por un casco de férrea armadura, símbolo de un poderío que amenaza restaurar en la tierra el imperio romano de César y de Augusto.

Bajo el ala del casco los ojos con una mirada bravia, retadora mirada de águila que domina el panorama terrestre desde una altura inmensurable, parece que desorbitan la carta geográfica de Europa. Hay en esos ojos un no sé qué de imponente bélica. Son algo así como un ultimátum al mundo con plazo de veinticuatro horas. Así es de audaz y dominante la mirada...

Sobre la espalda le cae la capa gris y amplia, afelpada de pieles en el cuello.

Los mostachos rubios y erectos, de puntas agudas, dijérase que quieren ennegrecerse en el humo de una pólvora trágica. ¡Qué capa aquélla, amigos míos, qué casco aquél y qué intenciones y qué brazos los que se mueven de cajo de ese casco y de esa capa! Las gentes que contemplan el cuadro ponen al margen interesantes comentarios. "Este es el de la guerra". "Este es el que nos ha hecho subir todo". "Qué hombre tan buen mozo".

Y el Kaiser sigue en su vitrina, tranquilo, desafiante, moviendo seis millones de soldados y con ganas de entrarse a Bruselas, para seguir después hacia el Arco del Triunfo, a tomarse un "bock" en los restaurantes de los bulevares... Y está en una actitud -can "viva", tan "terminante", que ejerce sobre quien lo mira una peligrosa sugestión de oangermanismo, una alucinación de resonancia y de grandeza, de hierros rechinantes de infantería y caballería...

Se siente uno, al ver ese casco imperial, con ímpetus bélicos, con deseo de "cascarlo" a todo el mundo, con ganas de tenderle la ruana al primero que pase.

Yo, sin ser pangermanista, sino un "entista" mayor de la marca, me he quedado mirando largo rato la efigie del Kaiser, la figura central de la

conflagración. Y he sentido que los nervios se me ponen como la felpa de un cubilete frotado a contarpelo. Una extraña sensación, mezcla de respeto y de miedo. Respeto a lo grande. A lo feudal. A lo que impera en la tierra por derecho divino.

Y miedo de que se vaya a enojar y me diga: Usted es entista, Tic-Tac; siga su camino y no me mire así porque... lo reviento!"

COSAS DEL CABLE

Dice un cable que en Berlín —el pueblo en violento enjambre— se amotinó con el fin de protestar contra el hambre que lo tiene en un tilín. Y que por esta parada tan peligrosa y tan fuerte, el Kaiser, con mano airada le recetó a la mesnada los Húsares de la Muerte.

Doscientos amotinados quedaron sobre la tierra perfectamente abaleados por los valientes soldados del Arbitro de la guerra. La guerra con dura insania pone cansancio y fatiga en el fondo de Alemania por más que otra cosa diga el periódico **Germania**. Los guerreros alemanes no pueden ya, francamente, desarrollar tantos planes y pelear con tanta gente desde Francia a los Balcanes. Por eso el pueblo alemán dentro del propio Berlín pide queso y pide pan... porque las cosas no van acercándose a buen fin. Y el Emperador Guillermo con esta conflagración diz que ya se siente enfermo de ver que se torna en yermo la tierra de su Nación. Ya no da frutos la tierra ni amarillece la espiga, ni el buey por los campos yerra... con esta maldita guerra todo es miseria y fatiga. Por eso el Emperador que ha victimado a los serbios ya sabe lo que es dolor y ya siente el torcedor que le taladra los nervios.

No me explico este revés que sucede allende el Rin; porque el pueblo berlinés, en lugar de pan francés, ha pedido pan... Berlín.

Qué tal, señores, que tal si alguno llega y acusa en la propia capital a alguno que por su mal pidiera ensalada **rusa!** O a algún pobre parroquiano de a quince marcos el mes, que por designio inhumano pidiera un pan **italiano** y en seguida. . . un ponche **inglés!**

Solicita el pueblo pan, pero le dan es pan pum! ay, pobre pueblo alemán si acaso le dan, le dan pero con panes Dun Dun! Cuando el pueblo pide pan y en vez de pan le dan bala, es que el carro no resbala, es que las cosas no van, es que la cosa está mala. Y dándole vuelta al torno veremos mañana mismo que el Kaiser sufre un bochorno, pues en la puerta del horno se quema el **Pan...** germanismo!

A PRIMERA SANGRE

La Prensa de ayer tarde da cuenta de un duelo ocurrido aquí, en la parte alta de la sociedad.

¿Murió alguna dama de recamado viso, emparentada con lo mejor de lo mejor, crema de la crema, de aristocráticas progenies y de pergaminos con **escudo**? ¿Pasó a mejor vida algún gran señor, millonario y filántropo, cuya muerte asume las proporciones de una desventura social? ¿Dejó de existir y descansó en la paz del Señor alguna dulce niña de diez y ocho abriles, cuyos años trascendían a rosas y a violetas? No, señores, ninguna de estas cosas, bendito sea Dios.

Entonces, ¿cuál ha sido el duelo? Un duelo a pistola, ocurrido entre dos caballeros. Un acontecimiento trágico, de esos que condena nuestra Santa Madre la Iglesia Católica.

Ya hemos dicho que este mundo anda **de** tumbo en tumbo y de tumba en tumba, de desgracia en desgracia, a punta de duelos. Por algo se dice: humanidad **doliente**.

Y si no, veámoslo: en Europa y en los distintos sectores de la guerra, tenemos cada cinco minutos furiosos duelos de artillería. El cable afirma cosas **terribles**. A treinta leguas de Verdún se oye el cañoneo como el rugido de una tempestad. ¡Pobres europeos! Desde acá los acompañamos en su duelo... de artillería.

Tenemos El **Duelo**, de Lavedan, el gran dramaturgo francés. Un duelo a muerte entre la carne y el **espíritu**, y del cual sale triunfante el espíritu.

Tenemos el duelo del gran Pérez. "Poco después tuve un gran duelo", dice el buen Pérez.

—¿Un lance de honor? le preguntan.

Y Pérez subraya:

—"No, señores; un duelo por la muerte de una tía".

Un amigo mío acaba de tener un duelo. Se le murió un tío rico y le ha dejado tres fincas raíces en la ciudad. El amigo se ha puesto de luto y está muy abatido. Con todo, yo, al visitarlo, me he equivocado voluntariamente, y le he dicho:

—"Te felicito en tu duelo".

Y tenemos, para no alargarnos, el duelo de antenoche, del cual se ocupa la Prensa vespertina de ayer. Fueron actores dos caballeros de sangre azul y de sangre... fría. (Al campo, don Nuño, voy, donde probaros espero, que si vos sois .caballero, caballero también soy).

Las tres de la madrugada. Aullaban los perros por las faldas del Monserrate. Silencio en la ciudad. Nieblas por doquiera. Tranquilidad en todos los barrios. Bogotá, en altas horas, es un convento sobre el cual se cierne la paz de los sepulcros.

De repente, un tiro. Una detonación. Un suicidio. Un duelo. Un homicidio. Ladrones. Apaches en el barrio. Un drama entre mando y

mujer. El marido ha matado a la mujer. La mar de fantasías. Y los nervios de los vecinos en alta tensión: como alambre de púas.

Se acerca un policía al lugar de la tragedia. Investiga. Interviene. ¿Qué ha sido? Nada. Estábamos limpiando estas pistolas. En seguida, nueva escena. En la calle. Frente a frente. Va a seguir el bombardeo. Se van a matar otra vez. La muerte. El suicidio. El asesinato. Un folletín de sangre. La batalla de Verdún. ¡Un médico! ¡Un cura!

Pero nada. No os asustéis. La cosa no pasó a mayores. El señor agente intervino. Y desarmó a los beligerantes. Y la paz se firmó de manera equitativa para ambas potencias. Y se garantizó la libertad de Bélgica, y se pactó que cesara el cautiverio de Serbia por parte de los austroalemanes.

No hubo —¡bendito Dios!— desgracias personales qué lamentar. Nosotros somos personas absolutamente pacíficas. En esto de batirnos no tomamos ni **batido de huevo**. C"ando mucho, le batimos palmas a algún cómico o a algún poeta melenudo que recita una decadencia sinfónica.

Y siendo así las cosas, los duelos resultan hasta divertidos.

Mañana, por ejemplo, habrá un duelo entre dos **clúbmanes**. Llegó la hora. Pasó el minuto trágico. ¿Qué hubo? Un muerto y un herido. Un muerto... de susto. Y un herido... en el amor propio.

LO QUE NOS PASO CON UNAS PISCAS (DE UN VIAJE A BOYACA)

Vamos a contar en seguida, en tono prudente, lo que nos pasó con unas piscas. Suplicamos a las lectoras que si encuentran algo inconveniente en nuestra relación, lo den por no escrito, por no leído, y se sirvan perdonarnos nuestro abuso de confianza.

Boyacá es una de las regiones del país en donde más abunda el género humano. La población es allí más densa que en cualquiera otra parte. Y de ahí que en Boyacá sea muy crecido el número de piscas, de las cuales muchas, las más hermosas, vienen a dar a Bogotá.

Salíamos de Duitama y por acá, en una fonda vecinal, tuvimos que parar. Un pequeño daño en la máquina y veinte minutos de espera mientras se subsana el desperfecto.

Nos acercamos a la fonda y penetramos al patio. Luego pasamos al corral y allí, bajo unos sauces, encontramos unas piscas que estaban en colloquio dominical con un pisco. Ellas eran tres, es decir, estaban haciendo tercio. Y como el pisco tenía cara de ser buen cuarto, tenemos que eran las tres y cuarto o que faltaban dos cuartos para las dos; para las otras dos... se entiende.

—Mi señora, pregunto, ¿cuánto vale esta pisca?

—No las vendo, señor.

—Pida usted por ella. Está muy hermosa. Es para llevármela a Bogotá.

—¿Pero usted en automóvil con una pisca? ¡Caramba! ¡Qué dirán!

—Me río del qué dirán y me río del Amazonas.

—Es que me hace falta. No tengo sino tres.

—Pero usted compra otra después.

—Vale tres pesos.

—Dos cincuenta le doy.

—Bueno. Es suya.

—Cójala, pues, y amárrela.

Gur, gur, gur, hacen las piscas en el corral, y el pisco, alarmado, se esponja como un kaiser y lanza una carcajada.

La pisca está **presa**. La han cogido. Está en la Central. Y mañana estará más **presa** todavía. Nos la comeremos. Mandaremos hacer con ella el fiambre para el retorno. Pelaremos la pava. Y cada uno tomará una presa de la **presa**. Carne blanca, tierna. Carne de pisca triste. Carnes... . tolendas. ¡Oh, el placer de la carne!

— Tome usted, mi señora, sus dos con cincuenta y venga acá la pisca. Venga acá sumercé, que mañana o esta misma noche le torceremos el pescuezo y nos dará usted ocasión a **jalar pluma**. Usted es pisca de muy **buena pluma**. En este momento la va a retratar el señor Castro Montejo, para que nos deje un recuerdo. Mañana,

mañana... será usted alma de la otra vida. Desde este momento queda usted en el **brete**.

El auto sigue rodando. En una curva de la carretera asoma el General Suárez Castillo, gran elector de la comarca y jefe de las mayorías boyacenses. Monta un caballo directorista y carga zamarros de león disidente.

Adiós, General.

—Adiós, responde el Senador, y se pierde luego en una de las veredas cercanas a su hacienda de **Britalia**.

Por la noche, en Paipa, dimos orden de sacrificar a la pisca. Le seguimos consejo de guerra verbal y fue sentenciada a la última pena, a la pena de ser devorada al otro día en el puente de Boyacá, a la hora del almuerzo. La sentencia se cumplió y la pisca desapareció del mundo de los vivos, dejando un **vacío inlle-nable** en el corazón de sus conciudadiscos.

Esta es la triste historia carnal de una pisca enamorada, de **buena pluma** y de vida honesta, que fue devorada por cuatro caníbales piscófobos, pertenecientes a todos los partidos de Colombia y que fueron, a saber: doctor Manuel Casabianca, disidente moderado; doctor Castro Montejo, radical de origen republicano, y el **infrascrito**, directorista furibundo.

Cayó la pisca en nuestras manos; fue sentenciada, desplumada y pasada por agua... hirviendo. Luego fue preparada en presas y **ensalsada**. Ensalsada en justicia. Era una pisca primorosa. Tenía unas alas enormes, tiernas. Cada ala era, más bien, un alón. **Alóns anfans de la Patrí!**

A mí me tocó una de las mejores presas: un muslo. Le apliqué ambas hileras dentales y, a pesar de mi vegetarianismo, lo pasé al otro lado. Y en honor de la verdad, declaro que me iba haciendo daño. Dormí la siesta y tuve pesadilla, pero afortunadamente un pitazo del auto me despertó.

La pisca me iba haciendo tiro. Se me iba indigestando.

EN SOL MENOR

Llegó el eclipse. Pasó el eclipse. Y no hubo desgracias personales qué lamentar. La luna le puso a su cónyuge el sol el gran obstáculo, quiero decir, el gran pereque. Se le metió por el disco y lo eclipsó totalmente, le arrebató por varios minutos su hegemonía resplandeciente. Lo cual no es raro. Porque ya se sabe que por donde pasa una mujer el hombre se eclipsa. Parcialmente. O imparcialmente. Pero el hecho es que se eclipsa. Y el sol es hombre. Por eso es fijo y constante y sale todos los días a dar calor ai mundo. Fecunda a la tierra y a todo le infunde luz y vida. El sol es todo. Es el gran señor de las esferas. Ya está dicho que es el astro rey.

La luna es mujer. Por eso es voluble. Sólo se asoma por épocas a esas ventanas estrelladas del firmamento. De cuando en cuando la vemos por allá en esas alturas, como una pastora que apacienta rebaños de nubes y de estrellas en las lejanas praderas celestiales. Pero después se oculta, se va y nos entrega al desprecio de sus conciudadanos. Y nos quedamos en tinieblas, sin luz apacible, hasta el amanecer, en que el sol enciende en los espacios sus lámparas innúmeras.

El sol se achiquitó ante la luna. Eso lo vimos todos. Con vidrio y sin vidrio. Se portó como un menguado. El se dijo: pues ahora que esta astra de primera magnitud se presenta por estos barrios, yo me agacho, me dejo echar al monte. Le voy a afrijolar el gran abrazp de bienvenida, y algo más: un beso. Pero un beso que sea mal visto y mal comentado. Un beso... la mano, por ejemplo. Y así nos pondremos en luna... de miel.

Y así fue el caso. Todos —menos los ciegos— vimos el gran acontecimiento. El sol fue menguando, menguando, hasta que le salieron cuernos como los de la luna, y entonces —en una crisis lunática— se ocultó, y sólo se vio un nimbo de oro indeciso en el sitio que el sol dejó vacante. Tuvimos un rato en **sol** menor, en que hizo frío y se vino encima de la tierra la oscuridad de la noche.

Allá abajo —pensaría el sol en el momento supremo— allá abajo también están de todas cuatro con esto de los eclipses. Desde aquí estoy mirando el eclipse de la civilización europea, que ha sido eclipse total. El eclipse del derecho. El eclipse del cristianismo. Bien que esto de eclipsarse no es particular sino oor la hora. Yo me eclipso todas las tardes, me retiro a mis habitaciones a descansar, a refrescarme, a tomar un refrigerio, a ponerme pantuflas, y nadie dice nada. Es que ya

esa es la costumbre. Pero si me eclipso a otra hora, entonces las gentes empiezan a romper vidrios para verme, y yo soy el que paga los vidrios rotos. En lo sucesivo seguiré ocultándome como siempre: en cuanto las campanas, mis compañeras de crepúsculo, se pongan a rezar el Ave María.

Pasó el eclipse y no hubo nada de particular. Esto es cuestión de turnos. Aquí, el que se mete a sol, se eclipsa, pero resurge al otro día. Ejemplo: el General Lujan. Se eclipsó catorce años. Luego surgió en las alturas del Gobierno. Después le vino una crisis y se volvió a eclipsar.

Aquí se eclipsan todos los soles. El sol de los venados. El sol que más calienta, a cuyos rayos sabe vivir más de un pajarraco. El sol sostenido mayor de los señores músicos. El sol de la victoria, que está haciendo crisis para los germanófilos. Y este sol de todos los días, que sale por Monserrate y se oculta por Sibaté, este mismo sol a quien le nacieron cuernos el día en que la luna se le metió por el disco. Todo se eclipsa. Llega y pasa.

Y esa es la ventaja: que la actualidad no le dura un día a ningún acontecimiento.

Y el sol volvió a recobrar el dominio de sus estribos, que había perdido un momento, y siguió su jornada, sin detenerse en las posadas, sin pedir agua en ninguna parte.

Y al cabo, como siempre, quedó todo lo mismo: la flor, la brisa, el ave, la tierra, el cielo, el mar.

Y nos hemos quedado viendo el gran eclipse del siglo: el del Tratado Urrutia-Thompson.

Este sí que va a ser un eclipse total.

Total: veinticinco millones.

UNA PELÍCULA

El cinematógrafo, ya está dicho, es la síntesis de lo convencional y de lo que está sometido a los artificios de los combinadores de escenas y de acontecimientos. Pero con todo y ser una invención que gira dentro de lo hiperbólico y lo inverosímil, es escuela de costumbres y espectáculo de esparcimiento que lo distrae a uno del correr de las horas nocturnas, tan monótonas y tan vacías. El cine no tiene en sus concepciones orientación filosófica ninguna ni moral definida. Pertenece a todas las escuelas y a todos los vientos del espíritu. No hace sino reflejar el cine de la vida, que, llevado al lienzo espectacular, nos parece inverosímil y exagerado.

La película **El Fuego**, de la casa **Itala Film**, que hemos visto ensañar en el lienzo del Olympia, es, sin duda, una de las cintas más artísticamente encantadoras que han subido hasta estas alturas de los Andes. En ella intervienen Pina Menichelli, la gran trágica italiana, de luminosa nombradla, y Febo Mari, otro artista de la tierra de D'Annunzio, que ya es una culminación en el teatro vivido y hablado y en el teatro accionado del cinematógrafo.

El Fuego es una cinta que le llena a uno la copa espiritual hasta los bordes y que satisface ampliamente al espectador en todas las fases: tema dramático, acción desarrollada, personajes interventores, tesis y decorado. Se divide en tres etapas, y a fuer de drama sentimental, tiene estos tres nombres: primera etapa **La Chispa**; segunda, **La Llamarada**, y tercera, **La Ceniza**. La de siempre: el eterno molino del amor dando sus vueltas alrededor del alma humana; el proceso psicológico de toda pasión nacida de la carne y del espíritu; el itinerario de todo corazón que viaja hacia las playas de Citeres; la lógica incontrastable de todas las células que en el organismo se inquietan con esas boberías del amor. Nos eximimos de decirle al público el argumento de **El Fuego** porque nos parece mejor que las sensaciones de la cinta caigan sobre tierra "virgen". Solo opinamos que es un "argumento" incontrovertible y una cinta de las más bellas que nuestros ojos han visto en los lienzos de los cinematógrafos.

Muchos han pensado que **El Fuego** es el idilio que en las calles astorias de Venecia vivieron Eleonora Dusse y Gabriel D'Annunzio, y de esta suposición parten para sospechar que la cinta puede ser inconveniente. No hay tal, señores y señoras. **El Fuego** es otra cosa. **El Fuego**, en la cinta, es: la chispa, la llamarada y la ceniza. La chispa de un amor que nace, la llamarada de un amor pleno y la ceniza de un amor que muere...

A veces nos asustamos mucho de las gasas... y ciertas desnudeces fugaces del cinematógrafo nos erizan la epidermis y nos la ponen como una felpa frotada a contrapelo. Las cosas son inmorales según el punto de vista desde el cual se las mira. No hay nada más subjetivo y voluble que el concepto de la moral. Para un espíritu vulgar, de vuelo gallináceo y de nulas entendederas, la gasa de un cine que transparente una u otra línea en el cuerpo de una mujer, será siempre fuente de crudas emociones y de malsanos apetitos. Para el alma levantada y soñadora, que sabe elevarse por sobre la carne a la región de lo inmaterial y de lo intangible, la desnudez de la Venus de Milo será siempre impecable, porque ella destaca sus líneas en las esferas del arte, de la eterna belleza y es un rayo de la eterna armonía cuyo ritmo y vaivén regulan más allá de las costelaciones las manos perfectas del Artífice Supremo. Para el sátiro irreductible y desenfrenado, todas las mujeres van desnudas, aun dentro de sus propias vestiduras, porque ciertos hombres llevan dentro de sí mismos, agazapado, un atrevido que las desviste con los ojos...

Las gasas volátiles de la Menichelli, en las etapas sentimentales de **El Fuego**, son hermanas de cosas que nos son familiares: de los amplios escotes, de las faldas altas y de las medias sutilísimas que en calles y plazas transparentan en las mujeres los lirios y los jazmines de la carne.

EL IMPERIO DE LA CHINA

La oficina de caja de la Junta de Conversión ha sido en estos días un hervidero de parroquianos. Todo el que tiene un billete ha acudido a cambiarlo. Hay un no sé qué de efímero halago en poseer un billete representativo, de estos que han empezado a circular.

La dicha oficina está muy concurrida. Gentes de todas las marcas y procedencias esperan el turno a la puerta. Y adentro funciona el cambio. Y éste sí que es un cambio... favorable. Entre los muchos cambios conocidos, éste es el más importante.

Aquí tenemos, sin ir muy lejos, el cambio de opiniones, tan común entre nuestras juergas políticas. Tenemos el cambio sobre el Exterior, que sube y baja cada rato. El cambio de temperatura: a las dos de la tarde, 18 grados, y a las seis, ya estamos en 8, tiritando de frío. Y luego viene el cambio de... argollas, que es el más complicado de todos. Pero de todos los cambios posibles, ya está dicho, el más agradable es éste de billetes viejos por billetes nuevos, representativos de oro legal. Es un chorro de todas las horas.

Ayer he ido a la oficina de caja a cambiar.... ideas, a falta de billetes. Me he parado frente a la barandilla. He interrogado a un empleado sobre el curso de las operaciones y tal. Y...

De súbito oigo a mi lado un frú-frú de faldas femeninas, y veo que los empleados suspenden la **contadera** y miran. Vuelvo yo también a mirar y me encuentro — ¡bendito sea Dios!— con una muchacha que va a cambiar unos billetes. ¡Pero qué muchachas! una de esas chicas que lo conflagran a uno desde los Vosgos hasta los Cárpatos. Oíd y veréis: unos diez y ocho años, sobre poco más o menos; ojos negros, agigantados, entre alegres y tristes; color... ¡vaya una color más distinguida! y un cuerpo... ¡Dios mío! un cuerpo de infantería en el cual provoca engancharse como voluntario perpetuo. Ya se quisiera Joffre ese cuerpo para ponerlo en las líneas de fuego de Verdún. Y sigue el inventario: saya y mantilla. Lo cual aumento la emoción. Porque a los hombres, dicho sea de paso, nos gusta mucho ver que las mujeres andan con mantilla (no con Pedro León), sino con mantilla de Jersey con blonda **Chantilly**.

La muchacha cambió sus billetes, miró a la madre (¡bendita sea tu madre!), sonrió por cualquier cosa y dejó ver unos dientes... de esos que ponen al cristiano a chuparse los dedos.

Fue un momento sensacional. ¡Qué barbaridad es el estrago que hace una mujer bonita en un campamento masculino! Ya he dicho que

las operaciones de caja se suspendieron. Las miradas todas se dirigían a un solo objetivo: a la muchacha, de quien se supo después que era pobre pero honrada. Los empleados pararon su labor. Don Dimas, que contaba cien pesos, paró en el billete número 87. Picio **pedía cuerda** para amarrar un paquete. Galofre sintió un **engaloframiento** de todo su organismo. El doctor Chaux, filosóficamente, y por encima de las antiparras, le lanzó a la chica una mirada del año 43. Y el cajero Posada, sentía la **existencia** en caja.

Total: un minuto de arte y de emoción. Porque no hay nada más terminante y que más alegre este chan-chiro de vida que la presencia de una mujer bonita, en dondequiera que se pare. Dos cosas hay trascendentales: una mujer como ésta del cuento y... la guerra europea. Y para colmo de admiración, la china tiene garabato. Y en el garabato se llevó engarzado medio lienzo.

Cogió sus billetes y se fue. Y los **damnificados** nos quedamos pensando: ¡pero qué barbaridad de muchacha! Todos con unas caras como si en la oficina hubiera explotado la bomba de un zepelín.

La dulce paloma **torcuaz** voló. Fuese. Y la calma volvió a los espíritus. Y entonces, serenadas ya las aguas, don Dimas, el gran contador, siguió contando sus representativos, y el doctor Chaux siguió también su labor, pensando talvez en la huella luminosa de esa estrella errante, por cuya felicidad y bienestar hace mil votos, para bien de la patria, el desmalazado cronista.

POLVO Y CENIZA

Hoy es Miércoles de Ceniza. Empieza la cuaresma. El tiempo de la meditación, en que se reza más que de costumbre y en que se ayuna también más de lo acostumbrado. Aunque, viéndolo bien, hay gentes para las cuales todo el año es de ayuno. Eterno ayuno, porque no hay dos céntimos con qué servirle un bizcocho al tubo digestivo.

Hoy, muy temprano y a pesar de los hielos, me he echado a la calle. La mañana —ya la vieron,— muy clara. El sol, muy listo, lámpara en ristre. Total: un día de verano digno de vivirse al aire libre.

Las mujeres salen de misa. Cada una lleva en la frente la señal que le puso el cura: la señal de la cruz, la ceniza. A unas les ha quedado bien impresa. A otras les ha quedado un poco torcida. A esotras les quedó borrosa, efímera. En las frentes enjutas de las viejas las arrugas parten la ceniza en dos o tres fragmentos. Sobre esas frentes, hendidas ya por el frío de los años, sienta mejor la señal de la cruz y la fórmula sacramental: "Acuérdate de que polvo eres y de que en polvo te habrás de convertir".

Sobre la frente vivaz de una mujer joven, sonrosada por la juventud, iluminada por la luz de la vida, la ceniza resulta un contrasentido. La ceniza es para el mortal un **recorderis** de que pronto el reloj de cada cual habrá de suspender el acompasado tic-tac de las horas y de los días. La ceniza nos dice que todo pasa; que lo que hoy es, mañana no parece; que la carne, esta carne pecadora y espasmódica, es solamente un préstamo a aplazo que nos hace la tierra; que nosotros somos la tinta, y la muerte es el papel secante: un papel inexorable, fatal, que nos absorbe para siempre, que nos chupa irremediabilmente...

Eso y mucho más nos dice la señal de la cruz puesta en ceniza sobre nuestras frentes. De ahí que no nos resignemos a ver ciertas frentes selladas con signos de muerte. Porque en verdad os digo que sobre la frente de una mujer joven —no importa que sea bonita, lo que importa es la juventud— uno lo que quisiera ver es la trémula floración de azahares con que la vida corona a sus predestinados. Eso, y no el signo que le dice al mortal que pronto habrá de confundirse con el polvo de los cementerios.

La ceniza es un rito altamente religioso. Nos pono a pensar en el más allá. Y ya sabemos que toda religión tiene por base una actitud meditativa sobre la muerte. Pero es también materialista. Porque nos recuerda, en pocas palabras, que un día el Supremo Creador nos hizo de arcilla, y que otro día el soplo de ese mismo artífice aventará nuestras cenizas en el misterio impenetrable.

Hoy, Miércoles de Ceniza, la señal de la cruz culmina sobre las frentes de los feligreses. Después de todo, al través de las centurias, la cruz es el único signo que no se disloca ni claudica en este mísero

campo de la vida. "Con este signo vencerás". ¡Oh crux, ave, spes única! Europa es hoy una necrópolis. Y sobre las tierras por donde va pasando el corcel de la guerra no se ven sino cruces y más cruces en la mudez de la intemperie. La Cruz Roja abre sus brazos maternos sobre el dolor y el infortunio y la sed y la agonía de los que cayeron en la pugna. En todos los naufragios de los hombres, en todos los infortunios de la humanidad, la cruz es el último leño que flota sobre las aguas tumultuosas y embravecidas. Es la última esperanza. ¡Oh crux, ave, spes única!

Sobre la cruz, una tarde, frente a la multitud ululante, murió un Hombre. . .

Y al pie de la cruz, lloró una Madre. . .

LAS IN-GA-RA-TAS

Leo en un diario vespertino esta noticia de provincias :

"En el pueblo tal el señor N. J. se suicidó con un revólver. Se dio un tiro en la masa encefálica, y los sesos volaron lejos.

"El suceso ha causado gran sensación en el pueblo. Las gentes están horrorizadas, echándose cruces por todas partes".

Naturalmente. En la pacífica vida de nuestros villorrios los suicidios alcanzan proporciones de cataclismos sociales. Un individuo que se suicida, claro está, se va al infierno. Y el resplandor de las llamas del infierno sobrecoge de espanto a parroquianos y a parroquianas.

El suicidio es un expediente que está cayendo en desuetud. Ya no causa impresión. Ya no emociona. Ya no espeluzna. Apenas si da material para llenar un cuarto de columna en un diario de información. El suicidio ha entrado a figurar entre los incidentes insignificantes del diario vivir. Un tipo que se suicida. Que se pegó un tiro. Que se arrojó por un puente abajo. Que se inyectó cinco discos dobles de morfina. ¡Pobre! dice la gente. Y sigue todo el mundo su camino. Y no hubo nada de particular. Como no sea si retrato del suicida, después del acontecimiento.

Para quien es grave el suicidio es para el suicida Porque eso de pegarse un tiro es cosa que se conversa. Por aquello de que "lo bueno está aquí abajo", y porque parí eliminarse, el suicida pasa por sobre el primero de los instintos: el de conservación.

¿Cobardía? ¿Valor? Ambas cosas. Cobardía, ante el rictus feroz de la vida y sus mil y un fracasos y caídas. Valor, ante la tiniebla del más allá, ante el túnel fantástico de lo desconocido. Desde este punto de vista el suicida es un valiente.

Y este suicida de ahora nos deja entre sus papeles una frase que me permito transcribir letra por letra a las lectoras de este diario.

Hé aquí la frase:

"Las mujeres, por lo general, son falsas e ingratas".

Cosa que no sabíamos nosotros los que todavía, por falta de valor, pululamos por este valle de lágrimas.

Este suicida de mis pecados cometió, por lo visto, un error que lo llevó al fondo de la tumba fría: se puso a tomar en serio desdenes y descalabros de origen femenino. Tomó en cuenta algunos nones, alguna indiferencia **estratégica**, o se dejó llevar —¡desgraciado!— del demonio que perdió a Ótelo.

En todo caso, metió la pata. Tomó el asunto como un acontecimiento. Y no como un incidente pasajero. Le faltó análisis. Le faltó correa. Si hubiera meditado un poco más, no habría hecho lo que hizo. Pero... ya lo ven ustedes: se mató íntegro, se suicidó por doquiera.

Y nos dejó una frase inmortal, escrita con sangre, que es como escriben los hombres valientes:

"Las mujeres, por lo general, son falsas e ingratas".

Pero eso, con el amor, ni se siente, dirán los que no se suicidan.

En todo caso, la frase queda en vigencia. Ellas — las ofendidas— sabrán si dejan correr en su contra ese par de adjetivos.

Sobre todo, aquello de **in-ga-ra-tas**.

JÓVENES Y VIEJOS

La señora Gertrude Broadfield expone en un diario londinense ideas que resultan exóticas en medio al turbión de la guerra. La guerra, entre otras virtudes exalta el patriotismo, a cuyo soplo el hombre va más allá de la muerte en defensa de su propia heredad. Establecer distinciones a la hora del conflicto entre los que pueden y deben responder a lista en la línea de fuego, parece a primer análisis, una actitud antipatriótica. Cuando la patria toca sus clarines y erige sus banderas, el concepto del deber es igual para todos los ciudadanos. Cuando se dice "Aníbal ad portas", se produce por el mismo hecho una situación igualitaria. Todos calamamos el mismo coturno a la llegada de los grandes momentos, al sonar de las horas trascendentales.

La señora Broadfield —con todo y ser mujer-piensa lo que dice. No va diciendo las cosas sin previo pensamiento, para después tener que arrepentirse de haber dicho una tontería o una supina necedad. Y expone sus puntos de vista con buen aprovisionamiento de razones.

Conceptúa esta señora que a la guerra los que deben ir en último término son los jóvenes; que debe el Estado echar mano de los hombres de edad y aún de los viejos. Los jóvenes no han preparado la catástrofe. Han llegado a última hora. Son inocentes. Que vayan a las trincheras los **hombres gastados**, que diría un escritor republicano. Los jóvenes son el **mañana**. La fuerza de los días que vienen. Si ellos perecen, perece con ellos el futuro. Quedará el mundo en poder de gente valetudinaria.

Tiene razón la escritora inglesa en varios puntos. En otros, la razón la tienen los hechos mismos.

La guerra no es para viejos ni para gentes de declive. Es una calaverada máxima, un **sport** diabólico. Necesita, ante todo, alma y músculo. Organismos vigorosos, sin taras ni desgastes, capaces de afrontar a cada minuto un siglo de angustias y penalidades y zozobras. La juventud, entusiasta y generosa, es la que con mejor sonrisa se abre las venas a la hora precisa. En ella, sana y robusta, están el germen de todo heroísmo y la seguridad de toda victoria. Retirar la juventud de la línea de fuego sería abrir el camino de la derrota.

Y aquí viene otra faz de la cuestión: la juventud perecerá en la contienda si la Providencia no abandona su neutralidad y pone fin a estas locas disputas de los hombres. La humanidad futura será producto de la humanidad que sobreviva después de la hecatombe. Los

sobrevivientes de este diluvio de hierro y de sangre serán hombres de organismos depauperados por el horror de las horas vividas en los campos de la muerte. Pensemos en el desgaste nervioso de los que pasan el día y la noche al pie de las trincheras, de los que sienten sobre sus hombros y sobre su espíritu a toda hora la pesadumbre de la guerra. Hambres, vigiliias, marchas forzadas, los fríos del invierno, el fango de los caminos, la sed de las grandes jornadas... Y luego, mancos y ciegos y sordos, la humanidad cretinizada, invalidada por el hierro y el fuego de la locura universal. ¿Cómo vendrá la humanidad futura, engendrada por los viejos que han quedado en casa y por los que regresan fatigosos y desgastados de las líneas de fuego?

Pero la juventud, contra el querer de la escritora inglesa, seguirá luchando, punta en blanco, aunque la humanidad de mañana sea una humanidad enclenque y desvalida.

Los grandes conflictos de los pueblos no admiten consideraciones que se remonten al futuro improbable y nebuloso. Lo que importa es el minuto presente. La pelea es peleando.

TOMADURAS DE PELO

Ayer me han soplado esta buena nueva: van a instalar en la calle 13 una buena peluquería de primer orden.

—Bueno —he gruñido,— y eso ¿qué tiene de particular?

—Pues que va a ser una peluquería en donde los operarios son mujeres. Manos femeninas le harán a usted la toilette, con toda la suavidad y la delicadeza que usted apetezca.

— ¡Zambomba! esto va ser un acontecimiento de pelo. Desde ahora me suscribo como seguro servidor del nuevo establecimiento. Es una innovación que merece la pena. Las mujeres, después de todo, son la que mejor le pueden tomar a uno el cabello.

En Girardot conocí una peluquera "artista" que me manoseó la cara en más de una ocasión. Sabía de su oficio. Afilaba muy bien sus instrumentos y —como buena mujer— manejaba muy bien la tijera. Con el jabón no era muy brocha. Le embadurnaba a uno el divino rostro con suma delicadeza, y le pasaba la barbera con habilidad extraordinaria. En seguida cogía una toalla, la humedecía en alcohol y la aplicaba a las partes rasuradas. Luego, un algodón, unos polvos de arroz y sobre el algodón, y un blanquimiento por todas partes. Quedaba el cliente como un dátíl. Polvos hasta en los oídos.

Las mujeres como peluqueras "artistas", están llamadas a desempeñar gran papel —"papel moneda"— en los dominios de la estética social. Los peluqueros son grande» auxiliares de la elegancia y de la hermosura masculina. Sin ellos el pelo nos caería hasta los pies, y las barbas se apoderarían del género humano. Sería eso una barbaridad. La barbarie alemana. Viviríamos en el Peloponeso y en Barbados, y en Puerto Cabello. Y nos caería piojo por todos los cuatro puntos cardinales.

¿Y qué diremos de una peluquería en donde manos femeninas le manejan a uno la cara a su antojo? Pues eso es muy sabroso. Y si las artistas son guapas, ¡tanto mejor! Llega uno. Se quita el cuello. Espera un momento. Se sube a la silla giratoria. Le ponen la sábana y la toalla. Venga la máquina. Fuera ese pelo. Venga la navaja. Abajo esas barbas. Venga el alcohol. Los polvos. La peinilla. El cosmético. Y demás ingredientes. La artista le pasa a uno las manos por las narices y —si la chica es guapa, se entiende— alarga uno lo que Dios le dio y... beso a usted la mano. Sin que ella se entere, naturalmente. Y si se entera, mejor. Entre un peluquero que le rasura a usted y que le habla

de los rusos, y de Hin-denbug, y de los Balkanes, y una peluquerita que lo trata a usted con mano de seda y que le pasa el pomo por la cara con suavidad de plumón de cisne, usted —claro está— se suscribe a lo último.

Lo malo del cuento es que no va a saber el cliente qué conversar con la peluquera. Porque uno siempre gusta de conversar la **arreglada**, como de conversar la comida. A las mujeres no se les puede hablar ni de la guerra europea. Cuando menos resultan germano-filas. ¿De qué, pues, les va a conversar uno? Yo no lo sé todavía. Cuando me toque el turno veré qué tema pongo en discusión. Por el momento, lo interesante es hacerse arreglar de una mujer, sin **perder** la cabeza, eso sí.

Las mujeres eso es lo que saben: tomarle el pelo a los hombres.

A mí me lo han tomado muchas, a lo largo de este carnaval de la vida. Y lo mejor de todo: sin ser artistas de peluquería.

¡Ah bandoleras!

